ROGER LAMBELIN

EL PELIGRO JUDÍO
EN LA
CIVILIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

TRADUCCIÓN
DE LA OBRA FRANCESA INTITULADA
«EL REINO DE ISRAEL ENTRE
LOS ANGLO-SAJONES»



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta «Cisneros». — San Francisco, 51
1923

ROGER LAMBELIN

EL PELIGRO JUDÍO
EN LA
CIVILIZACIÓN CONTEMPORÁNEA

TRADUCCIÓN
DE LA OBRA FRANCESA INTITULADA
«EL REINO DE ISRAEL ENTRE
LOS ANGLO-SAJONES»



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta «Cisneros». — San Francisco, 51

1923



Introducción

El gran polemista francés, Eduardo Drumont, con su famoso libro «La Francia Judía», descorrió hace treinta y cinco años el velo bajo el cual se ocultaban en su patria las influencias y los trabajos de la raza hebrea.

Su movimiento, lleno de generosidad y de entusiasmo patriótico, descubrió a los franceses las maquinaciones y las insidias con que los sucesores de aquellos que crucificaron a Jesucristo, han continuado en todos los países de la tierra la obra de la anarquía y de la irreligiosidad.

Mr. Roger Lambelin ha patentizado en este libro la influencia que en los últimos tiempos, sobre todo desde la guerra mundial que comenzó en 1914, han ejercido y ejercen los judíos en

todo el mundo y en especial entre los anglo-sajones, para producir la disolución social en el mundo cristiano e infiltrarse así en la sociedad y dominarla.

El imperialismo judío está muy por encima del imperialismo alemán, del imperialismo británico y del orgullo norte-americano.

La raza hebrea, dueña casi absoluta de la pobre Rusia, entregada a las depredaciones de Trosky y de Lenin, ambos judíos, domina por completo en los soviets, donde, de 22 miembros que forman el Consejo Superior de Comisarios del pueblo, 17 son judíos, y donde, si se totalizan los altos funcionarios que gobiernan los ministerios y los servicios públicos, se constata que 458 de ellos, sobre 556, pertenecen a esa raza.

En Alemania, antes de la guerra, los judíos dominaban sin contrapeso en el comercio, en la gran industria y en la alta banca. La más poderosa compañía de navegación del mundo, la «Hamburgo Amérika» tenía a su cabeza al hebreo Ballín, y después de la derrota de los Imperios Centrales, los judíos se han hecho dueños del poder por medio de las organizaciones socialistas.

Bajo la sombra protectora de Lloyd George, los judíos han conquistado una influencia pre-

ponderante en Inglaterra. Se habían infiltrado ya en la amistad de Eduardo VII, prestándole gruesas cantidades de dinero cuando era príncipe de Gales, consiguieron implantar su poder, cuando Benjamín Disraeli, que fue después Lord Beaconfield, subió al rango de primer ministro, y ahora en nuestros tiempos han conseguido poner su planta en la mayor parte de los servicios públicos de Inglaterra. Edwin Montagu es el Secretario de Estado para la India; Alfred Mond es el Ministro de Obras Públicas, sir Matthew Nathan tiene el puesto de gobernador de Queensland; Rufus Isaacs, que se llama ahora Lord Reading es virrey de la India; Herbert Sanmel es el Alto Comisario británico en Palestina.

Los judíos no han descuidado la prensa. En Inglaterra el *Daily Telegraph* pertenece al vizconde Burnham, que se llamaba Levy Lawson; Sir Alfred Mond es todopoderso en la *Westminter Gazette;* el *Daily Expres* tiene por director a R. D. Blumenfeld; la política extranjera del *Daly News* está confiada a Teodoro Rothstein; la del *Graphie* y la del *Daily Graphie* es dirigida por Lucien Wolff, y Lord Northchiffe puede decirse que es el dueño del *Times*, del *Daily Mail*, del *Sunday Pictorial*, del *Evening News* y de muchísimas otras publicaciones

periodísticas. Mucho se dice que ha estado en tratos para comprar una parte importante de *El Mercurio.*

En Estados Unidos los judíos han adquirido una inmensa preponderancia, bajo la sombra protectora del Presidente Wilson, quien impulsó grandemente durante la guerra la actividades de dos judíos de nota, Félix Frankfurter y el juez Brandeis. La ola del judaísmo en Estados Unidos ha sido combatida, sin embargo, en ese país con increíble ardor por el famoso multimillonario Mr. Henry Ford.

En la Liga de las Naciones, los judíos ejercen hoy día una influencia preponderante, y ayudados por la masonería han logrado allí poner su planta y dirigir en cierto modo la orientación de sus debates.

El movimiento judío en Chile no ha salido todavía a la superficie. Sin embargo, no hay que tener muy larga vista para comprender que la mayor parte de los movimientos socialistas y anarquistas, cuyas manifestaciones hemos presenciado en los últimos tiempos, se deben a ellos y a su fiel aliada la masonería. Esta, que se ha apoderado de nuestra enseñanza oficial, está empujada y dirigida por elementos judíos que trabajan en la sombra.

El libro, pues, de Monsieur Roger Lambelin

tiene para nosotros una gran actualidad y un profundo interés. El nos muestra cómo esta raza, manchada con la sangre del Redentor, ha seguido, durante 20 siglos, aunque maldecida por Dios, su camino de dominación en el mundo y cómo se infiltra y se apodera de los gobiernos y de las naciones, de la misma manera que se extienden las enfermedades, las plagas y las pestes que destruyen materialmente la salud de los individuos y de los pueblos.



El peligro judío

El Reino de Israel entre los anglo - sajones

PREFACIO

«Hay más que un peligro judío:
Hay un reino judío».
(Acción francesa, 4 octubre 1920).

Hace 35 años aparecía *La Francia Judía.* Siguiendo el ejemplo de Hipólito Taine, historiador de *La Conquista Jacobina,* Eduardo Drumont quiso hacer la exposición de la *Conquista Judía.* Sin duda, el gran escritor no puso en sus obras la misma serenidad y en sus indagaciones la misma crítica escrupulosa de los textos y documentos que el autor de los *Orígenes de la Francia contemporánea.* El brío de su temperamento, el ardor de sus indignaciones generosas, lo arrastró a veces un poco más allá de los límites de las verdades comprobadas; sus simpatías y antipatías personales aparecían también

en sus juicios y una tendencia marcada a las generalizaciones podía traerlo a formular afirmaciones audaces sobre ciertos puntos.

Pero, es necesario rendir a su memoria de francés previsor y gran patriota un homenaje de reconocimiento. Denunció un angustioso peligro político y social en una época en que pocas personas sospechaban su existencia. Puso de manifiesto cómo se había operado, desde más de un siglo, la penetración judía en los distintos centros; cómo Israel, penetrando a las mil maravillas la sicología de las democracias, se había apoderado sucesivamente de la alta banca, de la prensa y del teatro; cómo había maniobrado para ejercer influencia preponderante sobre la opinión pública, los parlamentos y los gobiernos.

Los libros de Eduardo Drumont, sus valientes campañas en *La Libre Parole,* corroboradas por escándalos tales como el de Panamá y el asunto Dreyfus, desencadenaron un soplo de antisemilismo. Esta agitación bastante violenta, pero más superficial que profunda, salvo en Argelia, se apagó cuando se olvidaron las causas que habían contribuído poderosamente a desarrollarla.

No había llegado la hora de hacer comprender a las masas los peligros mortales que el arribo de los judíos y sus hechuras al poder podían hacer correr a Francia.

Así, pues, la alarma profética de Drumont concluyó por no despertar más que ecos lejanos y apa-

gados. Su voz poderosa se mitigó, el tiraje de su diario disminuyó, y como era necesario asegurar su existencia, su administración aceptó poco a poco avisos, informaciones, reclamos financieros que venían de fuente judía. *La Libre Parole* llegó a ser un diario del bulevard como tantos otros, y Eduardo Drumont, en los últimos años de su vida, no tuvo ya la misma libertad de empuje, la misma independencia batalladora, el mismo espíritu caballeroso, que en el tiempo en que, paladín sin temor y al servicio de una gran causa, no temía a nada, como no fuera que el cielo cayese a pedazos.

La gran guerra llegó. Cualquiera que estuviese un poco al corriente de la vida diplomática y militar de la Alemania, así como del problema de los Balkanes, la presentía próxima desde la primavera de 1912. Los israelitas estaban demasiado bien informados en todas las naciones para no haber previsto el conflicto mundial. ¿Lo habían deseado? ¿Habían procurado desencadenarlo por medio de medidas ocultas? La duda es permitida; pero es incontestable que ellos se habían preparado admirablemente para sacar de la guerra, y de la paz que pondría fin a ésta, ventajas considerables y aumento de poder, del cual con razón uno siente verdadero susto.

La marcha ascendente de Israel hacia la conquista del mundo, que hasta entonces había sido prudente, discreta, lenta, marcada por tiempos de des-

canso, iba a tomar bruscamente cadencias rápidas, el empuje de una marcha triufal.

El imperialismo judío se manifestó con una fuerza y también con un candor desconcertante. Con él el imperialismo alemán, el imperialismo británico, el orgullo americano, son poca cosa. La complicidad o la ceguera de los Estados beligerantes han favorecido los designios de Israel; el socialismo internacional y la finanza internacional han facilitado poderosamente la realización de este imperialismo. La tolerancia simpática de Mr. Woodrow Wilson y de M. Lloyd George ha permitido a los judíos constituírlos en sus agentes más dóciles y abnegados.

Manejan hoy los gobiernos de Gran Bretaña y Estados Unidos los representantes de una raza de trece o catorce millones de hombres, dispersos en todos los países del globo, y han conseguido imponer al mundo una paz especial, que es verdaderamente una *paz judaica*, y un supergobierno llamado liga o sociedad de las naciones, en la cual ellos son los amos.

Como muestra de su victoria han conseguido instalar en Palestina para su pueblo, sin territorio desde la dispersión, un *Hogar nacional*, y bajo la égida del Imperio británico, la bandera de Israel flota ya sobre Jerusalén, la Ciudad Santa del mundo cristiano, la metrópolis incomparable de la idea religiosa y de la civilización.

¿Cómo ha podido operarse en algunos años esta conquista judía? La unión sagrada observada du-

rante la guerra la ha facilitado ciertamente; pero desde largo tiempo antes, los israelitas ocupaban posiciones sólidas en todos los países que les proporcionaron los medios de descompaginar las ofensivas rápidas, cuando se presentaban circunstancias propicias.

En Rusia tenían muchos correligionarios en el partido de los segundones; eran los amos de las organizaciones secretas y de las agrupaciones socialistas. Los israelitas desempeñaron un papel importante en las intrigas, los decaimientos, traiciones que desmoralizaron la Corte, la nobleza, el ejército, y que, como consecuencia, trajeron la caída del Imperio del Czar.

El Imperio, que mantenía por sí solo un armazón de gobierno, estaba calculado para la anarquía cuando el Czar fué destronado.

Los socialistas judíos impusieron por la fuerza a la Rusia decapitada y desmembrada el régimen más o menos comunista de los Soviets, y basta consultar las estadísticas bastante concordantes, salidas de distintas fuentes para conocer la composición del gobierno tiránico y sangriento en que los israelitas Trotsky y Lenin son los jefes. De los 22 miembros que forman el consejo superior de los comisarios del pueblo, 17 son judíos, y si se totalizan los altos funcionarios que dirigen los ministerios y los altos servicios públicos, se comprueba que de 556 empleos, 458 están en manos de los judíos.

En el dominio de la gran industria alemana los

israelitas habían conquistado una situación muy espectable. Eran los magnates. La compañía de navegación más grande del mundo, antes de la guerra, ¿no tenía a su cabeza al Dr. Ballín? Ejercían también una acción preponderante en los centros socialistas, y es bueno recordar que el 4 de agosto de 1914, en el Reichstag, el socialista Haase (judío), prometió a nombre del partido social democrático todo su concurso al gobierno imperial.

Después del desastre de los Imperios centrales y de la abdicación o deposición de los soberanos reinantes de Austria-Hungría y de los Estados alemanes, en todas partes los judíos son elevados al poder por los socialistas.

Gracias a ellos se opera un *camouflage* democrático y republicano, que le valdrá a la Alemania protestante, sobre todo en las conferencias interaliadas de París, la buena voluntad del presidente Wilson y de Mr. Lloyd George.

Entre los vencidos, los judíos han penetrado muy adentro en las regiones del poder, y si principian a producirse reacciones contra sus miras invasoras del otro lado del Rhin, han conquistado de todos modos un poder infinitamente superior al que tenían antes del conflicto mundial.

Pero, sobre todo entre los vencedores, su ascensión hacia las cimas merece ser estudiada en sus causas y en sus procedimientos. Aquí no ha habido ni cataclismos políticos, ni carencia de poder; por el juego natural de las instituciones, por la acción

personal de los políticos y de los financistas israelitas; por la prensa, que les pertenecía servilmente, gracias también a las inteligencias y a la complicidad encontrada en los gobernantes y jefes de Estados, por todo esto se han operado las conquistas judías.

En los Estados Unidos y en Inglaterra esta conquista fue facilitada por las afinidades de orden filosófico y religioso, porque el puritanismo procede en vasta escala del espíritu judaico.

Los documentos consultados, los despojos operados en los diarios y periódicos ingleses, americanos y judíos, las observaciones hechas y los testimonios recogidos en Egipto y en Palestina, los datos entregados por los corresponsales bien colocados, para ser exactamente informados de las miras de Israel, me han permitido seguir de bastante cerca las etapas del establecimiento del reino judío entre los anglo-sajones. (1)

Sin duda que hechos nuevos serán descubiertos y revelados, lo que permitirá más tarde fundar sobre base definitiva la historia de esta conquista extraordinaria. Me ha parecido, sin embargo, que desde ahora era importante manifestar a los patriotas de todo el mundo los serios peligros del imperialismo judío.

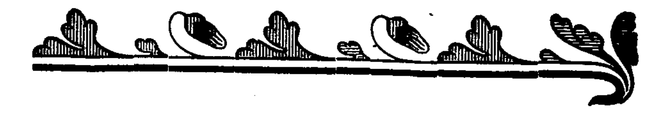
---

(1) Quiero expresar mi gratitud a los corresponsales que quisieron ayudarme a documentar este estudio, y muy especialmente a M. C. Champanhac, que desde Londres me envió preciosas informaciones, así como una serie de trozos y de publicaciones anglo-judías del más grande interés.

La marea que ha sumergido a la Rusia y que rodea a los países anglo-sajones, sube todavía hacia nuevas conquistas.

Para salvaguardiar la civilización cristiana y la independencia de los pueblos, es urgente edificar diques poderosos, capaces de sujetar y de rechazar esta marejada.

R. L.



Capítulo primero

LA CONQUISTA JUDÍA DE INGLATERRA

Los israelistas adquieren sucesivamente todos los derechos civiles y políticos de los ciudadanos británicos.—Un Rothschild en la Cámara de los Comunes.—Benjamín Disraeli creado Lord Beaconfield, primer Ministro del Reino Unido.—Los judíos en el Africa del sur.—Las amistades judías de Eduardo VII.—El rastro judío en el gobierno durante y después de la guerra mundial.

Hace veinte años apareció con el título *El Inglés es israelista* un curioso folleto en que se resumían los trabajos de la Asociación inglesa israelita sobre el origen de la raza inglesa. Se ha admitido que solamente dos de las doce tribus de Israel, de vuelta del cautiverio de Babilonia, poblaban la Palestina cuando el nacimiento de Jesucristo. Las otras habrían emigrado hacia el Noroeste de la Europa y se habrían establecido en las Islas Británicas. Se han invocado consideraciones lingüísticas e histó-

ricas, y también bíblicas, que apoyan esta tesis. Me contento con señalarla a los eruditos y a los especialistas de la etnografía, dejándoles el cuidado y la responsabilidad de establecer el grado de verdad o de verosimilitud de semejante afirmación.

Lo que está fuera de duda es el empuje judío que, desde algunos años, se ha manifestado en el Reino Unido con creciente energía.

Los períodos revueltos en la vida de los pueblos han sido siempre propicios a los hijos de Israel. La agonía del antiguo régimen, la Revolución y el Imperio facilitaron su emancipación y el aumento de su fortuna en Francia y en la Europa continental. En Inglaterra los judíos se demoraron más tiempo en conquistar los derechos civiles y políticos de los ciudadanos, y esto fue consecuencia de su religión y no de su raza.

Para ocupar ciertos empleos municipales y tener asiento en el Parlamento, era necesario pronunciar la fórmula de juramento que contenía estas palabras: «Juro por la verdadera fe de un cristiano». Los israelitas escrupulosos no podían jurar solemnemente sin adjurar de su religión, y como muchos de ellos habían conquistado en el comercio y en las finanzas situaciones importantes, que les aseguraban una influencia real, se esforzaron en hacer modificar los términos del juramento.

En abril de 1830, un representante de Norwich, Mr. Robert Grant, tomó la iniciativa de una ley en este sentido. Después de un largo debate, en el cual

tomó parte Macaulay, la ley fue rechazada. Tres años más tarde, Mr. Grant volvió a la carga y alcanzó a hacer aceptar la ley en la Cámara de los Comunes, pero los Lores la rechazaron.

Sin embargo, en 1844 bajo el gobierno de Sir Robert Peel, la ley que excluía a los israelitas de los cargos municipales fue abrogada. Era anormal e ilógico que un judío a quien nada impedía llegar a ser sheriff de un condado o magistrado, fuese inapto, a causa de su religión, para ser elegido alcalde o miembro del Consejo Común.

Lord Lyndhurst, entonces canciller, introdujo uña modificación en la fórmula legal cristiana del juramento, la cual pasó sin dificultad en la Cámara de los Lores.

La cuestión del juramento parlamentario fue de nuevo puesta en el tapete cuando el barón Lionel Rothschild fue elegido diputado en 1847 por la ciudad de Londres. Se presentó una ley judía, que fue rechazada; entonces Lionel Rothschild renunció para presentarse inmediatamente al colegio electoral que lo había elegido; éste lo reeligió.

Entonces llegó a Wesminster y se adelantó hacia el «speaker» pidiendo prestar juramento. Pronunció las palabras que tenían relación con «l'allegiance» y la «supremacy», pero omitió aquellas sobre la verdadera fe de un cristiano. Invitado a retirarse, obedeció, y fue a colocarse en uno de los asientos que hay sobre la galería donde se admite a los ex-

tranjeros. De ahí podía seguir los debates sin tomar parte en ellos.

Otro israelita, Mr. David Salomons, fue elegido diputado por Nreenwich en 1851, y tuvo más audacia que su correligionario. Se presentó como él ante la mesa donde están depositadas las insignias de la Corona, y omitió las palabras que constituyen una abjuración para un israelita; invitado a retirarse, tomó asiento entre los miembros del Parlamento y rehusó obedecer al pedido del «speaker».

Atacado por los tories, envalentonado por los whigs, Mr. David Salomons quedó en su asiento. Fue necesaria la intervención del sargento de armas para hacerlo salir del sitio reservado.

Este escándalo obligó a la Cámara de los Comunes a presentarse a la Corte del *Echiquier* pidiéndole una interpelación sobre los términos del juramento.

Por 3 votos contra uno la Corte estimó que sólo los cristianos estaban calificados para pronunciar las palabras sacramentales, que abrían las puertas de Wesminster.

Se tentaron nuevos esfuerzos en la Camara de los Comunes para permitir la admisión de los judíos; pero la Cámara de los Lores rechazó todas las leyes votadas con este fin hasta el año 1858. Este año, gracias a los esfuerzos de Lond John Russell, fue votada una ley que no abrogaba la fórmula tradicional del juramento, pero que autorizaba a los israelitas a omitir las palabras en contradicción con su fe religiosa.

Así se concluyó la emancipación de los judíos. El adalid de la Cámara de los Comunes era entonces un israelita de raza, Benjamín Disraeli, que debía tener un papel preponderante en la historia de su país de adopción.

Entrado muy joven en el seno de la Iglesia anglicana, siguiendo el ejemplo de los Ricardo y de los Goscken, sirvió más eficazmente las aspiraciones y los intereses judíos. Cuando llegó a ser Ministro se puede decir sin exageración que la idea judía había llegado al poder.

Ya como escritor y como novelista se había hecho el abogado, el campeón de su raza, con un talento y una habilidad a los cuales hay que rendir homenaje.

En la biografía política de Jorge Bentinck se dedica a los judíos un capítulo lleno de elocuencia y de emoción; y en Coningsby, por medio del banquero Sidonia, uno de los personajes más vigorosos de sus novelas, él ha hecho su causa, contado sus desgracias y provocado en su favor la simpatía y la piedad.

Disraeli ha hecho más todavía. En la época en que el conde Arturo de Gobineau pretendía establecer la superioridad de los alemanes sobre los otros pueblos por medio de consideraciones étnicas e históricas, él imaginó una teoría sobre las razas, que llamó «la llave de la historia», y en ella trataba de demostrar la preeminencia de los israelitas sobre todos los demás pueblos.

El señor Alejandro de Haye la ha resumido exactamente en algunas frases: los pueblos no conservan su vigor, su moralidad, su aptitud para las grandes cosas más que a condición de conservar su sangre libre de toda mezcla. Si permiten que una sangre extranjera se una a la de ellos, las virtudes que constituían su originalidad y su fuerza desaparecerán muy pronto. No existe superioridad real más que en las razas que se han mantenido intactas y que se han trasmitido de generación en generación no solamente su lengua y religión, sino tambien la sangre, la savia virginal (1). La conclusión se adivina.

Entre las razas privilegiadas, la más pura de todas es la de los semitas, donde el grupo de los judíos brilla con más radiante lustre.

Este culto de su raza ha inspirado todos los actos de la vida pública de Lord Beaconsfield, y, cosa curiosa, pocas personas en Inglaterra y aun en Europa lo han comprendido y previsto sus consecuencias.

Su política oriental es completamente judía. Ya en Coningsby el novelista había, en cierto modo, predicho la Revolución rusa y señalado la misteriosa diplomacia organizada por los judíos que se colaban en el Imperio de los Czares; más tarde, como primer ministro, había dirigido hacia Oriente las

---

(1) Carta de Lord Beaconsfield a su hermana. París Perrin, 1889.

miras ambiciosas de Inglaterra. Quería levantar el Oriente judaico para hacer surgir a los futuros amos del mundo.

Sionista ante todo, tenía la visión de que el imperialismo británico, de quien se hizo fogoso campeón, prepararía un día el camino al imperialismo de Israel.

Este semita de ojos lánguidos, de cutis mate, con largos cabellos ondulados, cuya voz nerviosa sabía modularla para la ironía y el halago, romántico de modales, vestido, como Brummel o Barbey-d'Aurevilly, que soñaba con gloria literaria y con conquistas políticas, más preocupado de frecuentar las duquesas que de vivir en la intimidad de sus correligionarios, llegó a ser jefe de los tories, rival feliz de Gladstone, y se ganó la buena voluntad de su soberana. Su carrera llegó a su apogeo cuando la reina Victoria aceptó de sus manos la corona imperial de la India y el Congreso de Berlín consagró su renombre de gran hombre de Estado.

Este Congreso tuvo por objeto resolver los delicados y múltiples problemas resultantes de la guerra ruso-balcánica. Lord Beaconsfield no se olvidó de imponer a los Rumanos, cuyo territorio había sido amputado a la Besarabia, medidas de protección especial a favor de los judíos.

A pesar de que en el Congreso de Berlín estaba el Príncipe de Bismarck, Lord Beaconsfield aparecía teniendo el primer papel y el prestigio que se conquistó impresionó fuertemente a los judíos de

Alemania y de Austria. Muchos judíos de Francfort, de Hanover, de Hamburgo y de Viena se dijeron que Inglaterra, donde uno de ellos había podido subir a tan altos destinos y conquistar un tal poder, debía ser un reino de elección. Atravesando el mar del Norte, llegaron a hacer fortuna a Londres y a los grandes centros británicos. Recibieron buena acogida, encontraron apoyos eficaces, conquistaron situaciones envidiables en la industria o en el comercio, y muchos de ellos, o de sus descendientes, están orgullosos de figurar hoy día en el libro rojo del Peerage.

Las minas de oro y de diamantes del Africa del Sur, las especulaciones a que dieron lugar, ejercieron una irresistible atracción en el Stock Exchange.

Banqueros, financistas, empleados de la ciudad, atraídos por las noticias del descubrimiento cotidiano de yacimientos y filones, se embarcaban en los vapores de las líneas Unión y Castle que unían la Colonia del Cabo a la Metrópoli y se dirigían con todo apuro al Transvaal.

Los judíos dominaban entre estos aventureros de la finanza; su empuje para ganar, su aptitud para crear bancos y descuentos, para fundar sociedades, los colocaron muy pronto en primera fila entre estos llitlanders, que amenazaban aniquilar la diseminada población del Rand.

Por razones políticas, morales y religiosas, los agricultores del Transvaal, descendientes de los colo-

nos holandeses, alimentados de la fuerte lectura de la Biblia, no podían mirar sin tristeza y aún sin indignación, la invasión de su territorio por estos miles de aventureros, que no contentos de vivir a su modo ý de instalar en Yohannesburg cantinas, agencias, salones de música, no tardaron en reclamar también una participación importante en la vida administrativa del país.

El presidente Krüger y la asamblea legislativa no quisieron conceder a los llitlanders derechos civiles hasta después de una estada de varios años en el país, e impusieron un derecho bastante subido a la exportación de oro y de piedras preciosas.

El historiador casi oficial de la guerra sud africana, Conan Doyle, se ha manifestado sobrio en los detalles sobre el origen del conflicto.

No censura las pretensiones de los Hirlanders, e incrimina más bien la porfía de los Boers; y sin embargo, éstos, después de haber abandonado la colonia del Cabo para sustraerse al dominio británico, y de haber despejado nuevos territorios, no aspiraron más que a vivir en paz con todos sus vecinos. Los financistas judíos de Yohannesburg tomaron la iniciativa de las provocaciones y de las revueltas contra los burghers. Para molestar a las autoridades izaban la bandera inglesa en todos los bancos, los diarios extranjeros llenaban de injurias al Presidente, al Volkoraad, y anunciaban la próxima caída del Gobierno y la anexión a la colonia del Cabo.

El Presidente de la «Chartered», Cecil Rhodes, organizaba abiertamente la expedición de Jameson, pronto para desaprobar a su teniente después del fracaso de la aventura, y la casa Eckstein, representante de la gran firma Wernhern-Beit, pagaba los voluntarios y guardaba en almacenes los fusiles, destinados para ser distribuídos a los conjurados el día de la llegada de Jameson y de su banda.

Entre bastidores Sir Alfredo Milner, en nombre del Gobierno británico, estaba pronto para aprovecharse de las circunstancias y de la guerra, ya inevitable, para agregar un nuevo florón a la corona imperial.

Si Conan Doyle no comprendió la acción de los judíos en las causas determinantes de la guerra sudafricana, que debía costar tan caro a la Inglaterra, otros la discernieron fácilmente.

Juan Carrère, que hizo un viaje de estudio en el Transvaal, durante el último período de la lucha, contó en «el país del oro rojo» las impresiones que recogió sobre este punto. Cuando anunció su próxima partida para Johannesburg a un grupo de oficiales y corresponsales de guerra, el señor Gugnne, corresponsal de la Agencia Reuter, hoy director del *Morning Post*, le dijo: «Espero que el día en que Ud. haya visitado la ciudad, Ud. no tendrá consideración con estos villanos de capitalistas, que después de haber sido la causa de la guerra, se han escondido en sus casas o pasado la frontera mien-

tras morían los soldados, y ahora se quejan de que la guerra es muy larga...

Los oficiales le hacían coro *rinforzando.*

Los cochinos judíos.

Los arrancados de las juderías de Europa.

Los vendedores de vejeces de Whitechapel!

Los ladrones de diamantes de Kimberley!

Y por éstos hemos venido a hacer matar nuestros soldados.

Cuando el Ejército inglés hizo una entrada triunfal a Yohannesburg, después de una larga campaña, que no merecía este epíteto, un soldado boer prisionero bajo su palabra dejó su sombrero puesto cuando pasó Lord Roberts, seguido de un brillante estado mayor.

Un judío de las minas, cuyo entusiasmo desbordaba, mostró a un soldado inglés al patriota vencido. ¿No es esto indigno? Ved aquí a un boer que no se descubre ante el General en jefe.

Cállate, le contestó el soldado mirando con desprecio al judío: éste se ha batido por su país, mientras tú temblabas escondido en un subterráneo.

Y el censor tan celoso fue silbado por la multitud. La Reina Victoria no sobrevivió a la guerra sudafricana. La prolongación imprevista de la lucha, los sacrificios enormes que ésta había exigido en hombres y en dinero, la habían afectado profundamente.

Era demasiado inteligente para no haber discernido a los verdaderos responsables del conflicto, y

no perdonaba a los israelistas el papel de provocadores y de excitadores que habían tenido en Yohannesburg.

Su sucesor Eduardo VII no participaba de sus escrúpulos. No censuraba a los banqueros y a los especuladores que habían desencadenado la guerra del Transvaal, porque de ésta había resultado un agrandamiento notable de los dominios del Imperio, y además tenía relaciones estrechas con algunas personalidades judías.

Es un hecho conocido que en vida de la Reina Victoria el Príncipe de Gales no disponía de las entradas correspondientes a sus gustos, a sus necesidades y a su manera de vivir. Los judíos no dejaban de proponer sus buenos oficios al futuro soberano de Gran Bretaña. Un gran señor de Israel, para consolidar su situación mundana, le ofreció una fuerte suma al príncipe de Gales si éste consintiese en honrar con su presencia una partida de caza o una comida.

Financistas de nombre se adelantaban a sus pedidos de dinero y le proponían al Príncipe préstamos de sumas importantes sin exigir intereses y a veces sin reclamar recibos. Estos servicios debían pagarse algún día.

Por esto, en 1903 Levy Lawson llegó a ser Lord Bustmam, por el nombre de una propiedad célebre por sus hermosas encinas, Burnham Beeches, que él acababa de comprar. El hijo de este israelita llegado de Alemania, el vizconde de Burnham, di-

rige el gran diario de Londres el *Daily Telegraph.*

Otro hebreo, originario de Alemania, Alfredo Cassel, como lo indica su nombre, no fue solamente el banquero del heredero del trono, sino que llegó a ser su íntimo amigo. En la historia de la finanza internacional de estos 30 últimos años ocupa un lugar espectable; si no fue elevado al rango de par fue porque no se preocupaba de estas cosas y porque el título de Barón le bastaba.

Sir Alfred creó o desarrolló sociedades agrícolas en Egipto y Argentina, adquirió influencia en los grandes bancos de Europa y de América, creó entre ellos convenios y combinaciones de intereses, cuyos hilos manejaba él mismo.

En la Bolsa de París todavía se conserva recuerdo de la maestría con que el hábil financista salvó, no sin sacar beneficios, una de nuestras grandes sociedades de crédito que estaba a punto de quebrar.

Conozco en las riberas del Nilo, no lejos de Lucsor, una deliciosa villa situada en medio de una propiedad de la antigua Daira Sanich. Bosques de laureles rojos y de limoneros y naranjos la rodean. Es aquí donde Sir Arfred Cassel venía todos los inviernos a tomar algunas semanas de descanso, y donde el Príncipe de Gales recibió varias veces hospitalidad. Construída al estilo de las casas de la India, el piso bajo con grandes corredores, la villa tenía en el centro un piso que le hacía pabellón: era el departamento real, desde donde presentaba una vista maravillosa el río sagrado.

Si había desdeñado los honores personales, el gran financista casó, sin embargo, a su hija con un Lord y su intimidad con Eduardo VII fue tal, que este Soberano dió el último suspiro en sus brazos.

II

El profesor israelita Sombart hizo, hace tiempo, esta confesión: «Las guerras son las cosechas de los judíos y las revoluciones también». Como no ha habido jamás guerra comparable al conflicto mundial desencadenado en Agosto de 1914, ni revolución semejante a la que en 1917 desmoronó el Imperio Ruso, no es sorprendente que estas catástrofes inauditas hayan activado las ambiciones conquistadoras de la raza.

Sus conquistas, su ascensión hacia las cimas del poder en los distintos estados, fueron tan prodigiosas que cuesta algún trabajo explicarlas y seguir su desarrollo.

Hubo judíos incorporados en los ejércitos de todos los beligerantes. Las pérdidas debidas al terrible armamento, de que se hacía uso en esta guerra, fueron tales, que se contó un número bastante elevado de muertos y heridos entre los israelitas, a pesar de que una buena cantidad de ellos sirvió en la intendencia, en los hospitales y en la formación de la retaguardia. El hecho de haber participado en la guerra los nacionalizaba, los consagraba patriotas. Habría sido mal visto tratar como

extranjeros a estos naturalizados noveles o de segunda zona, soldados que habían vertido su sangre, o casi vertídola, en defensa del país.

Por este motivo los israelitas han ganado en consideración en el curso de la guerra; han logrado también de esta guerra otros beneficios de orden material, como banqueros, industriales, comerciantes proveedores de los ejércitos, acaparadores de los petróleos, de las harinas y de toda clase de artículos.

El crecimiento formidable de su poder financiero les ha facilitado los medios de penetrar muy adentro en las esferas gubernamentales, y la influencia predominante por ellos adquirida ha llegado a ser, a su vez, productora de grandes intereses.

Conservadores en Inglaterra, bolcheviquistas en Rusia, republicanos de distintos matices en Francia, socialistas en Alemania y en Austria, han aprovechado maravillosamente las circunstancias, los movimientos de opinión, los cambios de viento.

En cada Estado, a medida que se acercaba el fin de las hostilidades y que se elaboraban penosamente las cláusulas de la paz, ellos maniobraban empleando métodos distintos para hacer prevalecer las aspiraciones y las miras de su raza.

Unidos por redes internacionales, han seguido direcciones misteriosas que, a pesar de orientaciones divergentes en apariencia, concluían por converger hacia los mismos fines.

Si se exceptúa la Rusia, donde el gobierno de los

Soviets cayó de un solo golpe en manos de los judíos, en ninguna parte ha sido como en Inglaterra tan rápida y completa la conquista del poder. El terreno estaba cuidadosamente preparado y los israelitas ocupaban posiciones sólidas, propicias para una ofensiva metódica, muy pronto llevada hasta sus últimas consecuencias.

Durante la guerra era fácil comprobar la influencia que gozaban los judíos en los distintos Estados Mayores del ejército británico. Si un oficial francés estaba deseoso de servir como intérprete u oficial de unión, hablando un poco de inglés, estaba seguro de ser admitido en dichos Estados Mayores, si su pedido era apoyado por un Rothschild u otro israelita de marca. El señor José Reinach tenía mucha entrada en el gran cuartel general inglés. El gran mariscal sir John Haig tenía como secretario particular al teniente de Yeomanry, sir Philip Sassoon. El joven diputado de Hythe ¿debería este puesto de confianza a su valor militar personal o al hecho de que su madre era hija del barón Gustavo de Rothschild? La duda es tanto más permitida, cuanto que este personaje es de la intimidad de Mr. Lloyd-George, el cual tiene por grandes amigos a los Rothschild y a sir Rufus Isaacs, que ha llegado a ser Lord Reading.

Desde hace algunos años y particularmente bajo el ministerio Asquith, las israelitas se habían introducido más y más en los medios gubernamentales, en la Bolsa y en la prensa.

En la Cámara de los Lores no se sentó, durante largo tiempo, más que un solo israelita: Lord Rothschild; ahora son una pèqueña falange; como han cambiado de nombre, llegando a ser pares del reino, cuesta mucho distinguirlos.

En la Cámara de los Comunes son una docena, y dos de ellos forman parte del gobierno: el muy honorable Edwin Montagu, secretario de Estado para la India, y el muy honorable sir Alfred Mond, primer comisario de los trabajos, es decir, Ministro de Obras Públicas. Señalemos al pasar el nombramiento de sir Mathew Nathan para gobernador de Queensland, el de sir Herbert Samuel para el cargo de Alto Comisario Británico en Palestina, y el reciente de Lord Reading para virrey de la India. Se me ofrecerá la ocasión de volver a hablar de estos dos grandes personajes, cuya acción fue capital en diversas circunstancias.

Veinte israelitas son barones, y veintiséis son caballeros. Seis son consejeros privados de la Corona y seis son miembros del Consejo Condal de Londres. El consejo de Crémieux: «Tened la prensa y lo tendréis todo», ha sido seguido por los hebreos con notable tenacidad. El más extendido de los diarios de Inglaterra, el *Daily Telegraph*, pertenece al vizconde de Burnhan, cuyo nombre de origen era Levy Lawson. Sir Alfred Mond es todo poderoso en la *Wesminster Gazette*; el *Daily Express* tiene por director a M. R. D. Blumenfeld. En los diarios en que él no es dueño, Israel se arregla para

tener tribuna. La política extranjera del *Daily News* está confiada al señor Teodoro Rothstein; la del *Graphic* y del *Daily Graphic* está dirigida por Luciano Wolf, que fue de 1894 a 1898 corresponsal del diario francés *Le Journal*. En cuanto a la prensa de Lord Northcliffe, poderoso trust que engloba al *Times*. al *Sunday Pictorial*, al *Evening News*, y una cincuentena de publicaciones distintas (1), tiene un número considerable de colaboradores israelitas.

Los hebreos del Reino Unido disponen también, para uso de sus correligionarios, de una prensa especial llamada anglo-judía, que no tiene menos de diez y seis diarios y revistas. Seis son cuotidianos. De estas publicaciones, siete están escritas en inglés, una en hebreo y las otras en yiddish, dialecto judío-alemán, hablado por los semitas de Rusia y de la Europa central.

Los fundadores de la *Alianza israelita universal* habían incitado mucho a sus adherentes a afiliarse en las logias masónicas, para hacer penetrar su espíritu y su acción, tanto más eficaz, cuanto que ésta era discreta y aún misteriosa. Inspirándose en estas miras, los protocolos de los sabios de Sión, los cuales me propongo estudiar más adelante, formulan en su texto las prescripciones siguientes: «Hasta la época en que poseamos el poder nos esforza-

---

(1) *El Mercurio* de Santiago de Chile (Nota de la traducción).

remos en crear y multiplicar las logias masónicas en toda la superficie del globo. Atraeremos a todos aquellos que ejerzan o puedan ejercer una acción sobre la opinión. Estas logias serán a la vez fuentes de información y centros de propaganda».

El empuje judío, que se puede comprobar en todas partes, ha tomado un desarrollo especial en Inglaterra, donde ha sido secundado por hombres políticos de todos los partidos. Radicales como David Lloyd George, liberales avanzados como Asquith, socialistas com Smillie, conservadores como Arthur James Balfour y Lord Robert Cecil, han rivalizado en favorecer con todo su poder las miras y ambiciones de Israel.

Como se podía concebir, la propaganda apretaba los lazos y avivaba el celo religioso de los israelitas. Las sinagogas, las escuelas judías se multiplicaban al mismo tiempo que las logias.

El anuario de los judíos de Inglaterra, el *Jewish Yoarbook* da estadísticas muy sugestivas sobre distintos puntos.

En la sola ciudad industrial de Leed hay diez y seis logias masónicas judías, de las cuales seis dependen de la *Gran Orden de Israel*. Una de estas últimas está puesta bajo el alto patrocinio del Duque de Connaught, otra depende del Barón Hirch y una tercera de Lord Reading.

Las escuelas israelitas son frecuentadas por 20,000 niños, más o menos, las sociedades e institutos de todas clases: teológicos, literarios, científi-

cos, deportivos, hospitales, casas de expósitos, bibliotecas, obras de beneficencia, cosechan mucho, aún en los centros en que los judíos son poco numerosos. En Swansea, por ejemplo, donde hay apenas mil judíos, hay una sinagoga servida por varios rabinos y nueve sociedades y obras distintas.

Es necesario hacer notar también el número elevado de las asociaciones fundadas por señoras y niñas. Una *Union of Jewish Women* funciona en Londres; en Gloucester Place, una *Jewish league of Honour and Service,* instituída en 1916 bajo la Presidencia de Mrs. Franklin, agrupa mujeres y niñas de todas las clases sociales a fin de completar su instrucción religiosa y fortificar su fe. Mrs. Montefiore preside una *Certofied School for Jewish girls*», y Lady Rotchschild la *Association for Protection of girls and Women.*

Los dirigentes de Israel han comprendido talvez mejor que los pueblos cristianos la influencia que podían ejercer las mujeres en sus medios respectivos, y su aptitud para la propaganda. ¿No ha contado e'ocuentemente Mauricio Donnay, en su *Retour de Jérusalem,* la decadencia que una «sucia judía» podía imprimirle a un «verdadero arriano?».

El recrudecimiento de la fe y de las prácticas religiosas está de manifiesto por el desarrollo de las carnicerías de carne Kacker. Antes estaban confinadas a los barrios de East-End; hoy día estos establecimientos se encuentran en todas partes de

la metrópoli. El *Shechita Board* ha dado la siguiente estadística de los animales muertos en Londres según el rito hebreo, desde noviembre de 1919 a mayo de 1920, es decir, durante seis meses: 19,854 bueyes, 3,466 corderos, 11,620 terneros, 614,951 aves. Posiblemente, sin sospecharlo, habrá cristianos que comen carne Kacker, así como muchos de éstos favorecen inconscientemente las intrigas judías.

Que los judíos observen fielmente sus leyes religiosas, que se sostengan fraternalmente entre ellos, nadie puede censurarlo; pero de sus actos, de sus palabras, de sus miras internacionales, se desprende esta idea muy neta: que desde la guerra ellos pretenden gobernar al mundo, y hacer triunfar lo que ellos llaman el «*ideal*» de su raza. Estas enormes ambiciones, este imperialismo a todo trance, han tomado cuerpo definitivamente desde el día en que Mr. Arthur Balfour, a nombre del gobierno inglés, se comprometía en una carta famosa a favorecer con todo su poder, en la Palestina—conquistada a los turcos—el establecimiento de un hogar nacional judío.

Este día marcó para los israelitas el principio de una nueva éra, donde encontrarían plena satisfacción su atavismo místico, sus odios insaciables, su sed de desquite para con las naciones que antes los persiguieron. El sionismo es a la vez una doctrina y un símbolo: doctrina política que trata de reunir en Jerusalén un núcleo sólido de los representantes

de todas las comunidades de Israel que constituirán un Consejo Superior del Gobierno mundial, símbolo del poder de la raza elegida, que, a pesar de las persecuciones y las dispersiones, ha sabido conservar bastante vitalidad para ser una y nacional; bastante habilidad y fuerza para imponer al género humano su dominio supremo desde lo alto del templo de Salomón, reconstruído.

El sionismo debe, pues, ser estudiado a fondo en sus principios, sus causas, su organización y sus aspiraciones, por cualquiera que desee comprender la cuestión judía tal como ha sido colocada por la guerra mundial y por los tratados de paz.

Es posible que el gobierno británico no haya previsto las consecuencias de la declaración Balfour que debía confirmar los acuerdos de San Remo y el tratado de Sevres. Puede ser que, en su estrecho punto de vista, no haya puesto atención, en el primer momento, en las afinidades que existen entre los judíos bolcheviques, los alemanes y los peligros que pueden resultar.

Una de las grandes preocupaciones era evitar la vecindad de la Francia en la frontera de Egipto.

El mejor medio de impedir la organización de una Palestina francesa, era suscitar la fundación de un Estado judío, controlado por Inglaterra. Para facilitar la realización de este programa, desde 1916, sir Henry Mac-Mahon, que dirigía la política de Egipto en calidad de Alto Comisario, hizo una convención con el Emir Hussein, promovido Rey de

Hedjaz, por medio de la cual preparaba la creación de un reino árabe, naturalmente bajo el control británico, el cual estaría al lado de la costa que forma la Siria, que estaba entregada a la influencia francesa.

Los judíos, conscientes de la comunidad de intereses que los liga a Inglaterra, en estas circunstancias no han perdido la ocasión para sacar mucho provecho. Su penetración en las esferas políticas del Reino Unido, de sus dominios y colonias, se ha acrecentado. ¡Cuántos hechos nos lo demuestran!

El Imperio de las Indias está en efervescencia. Revueltas y sublevaciones han estallado, cuando un Príncipe de la sangre iba a presidir la inauguración de una especie de régimen representativo.

Son tres israelitas los que están encargados de gobernar la India en estas graves circunstancias: en Londres Mr. Montagu, secretario de Estado; en Delhi, sir William Meyer, el Alto Comisario, y el Virrey, que ahora se hace cargo de su puesto, no es otro que Rufus Isaacs, que ha llegado a ser conde de Reading. Otro judío Philip Hartog ha sido designado Vicecanciller de la nueva Universidad de Dacca (Bengala).

Ya se sabe el papel principal que tendrán en las guerras futuras las escuadras aéreas. La construcción de los aviones de todas categorías, el perfeccionamiento técnico de los motores, el buscar procedimientos nuevos de fuselaje, el examen de las invenciones susceptibles de aumentar el poder, la

estabilidad, el radio de acción de los aparatos, todo esto necesita un personal técnico escogido, sabio, consciente y ante todo escrupulosamente honrado y de una absoluta discreción.

Existe entre nuestros aliados un «Ministerio del aire», que dispone de verdadera autonomía y de un gran presupuesto. Parece que los israelitas se hubieran dado cita en su Estado Mayor y sus servicios.

La Liga Patriótica *The Britons* dice en uno de sus boletines que ha encontrado diez y nueve, y cita los siguientes, mencionando los puestos que ocupan:

Los Srs. A. B. Wilbrom y J. B. Abraham tienen puestos importantes en el «Establecimiento and Parliamentary Division»; el mayor Nathan es el director del entrenamiento; el teniente coronel Lyons dirige los servicios de aceites y esencias; el capitán Cohen está a la cabeza de la sección teléfonos y telegrafía sin hilos.

Es una israelita, Mrs. Steinberg, la secretaria particular del mayor Baird, subsecretario de Estado, y el Ministerio del aire cuenta todavía entre su personal al brigadier general Livingstone (Lowenstein), a los mayores Myers y Blumenfels, al capitán Killmayer, a los tenientes Simon y Marks. Se puede preguntar si los secretos de la aereonáutica inglesa estarán bien guardados por los miembros de esta tribu.

En la sociedad de las naciones, organismo judío-

masónico, salido del cerebro del Presidente Woodrow Wilson, la delegación británica está enteramente compuesta de judíos o judaicos. El secretario general de la Sociedad sir Eric Drummond, el día mismo de su llegada a Ginebra fue a visitar al Gran Rabino de la ciudad para asegurarle su admiración por los hebreos y su completa adhesión a su causa y a sus intereses.

Aquí no doy más que algunas indicaciones sumarias, pero que bastan para manifestar hasta qué punto Israel ha conseguido conquistar posiciones y asegurarse concursos que le permiten accionar y dirigir el rodaje del Gobierno Británico.

Una caricatura, publicada en abril de 1920 en el órgano de los «Britons» el *Jewry über Alles*, representa dos judíos ingleses enriquecidos con la guerra, conversando al final de una suculenta comida, regada con muchas botellas. Uno de ellos se levanta y pronuncia un brindis a Inglaterra: «Britannia rules the waves». (Inglaterra manda en los mares). El otro contesta con aire burlón: «Yes, but we rule Britannia» (sí, pero nosotros gobernamos a la Gran Bretaña).

Esto no es una palabra jactanciosa, una ilusión de advenedizo: es la expresión de una sangrienta realidad.



Capitulo II

LAS INFLUENCIAS JUDÍAS EN ESTADOS UNIDOS

Los primeros judíos traídos a América por Cristóbal Colón.—El aumento de la población judía en estos últimos cincuenta años.—La actitud de los Israelitas durante la guerra.—Otto Kathn y Jacob Echsiff.—El círculo sionista del Presidente Wilson.

I

La historia de judíos en América se remonta hasta Cristóbal Colón. El 2 de agosto de 1492 fueron expulsados de España 300,000 israelitas. Al día siguiente, las carabelas del gran navegante se dirigían hacia el Oeste, llevando entre el equipaje un pequeño grupo de judíos.

Aun se pretende que las alhajas de la Reina Isabel no bastaron para pagar los gastos de la expedición, y que muchos israelitas ricos, entre los cuales Luis de Santagel, guardador de impuestos reales, se habían interesado financieramente en el descubrimiento de un país soñado, en que el oro y las

piedras preciosas debían encontrarse en abundancia.

Lo que es cierto, en todo caso, es que el piadoso Cristóbal traía consigo a lo menos cinco judíos: Luis de Torres, que pretendía conocer las lenguas de la India y servir de intérprete; Marco, cirujano; Bernal, médico; Alonso de la Calle y Gabriel Sánchez. Luis de Torres descubrió el uso del tabaco y se enriqueció cultivando la preciosa planta en la isla de Cuba.

Cristóbal Colón estuvo mal inspirado al aceptar estos compañeros de viaje.

Víctima del médico Bernal, que urdió contra él un miserable complot, de vuelta a España, cayó en desgracia y fue puesto en prisión. Extraña recompensa a su genio audaz y a su glorioso descubrimiento.

Desde entonces los judíos consideraron la América como un campo de explotación digno de interés, y una emigración, bastante lenta, sin embargo, trajo algunos grupos a la América del Sur, sobre todo al Brasil.

Un conflicto entre los Países Bajos y el Brasil decidió a los judíos a buscar fortuna en la América del Norte, donde los colonos holandeses estaban establecidos en el territorio que es hoy el Estado de Nueva York.

El gobernador Peter Struijvesant los acogió bastante mal; les había dado aún la orden de ir a establecer sus penates fuera de la colonia. Pero, esta

orden fue anulada a pedido del Directorio. Muchas acciones de la compañía colonial estaban en manos de los judíos de Amsterdam, lo que explica esta anulación. A pesar de esto, los emigrantes fueron objeto de medidas especiales.

Se les prohibió la venta por menor en las tiendas y se les rechazó el acceso a los empleos públicos.

Se dedicaron entonces al comercio con el extranjero, que sus relaciones con sus correligionarios de Europa facilitaban enormemente, y durante un tiempo tuvieron este monopolio.

Cuando los Holandeses fueron sumergidos por la ola de colonos británicos, las restricciones primitivamente impuestas cayeron en desuso, y cuando después de la guerra de la Independencia los Estados Unidos elaboraron su constitución civil y política, los judíos gozaron en toda plenitud de los deechos de ciudadanos americanos.

De esta manera los israelitas cuentan con una rama de antecesores nacidos al otro lado del Atlántico, que poseen una mentalidad y un carácter *sui generis*. Lejos de ser tímidos y obsequiosos, tienen modales enérgicos y resueltos. Defienden con tenacidad sus ideas, son a menudo pleitistas, a veces valientes, y su apariencia exterior difiere mucho de la de sus correligionarios de la vieja Europa, donde han sido durante largo tiempo tratados como parias.

Desde hace medio siglo, la población judía en Estados Unidos se ha acrecentado en forma consi-

derable. Una estadística establecida por el *Board of delegates of American Israelites*, la avalúa en 250,000 en 1877; el documento emana de las autoridades religiosas, que no toman en cuenta sino a los judíos que frecuentan las sinagogas.

El *Catholic World*, de junio de 1877, en un estudio profundo de la cuestión, los hace subir a 450 mil. Desde esta época los israelitas formaban grupos compactos en Nueva York (75 más o menos) y en las ciudades siguientes: Baltimore, Philadelfia, San Francisco y Chicago. La fecundidad de sus familias, y, sobre todo, la emigración de judíos miserables, que venían de Rusia y de Alemania aumentaron rápidamente su número.

En los *Etats Unis contemporains*, obra notable de Claudio Jannet, que trae un prefacio de Federico Le Play, se rinde homenaje a la ayuda mutua que se prestaban los judíos. A pesar de todo, eran objeto de cierta antipatía en Nueva York, porque los de la clase baja iban vestidos con trajes grasientos, y contrariaban el sentimiento público, dejando abiertas el día domingo sus tiendas y almacenes.

Claudio Jannet pensaba que los judíos no ejercerían jamás en los Estados Unidos la misma presión económica que en la Europa oriental, porque encontraban en los yanquis temibles competidores Sin embargo, en 1880, una categoría de ricos israelitas había manifestado cierta influencia en la prensa, en las finanzas, y aún había ejercido cierta presión en las resoluciones del Congreso.

Estos judíos se habían americanizado, a lo menos en apariencia, y se habían despojado de las tradiciones atávicas. Pocos de ellos permanecieron fieles a las prácticas del Talmud; abandonaban las creencias mesiánicas y aceptaban la idea de un judaísmo reformado, en el cual el Mesías no era más que un símbolo.

Los israelitas de esta escuela pasaban fácilmente del deísmo al panteísmo; hacían educar sus hijos en las Common Schools, se mezclaban con la población anglo-sajona y se casaban a veces con protestantes.

Sin embargo, conservaban celosamente su organización propia, y un artículo del Rabino H. Pereira Mendes, publicado en la entrega de junio de 1887 en la *North American Review*, manifiesta que a pesar de ciertas apostasías y debilidades, la idea de la dominación religiosa de la raza no ha sido jamás abandonada por los judíos americanos.

Han cultivado su inteligencia, estudiado las letras en este país nuevo, en que los anglo-sajones eran absorbidos por las preocupaciones y ambiciones materiales, y esto les permitió ejercer cierta acción intelectual sobre la civilización de los Estados Unidos.

Ya en 1886 el diario *The Nation*, del 9 de septiembre, señalaba la multiplicación de los libros y de los diarios israelitas como una prueba de la influencia creciente de la raza y de su infiltración en las corrientes del pensamiento americano, tanto religiosas como sociales.

Claudio Jannet ha descrito el lugar que ellos han tomado en el engranaje de las asociaciones masónicas y puesto de manifiesto las aspiraciones de su política. «La fracmasonería les ofrece un medio de « quedar agrupados mucho mejor que la organiza« ción en sinagogas, que los *reformados* encuen« tran talvez pesada. Con este fin han formado « cuatro órdenes especiales, pero que se comunican « con todas las otras logias: «L'Independent Order « of Beni Berith», el «Independent of free Sons of « Israel», «L'Order Kesher shel Barzel», y «L'Im« proved Order of free Sons of Israel», y algunas « órdenes para mujeres afiliadas.

«Un hecho, poco importante materialmente, pero « notable como signo de los tiempos, se produjo » en la exposición de Filadelfia. La orden de los « Beni-Berith quiso dar a conocer su existencia « levantando una estatua monumental a la Liber« tad religiosa. Esto muestra la táctica seguida por « las organizaciones judías reformadas. Tratan de « acercarse, lo más posible, a los unitarios y uni« versitarios. Dan a sus ceremonias religiosas un « aspecto semejante. Ultimamente leíamos la na« rración de una confirmación celebrada en una « sinagoga de Nueva York. El vago sentimentalis« mo al cual se reduce el cristianismo en muchos « púlpitos protestantes favorece mucho esta espe« cie de sincretismo». (1)

(1) «Los Estados Unidos contemporáneos»: tomo II, pág. 372.

No es necesario buscar en otra parte las razones de la penetración judía en los distintos centros, penetración que no encontró obstáculo en su camino. Los judíos conquistaban cada año situaciones más ventajosas en la alta banca, en el comercio y en la industria; colocaban grandes capitales en las empresas de prensa y de publicidad; se interesaban en los grandes monopolios, con la esperanza de fiscalizarlos; y no faltaban quienes se mezclasen en las asociaciones obreras. ¿No es un judío, establecido en Monreal, el que organizó en el Canadá los Caballeros del trabajo? Detalle curioso: a este judío el gobierno federal designó para representar al elemento francés en una comisión de encuesta sobre las condiciones del trabajo, instituída en 1887.

II

¿Cuál iba a ser durante la guerra mundial la actitud de los israelitas de los Estados Unidos y en beneficio de cuáles beligerantes iban ellos a ejercer el poder de que disponían?

Se contaban entonces cerca de 3.300,000 en los Estados Unidos, y entre éstos figuraban muchos millonarios muy conocidos, no solamente en Nueva York, sino también en Londres y en París.

Dos de ellos representan muy bien su raza; sus relaciones con el Presidente Wilson y los jefes del partido demócrata y del partido republicano los

pusieron tan de relieve que no es inútil señalar aquí el respectivo papel que tuvieron en el curso del conflicto.

Jacobo Schiff, muerto en 1920, era, al decir del *Times*, «un gran banquero y un gran filántropo». La fortuna que dejó se avaluó en veinte millones de libras esterlinas, o sea, al cambio actual con Francia, en un millar ochenta millones. Las buenas obras de este benefactor no le habían impedido dirigir ventajosamente sus negocios particulares.

Originario de Francfort, emigró bastante joven a los Estados Unidos, mientras que uno de sus parientes iba a establecerse en Londres, donde llegó a ser Gran Rabino. El poderoso banco judío de Kuhn y Loeb y C.ª lo acogió con los brazos abiertos; hizo rápidamente su aprendizaje en asuntos financieros, y llegó a ser socio y después director.

Uno de sus contemporáneos y correligionarios, llegado no de Francfort, pero sí de Mannheim, Otto H. Kahn, se levantó también, gracias a la protección del mismo banco, a una de las más altas situaciones financieras de la Gran República.

Agente de Haniman, el rey de los ferrocarriles, se ocupó con mucha habilidad en la reorganización de la «Union Pacific», y le agregó varios grupos de redes ferroviarias; también fue él el que negoció la admisión en la Bolsa de París de 50 millones de obligaciones de la «Pensylvania».

Otto Kahn, era, pues, con más justo título que Jacobo Schiff, un financista... improvisado. Mientras

que el primero ayudaba a las artes y a los artistas, subvencionaba compañías teatrales, y hacía de Mecenas, Jacobo Schiff entregaba más bien sus dádivas a las instituciones y obras israelitas. Así fundó el Seminario de Teología judía y el Museo semítico de la Universidad de Harvard.

La actitud de los dos financistas fue muy distinta cuando sobrevino la guerra. Otto Kahn manifestó sus ardientes simpatías por la Francia. Favoreció la emisión del primer empréstito anglo-francés, que se contrató en los Estados Unidos; hizo representar Marouf de Rabaud, en la ópera metropolitana, ayudó en la representación de piezas parisienses, y tomó la iniciativa para fundar una Liga Francesa en los Estados Unidos para estrechar los lazos intelectuales que unen a las dos naciones.

Creyó aún hacer más, escribiendo numerosas cartas y pronunciando varios discursos en favor de los Estados de la Entente. Bajo el pomposo título «El Derecho sobre la Raza», el editor Payot publicó en 1919 una traducción de estas cartas y discursos, en los cuales el israelita, venido de Mannheim, protestaba con toda energía contra la tiranía prusiana y las ambiciones alemanas.

Condenaba con indignación «el materialismo, la envidia, la irreligiosidad, la arrogancia desbordante, el desprecio impaciente del derecho de los débiles, la manía del dominio mundial», que caracterizan a nuestros enemigos—agregaba solemnemente:

«Nosotros no permitiremos a la sangre que corre

en nuestras venas sofocar la voz de la conciencia en nuestros corazones.

«Escucharemos primero el llamado del honor antes que escuchar el llamado de la raza».

Y cuadrándose orgullosamente ante los alemanes, repetía: «No permitiremos esto nosotros americanos, de nacimiento o de elección».

Teodoro Roosevelt estuvo tan emocionado con estas declaraciones que no titubeó en honrar con un prefacio la recopilación que las contenía.

Después de todo, estas arengas y estos escritos inflamados, a pesar de que venían de un israelita que no tenía de alemán más que el lugar de su nacimiento, han contribuído no poco a mostrar a los americanos de origen alemán dónde estaba su deber, cuando los Estados Unidos entraron en la guerra.

El otro americano de elección, Jacobo Schiff, no escuchó las elocuentes adjuraciones de su socio y amigo. Quedó fiel al país donde había nacido y defendió, como pudo, con cierta discreción naturalmente, los intereses alemanes. Muy ligado con el Presidente Wilson, no lo estaba menos con el conde Bernstorff.

El movimiento de opinión, precipitado por el torpedo puesto al *Lusitania* y las declaraciones de la cancillería imperial a propósito de la guerra submarina, que decidió a los americanos del lado de la Entente a participar en la lucha mundial, era irresistible. Todo esfuerzo para sujetarla habría sido

vano. Era necesario seguir la corriente o dejarla pasar. Otto Kahn siguió, Jacobo Schiff miró, pero conservando la esperanza de intervenir en favor de Alemania cuando llegase la hora propicia. En el momento del armisticio, ésta sonó.

Las simpatías y las relaciones judías del Presidente Wordrow Wilson se remontan a tiempos lejanos. No han hecho más que desarrollarse o acentuarse desde que cesaron las hostilidades. Por otra parte, los alemanes, sabiendo que no tenían en él un adversario irreductible, halagaron hábilmente su insondable vanidad. En las memorias del conde de Bernstorff, publicadas en Inglaterra en 1920 con el título «Mis tres años en América», el conde y embajador confiesa que después del armisticio, particularmente emocionado de la confianza que se le manifestaba desde Berlín, el Presidente Wilson se dedicó a elaborar una paz «satisfactoria para Alemania». Se encontró con que esta paz podía convenirle también a los judíos y a los anglo-sajones.

Casi todos los amigos y consejeros de Mr. Wilson eran israelitas: el banquero Jacobo Schiff, Henri Morgenthau, el antiguo embajador americano en Constantinopla, que había sido tesorero del partido demócrata cuando la primera elección del presidente, el juez Brandeis, uno de los jefes de la organización sionista, Baruch, a quien fue confiada en 1918 la dirección de la Comisión de las industrias de guerra.

En cuanto al coronel Mandel-House, que ejecutó

en varias ocasiones misiones muy importantes en Francia, no sirvió jamás en el ejército, y si no es judío, como podría dejarlo creer su primer apellido, no por eso dejó de favorecer con todas sus fuerzas las miras y ambiciones de Israel.

Y, al fin, el Gobierno Británico, enviando a Washington, como embajador extraordinario, a Rufus Isaacs, Lord Reading, manifestaba el deseo de poner su política en completa harmonía con la del Presidente Wilson.

Todos estos israelitas eran sionistas reconocidos; se preocuparon ante todo de realizar los fines de Israel, y en estas concepciones entraba la idea fija de tratar con consideración a la Alemania y a Rusia sovietista.

El partido de los socialistas rusos de los Estados Unidos, dirigido por Morris Hillquit y Víctor Berger, que además había protestado enérgicamente cuando la declaración de guerra a Alemania, había expulsado de sus filas a los socialistas Ch. Edward Russel, W. E. Walling y a algunos otros, dispuestos a conformarse patrióticamente con las miras del gobierno.

Es bueno hacer notar que el financista Jacobo Schiff, llamado a pronunciarse públicamente sobre las candidaturas de alcalde, elección que siguió muy poco a la ruptura diplomática, declaró que él votaría por el Mayor Mitchell, único candidato que tenía esperanza de triunfo; pero hizo un gran elo-

gio del socialista pro-alemán Hillquit, a quien juzgaba una personalidad «irreprochable».

Cuando se supo que la Revolución rusa había sido hecha por los judíos y a su beneficio, con la complicidad de Alemania, los grandes banqueros israelitas—casi todos de origen germánico—y los socialistas, no dejaron de manifestar más o menos abiertamente el interés que les inspiraba el gobierno de Lenine y de Trotsky.

¿Cuáles, pues, fueron las poderosas razones que decidieron a los Estados Unidos, donde los israelitas eran tan influyentes, a combatir al Imperio Alemán?

Primero, un movimiento de opinión en las masas populares que habría podido echar a tierra un gobierno neutral; y en seguida otra consideración, que ha sabido tomar con mucho acierto un órgano de Tolosa, de un artículo titulado «La alta banca internacional». El estrecho acuerdo entre la alta banca judía de Alemania y la de los Estados Unidos fue, por otra parte, la razón fundamental por la cual el gobierno alemán tuvo una confianza tan ciega en la mentalidad de Wilson. De improviso Wilson declaró la guerra. ¿Qué había pasado? Es que Israel, muy bien informado y muy previsor, se había dado cuenta mucho antes de la Entente, del inminente e irreparable desastre de la Alemania; y la alta banca abandonaba a la Alemania política de los Hohenzollern, para salvar del naufragio tanto cuanto fuera posible los intereses judío-alemanes,

cuya defensa es el objetivo inmediato de la conspiración de las potencias anticatólicas (1).

El encarnizamiento con que los negociadores de la paz se dedicaron a destruír y despedazar al imperio austriaco, cuando se trataba de mantener a todo precio la unidad del Imperio Alemán, viene a confirmar esta tesis.

Durante las negociaciones del armisticio y en el curso de la Conferencia de la paz, los dirigentes de Israel que, desgraciadamente, eran también los dirigentes de las negociaciones, multiplicaron sus esfuerzos y sus intrigas para arrancar a la Francia victoriosa el beneficio y la ganancia de su parte de victoria, y para prolongar indefinidamente en Europa un estado mórbido, propicio a las revoluciones y a las pertubaciones políticas y sociales, en medio de las cuales saben maniobrar maravillosamente los judíos.

Los «big three», como se llamaba en Inglaterra a los representantes del Imperio Británico, de la Francia y de los Estados Unidos, rodeados por todas partes, y de todas maneras adulados por sus consejeros judíos, o judaicos, elaboraron una paz judía, precedida de un convenio místico-democrático. Carlos Maurras ha hecho muy bien en recordar (2) que, después de recibir un telegrama en que se leía, entre otras firmas judías, la de Jacobo Schiff, el Presidente Wilson impuso concesiones a

(1) *El Bloc católico,* junio de 1920.
(2) *Action francaise,* 4 oct. 1920.

favor de nuestros enemigos sobre los principales puntos del tratado: Estatuto de Dantzig, régimen de reparaciones, la cuestión del Sarre y de Fiume, plebiscito de la Alta Silesia. Las soluciones provisorias, bastardas, incoherentes, dadas a estos delicados problemas, no podían más que engendrar interminables dificultades y suscitar nuevos conflictos. Pero de estas dificultades y de estos conflictos futuros los judíos estaban persuadidos que ellos sabrían sacar buen provecho.



Capítulo III

LOS ANGLO-SAJONES, CAMPEONES DE ISRAEL

La misión de Sir Stuart Samuel en Polonia.—Una carta del presidente Mr. Wilson al Rabino Stephen Wise.—El War memorial Empire Tour.—Un toast de Mr. Lionel de Rothschild.—El orgullo judío en su apogeo.

I

Para que no se les tratara como servidores de Israel, los Gobiernos Anglo-Sajones han pensado que era más de su conveniencia hacerse sus campeones. Se sabía que habían llegado a ser sus auxiliares y sus cooperadores solidarios.

La Inglaterra había querido con anterioridad hacerse una especialidad en el orden diplomático. Levantaba la voz con una energía impresionante en favor de las naciones oprimidas. ¡Con qué elocuentes acentos Gladstone había señalado las matanzas de armenios a la indignación del mundo civilizado! Tuvo todavía algunos ecos de su voz poderosa en

favor de Armenia, porque en Junio de 1920 algunos miembros del Parlamento acusaron a la Francia de no enviar bastantes tropas a Cilicia para proteger contra los turcos a estos pobres Armenios sin defensa, que no pedían la presencia de nuestros soldados más que para saltear y matar a los aldeanos turcos de su vecindad.

En la misma época parece que había en Polonia perseguidos y oprimidos: los judíos.

La nación polaca, apenas resucitada, había tenido mucho que hacer para defenderse contra los Bolcheviques, los Alemanes, los Tcheco-Slovacos, que envidiaban algún pedazo de su territorio; se pretendía, sin embargo, que ella se entregaba a horribles persecuciones sobre cierta categoría de ciudadanos.

Las hojas israelitas contaban qué crímenes habían sido cometidos, qué números de correligionarios habían sido robados, molestados y matados por los soldados polacos.

La Inglaterra juzgó necesaria su intervención. ¿En virtud de qué derecho?

Todavía se le puede preguntar.

Talvez obró *motu proprio*, en nombre de los intereses superiores de la humanidad y de la democracia, para emplear un lenguaje wilsoniano. En realidad, en nombre de Israel.

Una misión oficial fue despachada a Polonia para hacer una encuesta sobre estos dolorosos acontecimientos. Como era natural, su jefe era judío, sir

Stuart Samuel, que se apuró a ir a Varsovia, y se demoró varias semanas en visitar a sus correligionarios y recoger sus testimonios.

A su vuelta, la misión depositó su memorial en el Parlamento: un white paper «documento de Estado», que tiene 36 hojas de impresión in folio, y su lectura es particularmente instructiva. A la cabeza del memorial figura una carta del ministro de Inglaterra en Varsovia sir H. Rumbold, dirigida al jefe del Foreign Office, Lord Curzon, tratando de una manera general la cuestión de la situación social de los judíos en Polonia, y poniendo en su lugar ciertas apreciaciones formuladas por sir Stuart Samuel, según datos insuficientes y un estudio demasiado superficial.

El capitán P. Wright, miembro de la misión, ha examinado por su lado las causas de la impopularidad de los judíos en Polonia, y no ha podido ignorar que los israelitas de la burguesía estaban todavía bajo la influencia alemana, y que los de las clases bajas estaban contaminados de bolcheviquismo y que unos y otros se manifestaban adversarios del nacionalismo polaco.

En cuanto al memorial mismo de sir Stuart Samuel, basta recorrerlo para ver hasta qué punto habían sido aumentados y desnaturalizados los hechos, mencionados en las hojas judías, y que sirvieron de pretexto a la encuesta británica.

Sir Stuart Samuel estima en 348 el número de judíos víctimas de las revueltas que tuvieron lugar

en Lemberg, en Pinsk, en Wilna y en Lida, en Noviembre de 1918.

Este número está muy lejos de los millares de muertos de que hablaban los corresponsales israelitas inventores de los «pogroms».

En realidad no hubo matanzas ni organizadas ni espontáneas.

M. J. K. Prothero, que viajaba en Polonia en la época de estos acontecimientos, publicó en el «Englishman» del 10 de Julio de 1920, notas que precisan las condiciones en las cuales encontraron la muerte un cierto número de judíos en Lemberg.

Un ejército ukranio de 10,000 hombres sitiaba la ciudad que el general Monczinski defendía heroicamente con 1,500 hombres. Combates cuotidianos se sucedían bajo los muros de la plaza; los defensores, agotados y diezmados, comenzaban a desesperar de su suerte, cuando llegaron tropas de Posen que amenazaron a los sitiadores y los hicieron abandonar el sitio.

Sir S. Samuel pretende que durante tres días el barrio israelita fue entregado al saqueo. La verdad es que los judíos habían pretendido guardar una completa neutralidad durante el sitio y no ayudar en los trabajos de defensa. Además se descubrió que algunos de ellos se comunicaban secretamente con los Ukranios, y que se preparaban para facilitarles la entrada a la plaza.

Fueron dadas órdenes de proceder a arrestar a los jefes del complot. Los israelitas recibieron con tiros

de fusiles a los voluntarios que quisieron penetrar en su barrio. Éstos contestaron: hubo combates callejeros y las tropas del general Roja, que restablecieron el orden, entregaron a los judíos combatientes al *ghetto*.

Al decir de sir S. Samuel, en este asunto fueron 52 los judíos muertos y 463 los heridos; pero el «White paper» olvida indicar cuáles fueron las pérdidas de los soldados y voluntarios polacos.

En Pinsk, el 5 de Abril de 1919, 35 judíos fueron fusilados, cuando las tropas polacas tomaron la plaza, que estaba en manos de los bolcheviques, y no los mataron por ser judíos, sino porque, después de la toma de la plaza, tiraron sobre los soldados desde las ventanas de sus casas.

El memorial no dice palabra sobre lo que pasó en Cracovia, en donde los judíos fueron deliberadamente los agresores.

Hirieron a un oficial francés del ejército, Haller, mataron a un soldado e hirieron a 20 y también a una mujer cristiana. Se procedió a arrestarlos, pero no se pasó a ningún israelita por las armas.

No se puede honradamente calificar de «progroms» las revueltas y combates de esta especie, amen de que los hijos de Israel fueron generalmente los agresores.

Sir S. Samuel lo reconoce él mismo implícitamente en las recomendaciones que forman la conclusión y epílogo de su memorial. Desea que se invite al gobierno polaco a tratar con simpatía a sus

súbditos israelitas y a concederles algo más que una *igualdad velada*. (Esta palabra necesita explicación). Pide que no se limite el número de judíos admitidos en las Universidades, que se prohiba todo boicoteo, y que los prisioneros, internados en los campamentos, sean juzgados sin demora.

Sir S. Samuel admite con cierta lealtal que la mayoría de los abusos manifestados en su memorial cesarán ciertamente con la guerra, pues son consecuencia de ésta. Pero sus recomendaciones finales, que tratan de Inglaterra y no de Polonia, indican claramente el papel que los dirigentes de Israel encuentran natural asignarle al gobierno británico, papel que de su lado parece que éste lo asume con gusto.

La comisión manifiesta los siguientes deseos:

«Que el Gobierno de Su Majestad ayude a los judíos de Polonia que quieran emigrar y que les facilite los medios de dirigirse a Palestina, al Canadá, al Africa del Sur, a Argelia, a América, en fin, a todos los países deseosos de recibirlos.

«Que bancos que inspiren toda confianza al público judío (por consecuencia bancos judíos), sean establecidos en las grandes ciudades de Polonia. Que a las legaciones y consulados británicos se les agregue un secretario que comprenda y hable el *yiddish*.

Esto quiere decir que desde ahora los judíos de Polonia serán considerados como protegidos ingleses, con el mismo título que los católicos de Oriente eran considerados antes protegidos franceses.

En su carta preámbulo, sir H. Rumbold había hecho notar que el tratado de Versalles contenía cláusulas especiales, referentes a la protección de los judíos y de otras minoridades étnicas, y que pertenecía a la Sociedad de las Naciones tomar las medidas necesarias para hacerlas aplicar.

Sin duda sir S. Samuel estimaba que en esta materia Inglaterra tenía poderes y privilegios especiales.

Los polacos también lo creyeron, porque cuando el ejército rojo invadió su territorio y Varsovia fue amenazada, juzgaron prudente enviar a Londres para que los representara a un judío, el profesor Szimon Askenazy.

Pero, como este diplomático se pretende patriota polaco y no profesa ninguna simpatía a los sionistas y bolcheviques, fue tercamente recibido por sus correligionarios de Inglaterra.

En todo caso, mientras que el general Weygand y las misiones francesas hacían lo posible para restablecer los asuntos militares de Polonia, el mariscal Pilsudky no recibió del Foreign-Office más que un consejo: hacer con la Rusia Sovietista una paz que habría sido desastrosa.

II

Los Estados-Unidos de América han rehusado formar parte de la Liga de las Naciónes, pero su presidente, desaprobado por el Senado......... ha con

tinuado procurando hablar, hacer y arbitrar como si tuviese voto en este capítulo internacional.

Mr. Woodrow Wilson, émulo de Mr. Lloyd George, no ha querido perder la ocasión de manifestar su celo para con los judíos. Creo que algún día censuró las atrocidades cometidas por los bolcheviques, pero no protestó ni contra las matanzas ordenadas por Bela Kuhn en Hungría, ni contra la agresión de que casi fueron víctimas los polacos, ni contra la expropiación y expulsión de los tranquilos habitantes de Palestina; pero, en cambio, no pudo dominar su indignación cuando supo que algunos israelitas de la Europa oriental habían sufrido daños y malos tratamientos.

El 10 de Setiembre de 1920 le envió la siguiente carta manifiesto a su grande amigo el Rabino Stephen Wise.

«Mi querido rabino Wise:

«Estoy profundamente emocionado con los datos « que Ud. me envía, por las pruebas y sufrimientos « sufridos por vuestros correligionarios en la Eu- « ropa oriental.

«Ningún americano, cualquiera que sea su raza « y religión de origen, puede dejar de sentir la más « profunda simpatía por los judíos de la Europa « oriental, que continúan llevando, no solamente el « peso de la guerra, sino también los sufrimientos « que resultan del mal trato que les dan los gobier- « nos y los pueblos ciegos e injustos.

«Espero que las naciones con las cuales mante-

« nemos relaciones políticas harán todo lo posible
« para poner fin a las injusticias, a los abusos, a las
« desgracias legales de sus poblaciones judías, tal
« como está especificado en favor de las minorías
« en las cláusulas del tratado de paz.

«Sabemos en los Estados Unidos, en donde los ju-
« díos gozan de la más completa igualdad, con qué
« lealtad sirven y con qué fidelidad defienden los
« intereses y el ideal de nuestra propia nación.

«Tendré gran gusto en saber la realización de una
« situación mejor para los judíos de la Europa orien-
« tal. Mi Gobierno desea ardientemente que conclu-
« ya para siempre y en todas partes la persecución
« de los judíos.

Woodrow Wilson

«El Jewisk Guardián del 1.º de Octubre de 1920
« reprodujo, con el orgullo que se comprende, la
« carta que muestra con qué celo el antiguo presi-
« dente se ha hecho en los Estados Unidos el cam-
« peón de Israel.

III

En 1920 el príncipe de Gales visitó los dominios y colonias británicas. Recibido en todas partes con entusiasmo, el joven príncipe recogió las manifestaciones de lealtad de los ingleses que vivían o servían lejos, y a los cuales el príncipe traía la expresión de la solicitud y preocupación del Rey y de la familia real.

Apenas estuvo de vuelta en Londres el príncipe de Gales, se organizó otro viaje alrededor del mundo con el pomposo título de «War memorial Empire Tour». El doctor Hertz, gran Rabino y M. A. M. Woolf iban, en nombre de las organizaciones judías y sionistas, a visitar ellos también los dominios y colonias, traerles la buena nueva, solicitar concursos y subsidios, exaltar el poder de Israel y establecer lazos sólidos entre las comunidades diseminadas.

Poco antes del viaje se ofreció al gran Rabino y a su compañero de viaje un solemne banquete. Los diarios judíos y especialmente el *Jewish Guardián*, del 8 de octubre, dió cuenta detallada de este banquete.

Mr. Lionel de Rothschild, miembro del Parlamento, presidía. Entre los invitados, que no eran menos de 650, estaba Lord Milner, Ministro de las Colonias, Mr. Andrew, Fisher, Alto Comisario de Australia, el coronel sir James Allen, que representaba a Nueva Zelandia, Mr. Mac-Ewan Hunter, a Queensland; Mr. Wade, a la Colombia británica; sir T. Coghlan, a Nueva Gales del Sud; Mr. Ashbot, a Tasmania.

A la cabeza de los anglo-judíos notables estaba Lord Chief Justice, Lord Reading, sir Stuart Samuel, sir A. Tuck, sir Philip Magnus, el doctor Weizmann, sir R. Waley Cohen.

Abrió la serie de los brindis Mr. Lionel de Rothschild; levantó su copa en honor del Rey, de la fa-

milia real, e hizo una alusión al reciente viaje del príncipe de Gales, como si este viaje no hubiese sido más que el preámbulo del que iban a hacer los delegados de Israel.

Sir Robert Cohen deseó buen viaje al gran Rabino que iba a todos los territorios del Imperio a reavivar la fe de las comunidades, recoger los fondos necesarios para la realización del *Memorial* judío de la guerra.

Este «Memorial» será un gran colegio donde se formarán los futuros ministros de la religión. Es aquí donde aprenderán, antes de profesarlas, las ciencias sagradas y el «judaísmo inglés».

El gran Rabino dio las gracias en un tono emocionado y algunos datos sobre el viaje pastoral que iba a emprender, y se declaró confundido del honor que le confería esta *comida imperial*. A pesar de que este honor no iba dirigido a él, sino a la «invencible religión de Israel».

El presidente se puso de nuevo de pies para hacer un brindis «al gobierno de Su Majestad», y formulando este brindis, pronunció esta significativa declaración: «Ningún país del mundo ha sido go-
« bernado de una manera tan liberal como la In-
« glaterra durante el último siglo. Ningún país
« ha hecho tanto para conceder una completa igual-
« dad a todos los ciudadanos, y *de todos los gobier-*
« *nos que han tenido las riendas del poder en Grán*
« *Bretaña, ninguno ha manifestado tan verdadera*

« *simpatía por los proyectos y el ideal de los judíos,* « *como el gobierno actual*».

A nombre del Ministerio, Lord Milner, expresó su agradecimiento por semejante elogio, y afirmó, sin enumerar razones, que el Imperio Británico había sido ampliamente recompensado de una política que le había hecho abandonar los viejos prejuicios y conceder una completa igualdad y la plenitud de los derechos cívicos a los súbditos de Israel.

Lord Reading no podía dejar de tomar la palabra en circunstancias tan favorables. Hizo un brindis por los «dominios de ultramar», como si ya supiese que había sido designado para Virrey de la India; y en lenguaje florido habló de la ayuda patriótica prestada durante la guerra a la madre patria por las colonias y dominios. Nuestros «ideales», agregó, son comunes. El mismo lazo que une a los judíos a través del mundo, es el que une a ingleses, escoceses e irlandeses.

Nadie hizo observar al orador que los lazos que unen Irlanda a Inglaterra están por el momento bastante tirantes, y que si los judíos están tan estrechamente unidos en todas partes del globo es porque forman una nación, y por consiguiente, no tienen más que una conexión accidental con el pueblo inglés.

En fin, el gran pontífice del sionismo, el doctor Chaïm Weizmann, bebió «¡por el presidente!». Así rindió homenaje a este gran apellido de Rothschild, siempre tan bien llevado en las gloriosas tradicio-

nes de la familia...; en seguida, invitó a los nobles viajeros a terminar su vuelta al mundo con una simpática visita al dominio más joven que era también la más antigua comunidad judía: la Palestina. Uds., les dijo, llevarán a ese país un mensaje de esperanza, y esto será para el Oriente un signo precursor de la «aurora».

Este banquete, casi oficial del 6 de octubre de 1920 y los discursos que fueron pronunciados son una prueba manifiesta del dominio de Israel sobre el gobierno de Mr. Lloyd George. Las primeras etapas del viaje de los misioneros del *War Memorial Tour*, han acentuado todavía su carácter. En el Cabo, en el Transvaal, en Natal el gran Rabino y Mr. Woolf fueron recibidos como príncipes de la sangre. El gobernador, las autoridades civiles y militares los esperaban a la llegada del vapor o tren para desearles la bienvenida. Las tropas estaban sobre las armas.

Detrás de sus anteojos y bajo su gran barba negra, mirando agresivamente, el reverendo doctor Hertz, debía cerrar un ojo y sonreír, evocando los tiempos todavía recientes, en que los de su raza, sórdida o modestamente vestidos, desembarcaban en las colonias para vender una pacotilla o solicitar humildemente un pequeño empleo de contador o comisionista....

III

La certeza de poder contar con el apoyo formal y sin reserva de los gobiernos anglo-sajones, su dominio sobre la Palestina antes del arreglo definitivo de las cuestiones de Oriente suscitadas por la guerra, han dado a los israelistas la convicción de que muy pronto serán todopoderosos, y que desde ahora le serán permitidas las más vastas ambiciones.

Sus fuerzas las ponen de manifiesto con el hecho de que en el curso mismo de la guerra mundial han podido echar por tierra y mantener bajo su yugo sangriento al gran imperio de la Europa oriental, que tan a menudo los había perseguido y humillado.

Sin duda todos los judíos no son sovietistas, pero aun aquellos que se sientan en los bancos conservadores del Parlamento británico se regocijaron del hundimiento de Rusia.

Sabían también que este órgano superior de gobierno mundial, llamado Liga o Sociedad de las Naciones, lo tenían en su mano y podían manejarlo a su gusto.

Si era necesario pasarían sobre ella en los casos urgentes.

En julio de 1920 Mr. Lucien Wolf, a nombre de la delegación judía en la Sociedad de las Naciones, depositó en Ginebra un manifiesto tratando de hacer proteger a los israelitas en los pueblos a los

cuales ellos presumen pertenecer. Se trataba de la aplicación de la famosa cláusula de las minorías. Antes los judíos tenían la costumbre de dirigir sus reclamos al Foreign-Office. Se corría el rumor que los judíos de Lemberg estaban amenazados de un *pogrom*. M. L. Wolf quería que se hicieran amonestaciones sin demora en Varsovia. Lord Curzon declinaba la competencia de su departamento, explicando que le tocaba a la Sociedad de las Naciones fiscalizar la aplicación del tratado y la cláusula de las minorías en Polonia.

M. Lucien Wolf insistió tan enérgicamente que Lord Curzon cedió, y sin duda es así como el gobierno de Varsovia fue a la vez amonestado por el Foreign Office y por la Sociedad de las Naciones a propósito de un *pogrom*, en el cual probablemente nadie había pensado.

En todo caso, los judíos ya han obtenido muy importantes modificaciones al pacto inicial de la Sociedad de las Naciones.

Había sido especificado que si las minorías tenían una queja que formular contra el gobierno de su país el caso sería sometido a la Sociedad por uno de sus miembros, es decir, por una nación.

Después de múltiples pasos dados por los organismos judíos, las minorías han obtenido el derecho de presentar directamente sus reclamos, lo que les confiere en este punto un estatuto nacional. Se recuerda que en la última reunión, tenida en Génova la delegación judía, pretendió subordinar estric-

tamente la admisión de las naciones en la Liga, con la previa aceptación de las cláusulas de las minorías.

Combatida por los representantes del Canadá, esta proposición fue apoyada con tal ardor por Lord Robert Cecil, que uno se preguntaba si este personaje político era enviado a la Liga de las Naciones como representante de la colonia del Cabo, o si era más bien un delegado de Israel.

No es necesario sorprenderse si los judíos, embriagados por su triunfo y conscientes de la influencia adquirida en muchos países y en distintos terrenos, se imaginan ya ser los amos del mundo. Un corresponsal me ha transmitido un diario judío de Africa del Sud, en el que se reproducía un artículo fantástico del *New York Herald*.

El autor de este artículo se había entretenido en contarle a sus lectores americanos una pretensa entrevista que habría tenido con M. Mandel, en el tiempo en que M. Clemenceau era todavía Presidente del Consejo. Recibido amablemente por el poderoso Jefe del Gabinete, el repórter conversaba con él cuando un portero trajo una tarjeta de visita: «Hágalo recibir por M. Clemenceau, dijo M. Mandel, y diga que estoy ocupado». Al cabo de algunos instantes, el portero vuelve diciendo: «Este señor no quiere ver a M. Clemenceau, sino a M. Mandel».—«Entonces que espere».

Al cabo de un cuarto de hora se anuncia otra visita y se murmura el nombre del recién llegado:

«M. Mandel Rothschild, padre del Jefe del Gabinete. Entréguele esta caja de cigarros y dígale que no puedo recibirlo hoy».

Por fin, el portero vuelve por tercera vez para decir que el Presidente del Consejo sale con el General Mordacq y pregunta si M. Mandel tiene algo que ordenarle:—Contéstele que no, que esta mañana le di todas mis instrucciones.

Cuando terminó la audiencia, el repórter se cruza en la antesala con el solicitante que esperaba con paciencia: El solicitante era M. Loubet, antiguo Presidente de la República.

El director de la *South African Jewish Chronicle,* tomó a lo serio esta crónica humorística y el diario del 5 de marzo la reproducía íntegramente en el lugar preferente de sus columnas con un gran aviso que tenía este título:

El verdadero dueño de la Francia.—El Jefe del Gabinete, Clemenceau, es judío

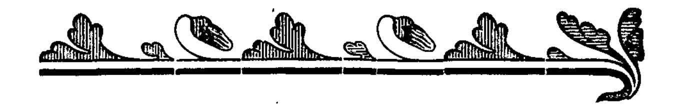
Los judíos de Sud Africa han debido tiritar de orgullo, sabiendo este nuevo triunfo de su raza.

En cuanto a los israelitas de Inglaterra, podían también alegrarse y con más justo título talvez, por la buena acogida que les manifestaba la familia real.

El príncipe de Gales se dignó pasar revista el 17 de febrero de 1921, en el patio de los Embajadores en York-House, al batallón de Londres de la Je-

wish Lad's Brigade, mandada por el mayor Talbush. La brigada desfiló con la música a la cabeza, y el heredero del trono entregó él mismo a los equipos victoriosos y a los campeones de las distintas pruebas el (shield) escudo y las medallas que atestiguan sus méritos (1).

(1) *The Jewish Guardian,* 25 febrero 1921.



Capítulo IV

LOS «PROTOCOLOS» DE LOS SABIOS DE ISRAEL

La publicación en Londres de la primera traducción de los «Protocolos».—Un artículo del *Times*.—Declaración de Sergio Nilus sobre el origen del Documento.—El plan de campaña de los judíos para asegurarse el dominio del mundo —El hundimiento del imperio ruso.—El peligro judío.

Han sido necesarios casi cinco años de guerra, las penosas tentativas de paz, las audaces pretensiones, la intromisión de los dirigentes de Israel, para hacer penetrar en algunos círculos de nuestros aliados británicos la idea de que existía un peligro judío.

En diciembre de 1919 aparecía en Londres, editado por la casa Eyre y Spottiswoode, un libro en 8.º de cien páginas más o menos, que llevaba el título: «El Peligro Judío.—Protocolos de los Sabios de Sion». Esta publicación pasó completamente inadvertida hasta el 8 de mayo de 1920. Este día, el *Times* consagró una columna al análisis del fo-

lleto, que él juzgaba interesante y curioso; señaló la concordancia notable con las principales disposiciones del plan de campaña judío, tal cual lo habían manifestado los acontecimientos que se han desarrollado durante y después de la guerra. El diario de la *City* resumía su impresión sobre el libro con esta angustiosa pregunta: «Tendiendo a su máximo las fibras de nuestra alma nacional ¿no habremos escapado de una paz germánica para caer en una paz judía?

Antes de estudiar los *Protocolos* y de citar o resumir sus partes principales, es importante fijar su génesis y examinar el carácter de autenticidad que ellos presentan. Es prudente desconfiar de los documentos relativos a la cuestión judía. A menudo son lanzados por los israelitas para despistar a los lectores y hacerlos seguir falsas pistas, a veces estos engaños han tenido éxito. Veamos si puede pasar lo mismo con los «Protocolos».

I

El folleto publicado en Londres a fines de 1919 es una simple traducción de un fragmento de un libro ruso, cuyo autor es el profesor Sergio Nilus, y que fue registrado en la Biblioteca del Museo británico, en agosto de 1916.

Mientras que la versión inglesa era editada por la casa Eyre y Spottiswoode, el señor Gollfriedzur Beck, publicaba una traducción alemana en Char-

lottenburg con el título: «El secreto de los sabios de Sion».

El prefacio de esta versión alemana contiene algunos datos sobre Sergio Nilus y su obra. Sergio Nilus es un investigador y un erudito, profundamente cristiano y muy estimado en Rusia. En estos últimos años se había radicado en Ukrania. En 1901 se procuró los pliegos de los Protocolos escritos en francés, y los tradujo al ruso.

La primera edición de los procesos verbales de los *Sabios de Sion* apareció probablemente en 1905 en San Petersburgo como apéndice del libro de Sergio Nilus: *Lo grande en lo Chico, el Anticristo como posibilidad inminente de Gobierno* (1). La obra fue reeditada sin nombre de editor, con el título «La Raíz de nuestros males»; en seguida el escritor ruso Butmi hizo una nueva traducción en 1907, que tituló: «El Enemigo del género humano» que salió de la imprenta de la institución de los Sordos-Mudos de San Petersburgo. Otro tiraje fue hecho en el monasterio de San Sergio en 1911 (2), bajo la vigilancia de Sergio Nilus, un segundo en 1912, y un tercero en 1917.

(1) En el folleto del canónigo Gaudeau hay informaciones sobre el origen de los «Protocolos»: el libro se llama el Complot mundial actual (edición de la Fe Católica); también hay en la introducción del libro «Los Protocolos de los Sabios de Sion», de Monseñor Jouin (Emile Paul) en la edición de los «Protocolos» de la Vieille France de M. Urbain Gohier; y en la traducción americana de los «Protocolos». (Boston Imall y Meynard).

(2) Esta es la edición utilizada por el traductor alemán Gottfried Zur Beek.

Durante los ministerios del Príncipe Lwow y del israelita Kerensky, la policía hizo tomar y quemar todos los ejemplares de estos libros encontrados donde los libreros.

El British Museum posee un ejemplar de la edición de 1905, que fue impresa en Tsarkoïe Selo. En la introducción de aquélla de 1917, traducida en Boston, es donde Sergio Nilus habla del origen de los «Protocolos». Los procesos verbales y distintas comunicaciones de un Congreso sionista tenido en Basilea, habrían sido copiadas secretamente y enviadas al profesor Nilus en 1901 por Alesis Nicolajevitch Souchotin, mariscal de la nobleza de Chern, en la Rusia central. Este pidió al escritor extraer de estos Protocolos lo que le pareciese útil para la defensa de la religión, estimando que desde el punto de vista político el mal ya estaba hecho.

El gran-duque Sergio Alexandrovitch, a quien Nilus mostró estos documentos, se los devolvió con estas sencillas palabras «Demasiado tarde».

Monseñor Jouin ha preguntado al arzobispo de Mohilew, actualmente refugiado en Inglaterra, si conocía los «Protocolos»; el prelado le contestó que el libro le había sido comunicado en Rusia; que él creía en la autenticidad de los procesos verbales tanto más cuanto los acontecimientos habían confirmado suficientemente la realidad del plan trágico de los jefes de Israel (1).

---

(1) «El peligro judío-masónico» por Monseñor Jouin, pág. 7.

Los dos traductores rusos, Sergio Nilus y C. Butmi, son honrados y no se pone en duda su buena fe. Ambos afirman haber tenido entre sus manos los pliegos en lengua francesa.

Sus versiones concuerdan casi en todos los detalles, y sin duda no han querido dar indicaciones susceptibles de poner sobre la pista para encontrar al autor de la sustracción. En la edición de 1911 Sergio Nilus dice que las copias le fueron tomadas a un francés masón del grado 33, en una ciudad hoy francesa (1), por una mujer que quería servir a su país; sin embargo, es posible que esta historia del robo haya sido imaginada para despistar sospechas. La hipótesis más probable es que una serie de procesos verbales escritos en el Congreso sionista de Basilea, tenido en 1897, fue simplemente robado de un cofre que contenía los escritos confidenciales de la Asociación. Una circular del Comité sionista de 1901. Atestigua que el Dr. Herzl se quejó amargamente en esta época de los descuidos que habían permitido a los no iniciados de arrancar algunos secretos de los congresos. Es muy útil retener esta indicación.

El sionismo no tiene simplemente el objeto de fundar un Estado judío; persigue un fin más importante; el dominio mundial es lo que han demostrado los «Protocolos», cuya inspiración semítica es innegable.

---

(1) Seguramente Mulhouse o Colmar.

Para demostrar de una manera rigurosa la autenticidad de los «Protocolos» sería necesario poseer los pliegos comunicados a Sergio Nilus, encontrar la persona que los sustrajo, comparar el texto de los procesos verbales, con otros procesos verbales del Congreso de Basilea, los cuales deben estar cuidadosamente guardados o destruídos.

Los que pretendan que los «Protocolos» son apócrifos, inventados en todas sus partes, no pueden tampoco darnos una prueba de sus afirmaciones (1).

Es el lenguaje de los hechos, en semejante circunstancia, el sólo probatorio, y la prueba más elocuente ha sido formulada por el traductor inglés en el prefacio: «Hoy día no se puede leer ninguna parte de este libro sin notar la nota profética que contiene en todas sus partes, no solamente en lo que se relaciona con la santa Rusia de antes, sino también desde el punto de vista de ciertos siniestros desarrollos, que en la hora presente se pueden observar en todo el Universo.

Gentiles, estad en guardia».

II

El *primer Protocolo* o resumen del proceso verbal de la primera sesión de los «Sabios de Sion»

---

(1) Bajo la firma L. Fry, apareció en la *Vieille Franee*, n.o 218, un interesante estudio que trata de demostrar que el redactor de los «Protocolos» sería uno de los dirigentes de Israe: Asher Ginsberg.

principia por una comparación en la política de los judíos y la de los gentiles y por un elogio a la fuerza:

«¿Quién ha domesticado a las bestias salvajes que llamamos hombres? Por quién han sido domados?

En los primeros períodos de la vida social, la fuerza bruta y ciega los dominaba, más tarde obedecieron a la ley, que no es más que la fuerza disfrazada. De esto se deduce que, según las leyes de la naturaleza, el derecho reside en la fuerza».

La libertad política es una idea, no un hecho. Es necesario saberla utilizar para atraerse las masas populares, y para conquistar el poder; el trabajo es mucho más fácil, si el adversario, enamorado del liberalismo, abandona él mismo una parte de su autoridad.

Hoy día el poder del oro se ha sustituído al de los gobiernos liberales. La idea de libertad no puede ser realizada prácticamente. La democracia llega a la corrupción, a los conflictos sociales, a la anarquía. Si un Estado está agotado por las disensiones internas o entregado al extranjero, éste caerá en nuestro poder.

El despotismo del Capital (el oro está en nuestras manos) le tenderá una paja en forma de ayuda, y éste deberá agarrarse a ella para no caer en el abismo.

Echemos pues fermentos de anarquía entre las multitudes. En política no hay moral, y la autocracia es el sólo modo de gobernar.

Hubo poderes dinásticos en que el padre trans-

mitía a su hijo los secretos de la política. El sentido de la trasmisión de estos principios, la fe en la herencia han desaparecido y esto facilita el triunfo de nuestra causa. La civilización no puede existir sin el despotismo. Mirad este rebaño de Goim (gentiles) embrutecido por los vicios y el alcohol, y que nadie le limita su uso. No permitiremos a nuestro pueblo que los imite. Nuestros agentes, lacayos, empleados, institutrices, mujeres en los centros de placer, desmoralizarán y los iniciarán en todos los vicios.

¿Hemos explotado bastante las palabras «Libertad, Igualdad y Fraternidad»? Los gentiles han repetido estas palabras como loros, sin ver las contradicciones de las ideas invocadas.

La supresión de todos los privilegios ha arrastrado aquella de la selección, sobre su ruina hemos fundado nuestra aristocracia, sobre bases plutocráticas. Esta es nuestra, controlada por nuestros sabios y guiada por su ciencia.

El *segundo protocolo* principia por una declaración que se armoniza completamente con las proposiciones Wilsonianas sobre las cuales fue fundado el tratado de paz: «Para nosotros es necesario que las guerras no se terminen por conquistas territoriales; porque entonces la guerra será liquidada sobre bases económicas, y las naciones se verán obligadas a admitir nuestra acción predominante».

Por este medio podremos dirigir la política internacional y dominar los Estados, que se imaginarán, durante algún tiempo todavía, que se administran libremente; les sugeriremos leyes de apariencia científica que los entretendrán y los adormecerán. Considerad el triunfo de las doctrinas de Darwin, de Karl Mart, de Nietzche, imaginadas o preconizadas por nosotros para desmoralizar a los Gentiles.

Que los cristianos mediten este trozo relativo a la prensa y que transcribo de la edición americana:

«En manos de los Estados modernos hay una fuerza poderosa que levanta en los pueblos los movimientos de ideas.

Es la prensa. Su papel es indicar las necesidades, registrar las quejas, manifestar y fomentar los descontentos. El triunfo del libre comento se encarna en la prensa, los gobiernos no han sabido servirse de ella, y *ha caído nuestro poder*. Con la prensa hemos conquistado un verdadero poder, quedándonos nosotros en la penumbra. Gracias a la prensa, hemos acumulado el oro, que ríos de sangre y lágrimas habían a veces amasado».

El *tercero* y *cuarto protocolos* anuncian como próxima la época en que la Serpiente, símbolo de Israel, haya cerrado su círculo después de haber encerrado a los Estados europeos. Que se recuerde la Revolución francesa!

Fue nuestra obra, y los males que ella engendró favorecen nuestros planes. Las masas populares son

hostiles a las clases que ellas consideran sobre ellas. Las crisis económicas decuplaron este odio. Crearemos una crisis universal y echaremos a la calle una multitud enorme de obreros, exasperados contra los ricos, prontos para matarlos y despojarlos. Los judíos avisados a tiempo saldrán indemnes de estas pertubaciones.

La Francmasonería tiene, sin saberlo, en el universo, el oficio de biombo que disimula nuestros proyectos (1).

Para crear diversiones e impedir a los cristianos vigilar nuestra política, es necesario orientarlos hacia la industria y el comercio:

«Las naciones están absorbidas en buscar beneficios materiales; encaminadas en esta lucha no se preocuparán de su enemigo común.

Para que las ideas de libertad puedan minar y arruinar a la sociedad cristiana, es importante darle como base a la industria la especulación. Los Gentiles abandonarán por este medio las riquezas extraídas de sus tierras, y se dedicarán a empresas industriales. La especulación hará caer estas riquezas en nuestras manos».

Los *protocolos números cinco* y *seis* explican cual será el carácter y la esencia del gobierno judío. Este gobierno, fuertemente centralizado, arreglará

---

(1) El traductor americano, a propósito de esto, ha creído de su deber separar las logias anglo-sajonas de las logias de la Europa continental, que han llegado a ser asociaciones políticas anticristianas.

Los *Protocolos* no establecen distinción entre ellas.

por medio de leyes nuevas la vida política de nuestros súbditos. Un soberano despotismo eliminará gradualmente las concesiones y libertades entregadas a los gentiles.

Puede ser que coaliciones temporales nos traigan algún fracaso; pero nosotros tendremos buen cuidado de fomentar los odios de religión y de razas, y así gobernaremos al mundo: *Per me reges regnant.* Las palabras de los profetas se habrán cumplido.

Organizando vastos monopolios, de los cuales serán tributarios las fortunas de los gentiles,—absorberemos el crédito de los Estados. Es necesario que nuestro super-gobierno sea protector.

«La aristocracia de los gentiles como fuerza política ha muerto. No tenemos para qué preocuparnos de ella; pero como propietarios agrícolas las autoridades sociales nos son peligrosas, porque pueden ser independientes por sus recursos, por esto a cualquier costo, debemos privarlos de sus tierras. Para alcanzarlo, el mejor método es aumentar los impuestos agrícolas y endeudar la tierra. La aristocracia de los gentiles, que hereditariamente no puede acomodarse con una situación modesta, estará muy pronto arruinada» (1).

Por otra parte incitaremos a los gentiles a hacer gastos exagerados, desproporcionados con sus medios, lo que los traerá a vivir al día sin pensar en el

---

(1) «Los Protocolos», edición de la *Vieille France,* págs. 31 y 32.

día siguiente. Aumentaremos los salarios de los obreros, pero subiremos mucho más todavía el precio de todas las cosas.

Los fines decisivos del plan de campaña de Israel se manifiestan en el *séptimo protocolo.*

El aumento de las fuerzas militares de los Estados, el crecimiento de los armamentos forman parte esencial de este plan. En toda la Europa y por Europa en el mundo entero sembraremos la discordia, provocaremos las revueltas y conflictos. Domaremos a los gentiles por guerras particulares y desencadenando la lucha mundial.

«En una palabra, para resumir nuestro sistema de desquiciamiento y servilismo de los Estados de la Europa, mostraremos nuestro poder sobre uno de ellos, por medio del asesinato y el terrorismo, y si acaso le fuera posible unirse para resistirnos, le contestaríamos con los cañones americanos, chinos o japoneses». (1)

«La alusión a la Revolución rusa desde largo tiempo preparada, resalta netamente de esta cita.

Los protocolos siguientes dan instrucciones de detalle para la realización progresiva del plan grandioso de Israel. La destrucción de los poderes reinantes será manejada por el terror; el nuestro será despótico; la generación actual de los gentiles corrompida y bestializada por las falsas ideas que les habremos enseñado, será muy manejable. Destrui-

(1) *The Protocols,* Ed. Small. Maynard, pág. 29.

remos la vida de familia, e impediremos a los hombres de valer, de que surjan y ejerzan influencia. Inyectando el veneno del liberalismo en los órganos del Estado, le habremos dado un mal mortal.

La prensa estará severamente amordazada, la literatura controlada; tendremos todos los hilos del pensamiento impreso; sin embargo, dejaremos publicarse estudios y artículos contradictorios para que el vulgo guarde alguna ilusión. Desviaremos a los gentiles de las preocupaciones políticas, alentando los sports, los juegos, los placeres y las pasiones.

Cuando seamos los amos no toleraremos más religión que la Judía, y el servilismo de los otros pueblos al nuestro traerá un estado de paz y de bendición, y nosotros haremos resaltar sus beneficios.

El *Protocolo quince* explica que después de la conquista del poder Supremo, el Poder judío será sin piedad, para quien pretenda hacerle oposición. La fundación de una nueva sociedad secreta se penaría con la pena de muerte.

Mientras tanto multiplicaremos las logias masónicas en todo el mundo.

«Atraeremos a aquellos que ejercen una acción «sobre el público, o que se presuma lleguen a ejer«cerla, porque en estas logias se encontrarán las

«principales fuentes de informaciones, y los mejo-
«res medios de propagar nuestra influencia.

«Todas estas logias estarán centralizadas bajo una «misma dirección, conocida solamente de nosotros «e ignorada de los demás. Nuestros sabios adminis-«trarán estos cenáculos... Los más secretos pla-«nes políticos serán puestos en nuestro conocimiento «el mismo día en que hayan sido acordados y noso-«tros los aprovecharemos... Entre los iniciados de «estas logias se encontrarán casi todos los agentes «de la policía, internacional y nacional, cuyo con-«curso nos es indispensanble» (1).

Es necesario hacer grandioso a nuestro poder, y darle la impresión de la inviolabilidad de su naturaleza mística, porque viene de Dios. *Después del Papa, la autocracia rusa es nuestro más grande enemigo.*

¿Cómo se organizará el imperio judío y cuál será el programa de su gobierno? Los *últimos ocho Protocolos* dan bastantes datos sobre esto.

El gobierno tendrá la apariencia de una «misión patriarcal entregada a la persona del seberano».

El Rey, padre de sus súbditos, tiene derecho, con los medios coercitivos necesarios, de dirigir la humanidad y de obligar a la obediencia.

La enseñanza será transformada. El estudio de los problemas del porvenir, de la vida práctica reemplazará el estudio de la historia antigua y de

---

(1) *The Protocols*, Ed Small. Maynard, pág. 48.

los clásicos. Toda clase de educación privada será suprimida. Las doctrinas judías serán dogmas.

Las atribuciones de los abogados y procuradores ante los tribunales, serán restringidas. La libertad religiosa, reconocida en teoría será destruída de hecho. Se procurará que el clero se haga antipático para el pueblo, y así su influencia desaparecerá.

Cuando llegue la hora, se le dará un asalto al Vaticano, y el poder del Papa será destruído.

Entonces el Rey de los Judíos ejercerá su autoridad suprema; él será el verdadero Papa del universo, el solo Patriarca de la iglesia internacional.

Sin embargo, durante la preparación de las transiciones, y de las medidas necesarias para la realización de este objetivo supremo, no atacaremos a las iglesias existentes. Nos limitaremos a criticarlas, a dividirlas y a minarlas. Si es necesario imaginaremos religiones temporales para la reeducación de la juventud.

Nuestro soberano, en virtud de una ficción legal, será propietario de todos los bienes, y repartirá la carga de los impuestos. *Un impuesto progresivo sobre el capital* que nosotros ya preconizamos (1) amputará las fortunas privadas.

Esta sola perspectiva causa ya descontento entre los Gentiles. Habrá un derecho de timbre progresivo sobre las ventas, los beneficios, las sucesiones,

---

(1) Es necesario recordarse que los pliegos fueron sustraídos en 1901 y que se refieren al Congreso sionista de Basilea que tuvo lugar en 1897.

su rendimiento sobrepasará notablemente sobre las entradas de los gobiernos cristianos.

Nuestra acción sobre la vida económica de los pueblos facilita nuestro próximo dominio.

Capitales enormes mantenidos en la inacción, han obligado a los Estados a recurrir a nosotros para emitir empréstitos, cuyos intereses los aplastan.

La transformación de las pequeñas industrias en grandes fábricas, tributarias de los ricos prestamistas, es decir, de los judíos, agotará las fuerzas sanas del pueblo, y la resistencia de los Estados Gentiles estará notablemente disminuída.

«El vacío que existe en el cerebro puramente «bestial de los gentiles está suficientemente proba«do por el hecho que ellos no comprenden que pres«tándoles dinero un día u otro tendrán que sustraer «de las entradas del país, el capital prestado con sus «intereses. Habría sido mucho más sencillo tomar «plata de ellos mismos, a los cuales no habrían te«nido que pagar intereses. Esto prueba nuestro «genio y el hecho que somos el pueblo escogido por «Dios (1).

«En nuestras manos se ha concentrado la gran «fuerza de los tiempos presentes: el oro, y esta fuer«za nos ayudará a hacer triunfar nuestra causa, a «restaurar el orden bajo la égida de nuestro go«bierno.

«El mundo actual sucumbirá en la anarquía. El

(1) *Los Protocolos,* Ed. Emile Paul, pág. 116.

«Rey de los judíos, encarnación del Destino, fundará un nuevo mundo. No subirá las gradas del trono sino cuando los «Sabios» se hayan asegurado «de su valor intelectual y moral. No deberá estar «dominado por sus pasiones: «La columna del Universo, en la persona del Gobernador del mundo, «salido de la raza Santa de David, deberá subordinar todos sus deseos personales al bien de su pue«blo. Nuestro soberano debe ser irreprochable».

Con estas palabras se termina el veinte y cuatro y último «Protocolo».

* * *

Un epílogo de Sergio Nilus que no ha sido traducido en las ediciones alemana y americana, contiene estas observaciones que merecen ser transcritas íntegramente:

«La existencia del escrutinio del voto ha procurado siempre a Sión la ocasión de introducir por «medio de la corrupción todas las leyes favorables «a sus planes. La forma de gobierno de los genti«les que les conviene más a los judíos es la Repúbli«ca, porque ésta le permite comprarse una mayoría «con más facilidad; y el régimen republicano da a sus «agentes y a su ejército de anarquistas una libertad «sin límite.

«Por esto los judíos sostienen tan bien al libera«lismo, y los estúpidos de los gentiles, engañados por «ellos, ignoran el hecho ya evidente que bajo una «república no hay más libertad que bajo una auto-

«cracia, al contrario se ve una opresión de la mino-
«ría, por el populacho, que siempre está dirigida por
«los agentes de Sión.

«Según el testamento de Montefiore, Sión no eco-
«miniza ni dinero ni los medios que la lleven a su fin.
«En nuestros días todos los gobiernos del mundo
«entero, están conscientes o inconscientes sometidos
«a las órdenes de este gran supergobierno de Sión;
«porque todos sus valores están en nuestras manos;
«porque todos los países son deudores de los judíos
«por sumas enormes, que jamás podrán pagar.

«Todos los negocios, la industria, el comercio como
«la diplomacia están en las manos de Sión. Por me-
«dio de sus capitales ha enservilecido a todas las na-
«ciones. A fuerza de mantener la educación sobre
«bases puramente materialistas, los judíos han car-
«gado a los gentiles con pesadas cadenas que ellos
«han amarrado a su supergobierno.

«El fin de la libertad nacional está próximo; así
«pues, la libertad individual toca a su fin, porque la
«verdadera libertad no podría existir ahí donde Sión
«pueda servirse de la poderosa palanca de su oro,
«para gobernar el pupulacho y la parte más digna y
«más razonable de la sociedad».

«Que aquellos que tengan oídos para oír, escu-
chen!» (1).

Parece que se han abierto oídos oyendo los acen-
tos proféticos y las amenazas de los «Protocolos»
en donde se manifiesta tan cínicamente el despre-

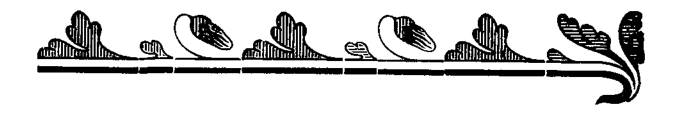
(1) *Los Protocolos*, Ed. Emile Paul, pág. 130 y 131.

cio envidioso que profesan los judíos a los gentiles.

Este librito, calificado de perturbador (disturbing) por el *Times*, ha atraído la atención en Inglaterra, en Estados Unidos, en Alemania y talvez también en otros países sobre los peligros que corre la civilización cristiana, con los planes y ambiciones de Israel.

Recientemente un escritor suizo, Mr. Georges Batault, ha podido declarar en el *Mercure* (1) «que de los hechos revelados y constatados, había «resultado cierto «renacimiento general del antise«mitismo, dirigido más bien contra las manifesta«ciones del espíritu judío que contra las personas «judías mismas».

(1) Entrega del 15 de enero de 1921.



CAPÍTULO V

LAS RESISTENCIAS EN INGLATERRA

Una campaña del *Morning Post*.—La Liga Nacional *The Britons*—Un llamado de Crémieux cuya autenticidad los israelitas ponen en duda.—Mr. Luciano Wolf.—Un libro de M. G. Pitt Rivers con un prefacio curioso del doctor O. Levy.—Una circular de la Liga judía de Petersbourg.—Lord Reading.—Un artículo de *Blackwood's Magazine*.

I

El artículo del *Times*, dando cuenta del libro: *The Jewish peril: Protocols the of Lerned Elders of Sion*, hizo sensación. Los judíos se emocionaron; en su nombre, el teniente coronel Malone tuvo la audacia de preguntar al Parlamento qué medidas pensaba tomar el Gobierno para impedir su difusión. El Ministro del Interior le contestó: «Temo que la ley no me dé ningún poder para suprimir este libro».

Mientras tanto el libro se hizo rarísimo; manos misteriosas lo habían hecho desaparecer de las vitrinas y de las librerías. Sólo algunas personas que

lo habían comprado antes del artículo del *Times*, poseían ejemplares, y el editor, debidamente advertido de la imprudencia que había cometido, declaraba que no haría otra edición.

En Francia, la publicación de los *Protocolos* no pasó inadvertida. El *Correspondant* del 25 de mayo 1920 dio un detalle con citas bajo la firma de F. Lechannel, lo que le valió al director una carta indignada de un israelita muy conocido en la política y en el Instituto.

L'Opinion publicó ciertos fragmentos y en su número del 26 de junio insertó una especie de refutación de Mr. Salomon Reinach, que no refutaba gran cosa, pero denigraba a Sergio Nilus, concediendo sin embargo que «Trotsky y algunas docenas de bolcheviques influyentes eran de origen judío».

La Vieille France, de Urbano Gohier, que desde su fundación dirige una ardiente campaña antisemítica, no dejó de sacar preciosas informaciones y sólidos argumentos de *Jewish Peril*. *L'Action Française* lo señaló en varias ocasiones y la *Libre Parole* lo publicó en folletín.

En Suiza el *Courrier de Génève* y la *Révue Normande*, analizaron el libro y se iniciaron polémicas sobre este asunto.

En Inglaterra, sin embargo, el incidente parecía concluído. *The Englisman*, *Jewry, über Alles*, este último órgano del joven grupo «The Britons», habían mostrado a sus lectores los fines del libro;

pero el tiraje de estas revistas era tan modesto, que los israelitas juzgaron la cosa despreciable.

Fue muy distinto cuando un gran cotidiano de Londres de un alto valor literario y político: *The Morning Post* tomó el texto del libro confiscado para publicar bajo el título «*The Cause of World Unrest*» (La causa del malestar mundial), una serie de artículos tan medido y moderados en la forma, como documentados y demostrativos en el fondo. En estas notas se establecía un paralelo entre el bolcheviquismo y el wilsonismo; la atención pública era atraída sobre el papel preponderante tenido por los judíos en las Conferencias de la paz, sobre el tratamiento infligido a Polonia, sobre los peligros que resultarían para el Imperio Británico del triunfo aún parcial de la conspiración israelita.

Las simpatías que manifestaban los diputados judíos que se sentaban entre los conservadores, en Wisminster a sus correligionarios bolcheviques, ¿no presentan un carácter desconcertante? El israelita ministro de Estado en la cartera de la India (M. Montagu) ¿no es él amigo del jefe del movimiento anti-inglés en la gran península asiática, M. Ghandi? ¿No es realmente curioso que después de haber sido el huésped en Lympne, de su joven y rico amigo judío, sir Philip Sassoon, que Mr. David Lloyd George aconsejara imperativamente a la Polonia que aceptara la paz de los Soviets?

Después de estos artículos, los israelitas ingleses se sintieron heridos En el número del 16 de julio

de 1920 *The Jewish Guardián* se dió por aludido del golpe. Su artículo de fondo se llama: *Peligro!* esbozaba una defensa desteñida, una refutación vaga de las acusaciones documentadas del gran diario. Naturalmente que el órgano hebreo grita: ¡a la persecución! Toma tangentes, imagina fantasías, reprocha al *Morning Post*, de tratar de inflamar los espíritus contra los israelitas, y sin destruír ninguno de los argumentos manifestados, acusa al diario conservador de propiciar contra sus correligionarios judíos una política igual a la seguida en Alemania por Bismarck en 1871.

Hé aquí, que el popular *Blackword's Magazine* entra a la lid. En un estudio, por lo demás muy elogioso consagrado a Disraeli, Mr. Charles Whibley desarrolla la idea, que en ningún país los israelitas deberían tener las riendas del gobierno; y agrega: «No podemos esperar ser bien y lealmente gobernados, mientras no hayamos excluído a los judíos de los Consejos de los Gobiernos».

Desde entonces comenzó a desarrollarse una resistencia muy grande al poder judío, a medida que se sucedían los acontecimientos y se publicaban documentos relacionados con los «Protocolos». La Liga «The Britons», tomó un nuevo auge, hizo editar a sus costas *The Jewish Peril, The Protocols of the learned Elders of Sion;* su boletín editado con una verba mordaz, se difundió en los centros universitarios; bajo sus auspicios fueron lanzadas proclamas, cuyos títulos son muy expresivos: «Ingla-

terra bajo el talón judío». ¿Será posible que el judío reduzca el mundo a la esclavitud?

La actitud del gobierno hacia la Polonia en julio y agosto de 1920, y los combates que tuvieron lugar en la Europa oriental en esa época, han puesto de manifiesto las afinidades que existen entre los judíos, los bolcheviques y los alemanes.

La Letonia había vendido al gobierno polaco un número importante de caballos. Cuando el buque que lo transportaba entró al puerto de Dantzig, con los conductores vestidos de civiles, el Alto Comisario británico rehusó dejarlos desembarcar. El mismo rechazo, algunos días después, fue opuesto a la dejada en el muelle, de armas y municiones, traídas por otro vapor. Sir Reginald Tower sabía, sin embargo, que estos aprovisionamientos del ejército polaco, estaban autorizados y previstos por el tratado de paz. Declaró que él se conformaba solamente con el aviso del gobierno de la ciudad libre. ¿Cuál era este gobierno? Los alemanes de Dantzig, imitando a los rusos, habían constituído Soviets bajo el ojo benévolo del alcalde prusiano y de su Consejo municipal. En cada fábrica funcionaba un consejo de obreros y los delegados de estos consejos formaban un Soviet central, dirigido por un judío llamado Cohen. Bajo la representación del alcalde y del Comisario inglés, Sir R. Tower, Cohen era el que administraba como soberano el gran puerto del Baltico.

En las cartas dirigidas al *Journal* en esa época,

M. Henry Bidou, ha manifestado cómo era de estrecha la unión entre los bolcheviques y la Alemania, en su odio común hacia la Polonia. El movimiento estratégico tentado por el ejército rojo, y que consistía en penetrar en el pasadizo que se extiende a lo largo de la frontera prusiana, no puede explicarse sino por la certidumbre que tenía el ejército rojo de encontrar apoyo y refugio al otro lado de la frontera.

Un corresponsal militar del *Morning Post,* que seguía las operaciones de esta campaña, ha dado interesantes informaciones del papel que tuvieron los judíos.

Cuando los bolcheviques entraron a Brest-Litovsk, se apresuraron a instituír un Comité revolucionario. Su presidente K. Moroz lanzó inmediatamente una proclama, anunciando que los judíos serían exceptuados de todas las requisiciones y serían exceptuados también de toda contribución de guerra. Cuando la ofensiva polaca trajo por consecuencia la retirada de los bolcheviques, cinco mil judíos, entre los cuales, especialmente todos los jóvenes, quisieron irse con ellos.

En Bielijstok, los rusos habían organizado un Soviet local, según el programa de Moscou. Este Soviet, presidido por el judío Félix Cohen, se apresuró a hacer ejecutar a dos clérigos católicos y a catorce propietarios agrícolas, cuyo crimen era ser conocidos como patriotas polacos.

En Biala, 2,000 judíos se incorporaron al ejérci-

to rojo y se retiraron con él. En Siedlic, los judíos combatieron al lado de los bolcheviques, defendiendo la ciudad contra los polacos. Además casi todos los comisarios del pueblo que acompañaban a las tropas del ejército rojo, eran judíos. El de Siedlic se llamaba Rothberg y el de Brest-Litovsk, Kohn.

Se necesitaba una cierta simpleza en Sir Stuart Samuel, llegado a Varsovia algunas semanas antes, en misión especial, para extrañarse de la poca simpatía que sentían los polacos por los judíos establecidos en su territorio.

Hacía ya varios meses que la aristocracia israelita de Londres, que frecuenta el «Carlton Club» y manifiesta sentimientos conservadores y patrióticos, había tratado de establecer que ella no tenía nada de común con los judíos comunistas de Rusia y de otras partes. Una protesta en este sentido fue publicada el 22 de abril de 1919 y traía entre otras firmas la de los Sres. Lionel de Rothschild, Philip Magnus, Marcus Samuel, Claude Montefiore, Isidor Spielmann.

En esta época los sionistas encontraban entre sus correligionarios, conocidos contradictores y opositores, y aun algunos resueltos adversarios.

Ahora parece que toda oposición abierta al sionismo y al bolcheviquismo haya sido reducida al silencio. El pueblo de Israel es unido y disciplinado, como lo pedían las voces proféticas de los «Sabios» que los «Protocolos» han codificado.

Todos los judíos del Imperio Británico obedecen

dócilmente a las órdenes de los que han exaltado su poder y halagado su orgullo y su espíritu de dominio.

II

Las resistencias al empuje judío tienden a acentuarse. *El Spectator* publica un artículo bastante violento contra las miras de Israel, y muchos diarios se indignan de las audacias bolcheviquistas cuando se reveló el escándalo del *Daily Herald,* señalando la ayuda financiera prestada a los extremistas del «Labour Party» por los revolucionarios y asesinos de Rusia.

Una liga patriótica «The British Empire Unión» que agrupa numerosos adherentes, sin declararse antisemita, elabora un programa nacionalista, reclamando una legislación severa, concerniente a las naturalizaciones, y prohibición para los extranjeros (se entiende judíos y alemanes) para cambiar apellido; prohibición para los naturalizados de ejercer algún mandato parlamentario o municipal, y poseer tierras en el territorio del Reino Unido.

La Liga «The Britons», preconizaba por su lado el restablecimiento del *Act. of Settlement* de 1700.

Esta ley prohibía a toda persona nacida en el extranjero, de padres no ingleses, formar parte de una de las Cámaras del Parlamento, del Consejo privado del Soberano, o ser investido de uno de los grandes puestos civiles o militares de la Corona. De

hecho este acuerdo había caído en desuso desde hacía mucho tiempo, pero es curioso notar que, con fecha 7 de agosto de 1914, algunos días después de la declaración de guerra a Alemania, este acuerdo fue abolido formalmente en interés de los judíos.

Al *Morning Post,* que había continuado la serie de sus artículos sobre los «Protocolos» y las causas profundas del malestar mundial, se le ocurrió publicar un documento nuevo sobre la cuestión judía: un manifiesto de Adolfo Crémieux.

Eduardo Drumont ha mostrado en la Francia judía el papel nefasto que había tenido en Francia Adolfo Crémieux. Gran Maestre de la Francmasonería, miembro del Gobierno de la Defensa nacional, protector de Gambetta—que había sido su secretario—este personaje político había hecho decretar en 1871 la naturalización global de todos los judíos de Argelia, lo que nos valió una terrible insurrección de los árabes.

A pesar de los altos puestos que ocupó, el sólo título de que Adolfo Crémieux estaba orgulloso, y que quiso que se grabara sobre su tumba fue: Fundador de la «Alianza israelita universal».

Es necesario representarse esta época: 1860, para comprender el valor de este manifiesto, dirigido a los israelitas del mundo entero, con ocasión de la creación de una liga entre los restos diseminados del judaísmo y cuyo espíritu está en completa armonía con las ideas directoras de los «Protocolos».

El manifiesto tiene un emblema. En lo alto están

figuradas las tablas de Moisés, abajo el globo terrestre, en el medio dos manos que se estrechan.

El fundador definió así el objeto de la institución y su carácter:

«La Unión que queremos fundar no es ni francesa, ni inglesa, ni irlandesa, ni alemana; es judía y universal.

«Otros pueblos y otra razas están divididos en nacionalidades; sólo nosotros no tenemos conciudadanos, sino solamente correligionarios.

«Nuestra nacionalidad es la religión de nuestros padres y no reconocemos otra....»

«Nuestra causa es grande y santa. Su triunfo está asegurado. La red que Israel lanza sobre el globo terrestre se agranda y se extiende cada día, y las profecías de nuestros santos libros van, por fin, a realizarse.

«El tiempo está próximo en que Jerusalén llegue a ser la casa de oración de todos los pueblos y naciones, en que la bandera de la monodivinidad judía sea desplegada e izada en las riberas más lejanas.

«Sepamos aprovechar las circunstancias; nuestro poder es inmenso, sepamos utilizarlo para el triunfo de nuestra causa...

«¡Qué podremos temer! No está lejano el día en que todas las riquezas, todos los tesoros de la tierra estarán en manos de los hijos de Israel».

La publicación de este manifiesto causó gran emoción en las agrupaciones israelitas organizadas.

La *Action Française* del 20 de septiembre de 1920 había reproducido y comentado los pasajes principales. Con todo apuro el secretario de la Alianza Israelita Universal, cuya sede está en París, calle La Bruyère, 45, dirigió una carta al diario diciendo que este documento había sido «inventado en todas sus partes».

Mr. Luciano Wolf, por su lado, escribía al *Morning Post* que el manifiesto publicado en sus columnas era una *forgery*, y trataba de entablar una polémica con el diario.

¿Hasta qué punto estaba autorizado Mr. Wolf para hablar a nombre de los judíos británicos? Es un periodista de mérito, habla y escribe bien y por esta doble razón, sin duda, los comitées israelitas le han confiado la defensa de su causa y la promoción de sus ideas.

Luciano Wolf nació en Londres; su padre vivía en Inglaterra y su madre Celina Redlich era hija de un banquero israelita de Viena.

Hizo sus estudios en Bruselas y en Londres, y colaboró en distintos diarios. Dirigió la política extranjera del *Daily Grafic;* fue el corresponsal londinense del diario francés *Le Journal* (1894-1898); en seguida tomó la dirección de *Jewish World,* que dejó en 1908.

Francmasón celoso, fue desde 1911 a 1912 gran Maestre de la logia masónica de autores.

Durante este tiempo colaboró en el *Times* y en la *Enciclopedia británica;* fue presidente de la «Je-

wis hhistorical Society of England» y miembro del Instituto de los periodistas.

Así, pues, es un israelita de nota, y cuando el empuje judío manifestado durante las Conferencias de la paz en 1919, Luciano Wolf fue uno de los más influyentes de la comunidad. Aun se vanagloria de haber obtenido la inserción de las famosas cláusulas de las minorías en los tratados con la Polonia, la Rumania, la Yugo-Eslavia y la Tchéco Slovaquia.

Tal es el personaje que fue encargado de demostrar el ningún valor de los documentos publicados por el *Morning Post*. Se afirmaba en el hecho de que en 1860 Crémieux no era todavía presidente de la «Alianza Israelita Universal» y que no era ni aún uno de los seis que firmaron el manifiesto editado en 1860; sin embargo Mr. Wolf reconoce que el ilustre israelita formaba parte del comité, por quien fue elegido el comité de organización de la Alianza.

Cualquiera que fuese su título oficial en esta época, era necesario que Crémieux, que por lo demás no era vanidoso—se considerase como el iniciador de esta creación para haber pedido que el título de Fundador fuese grabado sobre su tumba.

El *Morning Post* no puso ninguna dificultad para indicar donde había encontrado el documento que provocaba tanta indignación en los judíos. Lo había traducido y extraído de un libro de Mr. Alexis Shmakof, estimado jurista y consejero municipal de

Moscou, editado en 1906 con el título «Svoboda y Evrei» (La libertad y los judíos).

Cuando se publicó parece que no se suscitaron protestas. Y aún insistiendo en que el documento era falso y debido a un *impostor*, Mr. Wolf llega a confesar que este «impostor», ha debido tener a la vista el documento auténtico.

Había un medio muy sencillo de dilucidar la cuestión, y era publicar el verdadero manifiesto.— Yo me permití sugerírselo al secretario de la «Alianza israelita universal» (1).

La proposición era ciertamente indiscreta. El *Jewish Guardian* creyó prudente cerrar ventajosamente la polémica, dando el texto de un llamado a todos los israelitas en favor de la Alianza universal israelita, fechado en mayo de 1860 y firmado por los seis miembros de la comisión organizadora.

Uno de ellos, Narciso Leven, fue mi colega en el Consejo general del Sena, y lo presidía en calidad de decano por edad cuando se abrieron las sesiones.

Era un viejecito rapado, con cutis de marfil y aspecto muy inofensivo.

Si se exceptúa al poeta Eugenio Manuel, los otros eran casi desconocidos.—Se llamaban el Rabino Astruc, Isidoro Cohen, Carvalho y Carlos Netter. El llamado estaba escrito en francés y era de forma anodina.

Solicitaba la adhesión de los israelitas hacia la nue-

---

(1) Action francesa, 27 de septiembre de 1920.

va asociación, mostrando las ventajas de la unión, la necesidad de proclamar el derecho y de manifestar la vitalidad de «La más antigua y sencilla de las religiones espiritualistas y de moralizar a aquellos que están corrompidos.... y de alumbrar a los que están ciegos», de hacer un empleo mejor «de las entradas diseminadas.... de voluntades sin dirección, y de aspiraciones sin objeto definido».

Un solo trozo tenía relación con la política, y debió pasar inadvertido, porque en esta época *Le Play y Taine* no habían demostrado todavía la ruina de los grandes principios.

Adheríos a la Alianza, decían los autores del llamado, si vosotros creéis que la influencia de los principios del 89 es todopoderosa en el mundo, que la ley que se desprende de ellos es una ley de justicia; que es de desear que en todas partes penetre su espíritu, y que, el ejemplo de los pueblos que gozan de la igualdad absoluta de los cultos, sea una fuerza.

¿Es posible que una circular tan vulgar no hubiera galvanizado a los israelitas y no hubiera provocado el alistamiento de adherentes abnegados hasta el fanatismo, a la Alianza? Para asegurar su reclutamiento, su organización, su desarrollo para dotarla de entradas financieras, eran necesarios llamados más ardientes, sugestiones más emocionantes, el concurso de los iniciados de las logias masónicas. Adolfo Crémieux debió comprenderlo y obrar en consecuencia. Si el manifiesto insertado en el *Mor-*

ning Post reproduce inexactamente el texto del primer llamado, confidencialmente dirigido a los israelitas por Crémieux, creo que el documento publicado por la *Jewish Guardian* se aleja mucho más, y que es necesario ser muy cándido para suponer que los guardianes de los archivos secretos de la «Alianza israelita universal» consintieran en comunicar a los *Goym* el original del manifiesto que lleva la firma de Crémieux.

III

El escándalo de los diamantes rusos, del *Daily Herald,* continúa emocionando la opinión inglesa. Algunos socialistas de buena fe han roto con los extremistas. La prueba era concluyente que las alhajas robadas en Petrograd o en Moscou por los judíos de los Soviets, habían sido transformadas en libras esterlinas por los corredores judíos de Londres, y utilizadas en el Reino-Unido y en otras partes para la propaganda judío-revolucionaria (1).

Un libro curioso «The-World significance of the Russian Revolution» (La significación mundial de la Revolución Rusa) por George Pitt Rivers, salido de los talleres tipográficos de Basil Blackwell, en Oxford, trajo una nueva contribución a la historia y a la filosofía de esta Revolución, preparada, maquinada y explotada por los judíos.

(1) Los hechos revelados después del arresto de Abramovitch Zalewski, establecen que entradas similares alimentaron la propaganda revolucionaria en Francia.

El autor recuerda, no sin ironía, los términos calurosos con los cuales el presidente Wilson, en un telegrama, dirigido el 11 de marzo de 1918 al Cónsul general americano de Moscou, saluda la gloriosa Revolución «que libraba al pueblo ruso de la autocracia, y lo hacía dueño de sus destinos». Sin duda la Rusia está libre de la autoridad de Czar, pero sufre el yugo «de una autocracia de extranjeros internacionalistas y de judíos que matan las gentes, por centenas de miles, con la ayuda de verdugos chinos, qüe ignoran toda religión, asesinan a los sacerdotes, reducen a la esclavitud a la clase obrera y hacen morir de hambre a los ciudadanos que rehusan participar en su locura criminal».

El autor no pretende que todos los bolcheviques sean judíos, pero establece que los verdaderos jefes del movimiento revolucionario son de sangre israelita. Consideraciones de orden psicológico y social se agregan, para demostrarlo, a las pruebas de los hechos. Los judíos ¿no han explotado siempre a su favor las revueltas y cataclismos de los pueblos?

Se sabe su acción en la Revolución francesa, en los movimientos republicanos de los alemanes en 1848, en los levantamientos de Baviera y Hungría. La doctrina filosófica y financiera de los socialistas ¿no es formada y enseñada por los judíos Carlos Marx, Lassalle, David Ricardo?

A pesar de que Mr. Pitt Rivers es antisemita, tiene un amigo israelita; y es a este amigo, el Doctor Oscar Levy, a quien ha pedido le escriba el prefacio de

su libro, prefacio lleno de interés, de vigor y de verdadera novedad.

Mr. Oscar Levy comparte casi todas las ideas del autor de «World significance of the Russian Revolution». Bajo una forma original y potente expresa pensamientos que parecen a veces inspirarse en las obras de Bonald y de José de Maistre. «La Revolución francesa—, dice él—fue la consecuencia de la Reforma. La reforma, de esencia alemana, fue basada sobre una concepción brutal y grosera del cristianismo, y es así como esta concepción fue imaginada, predicada y propagada por los judíos».

Un poco más lejos muestra a los judíos «padres espirituales de la democracia y, pór consiguiente, de la plutocracia». Pero, buscando las responsabilidades, encuentra que en tierra inglesa hubo otros culpables que los israelitas. ¿Los Puritanos, los compañeros de Cromwell, eran judíos? ¿Fue un tribunal judío el que hizo decapitar a Carlos I?

A pesar de las crueldades y de los crímenes de los puritanos, los daños de los usureros y financistas de sangre anglo-sajona no quitan nada a la culpabilidad colectiva de los judíos.

En nombre de los de su raza, Mr. Oscar Levy hace una confesión honrada. Formula un completo *mea culpa*. «Hemos sido culpables, nos habíamos colocado como los salvadores del mundo, nos vanagloriábamos de darles el Mesías, y hemos llegado a ser los seductores, los incendiarios, los asesinos del género humano... Les habíamos prometido un

nuevo paraíso y los hemos conducido al umbral de un nuevo infierno». Sin embargo, agrega, «nosotros no somos todos usureros, bolcheviques o sionistas!»

Para demostrar que los judíos pueden también nacionalizarse y llegar a ser patriotas en el país que han adoptado, el Dr. Oscar Levy evoca los actos y la política de Federico Stahl, el creador del partido conservador alemán, a Benjamín Disraeli, el padrino del imperialismo británico; pero estos dos hombres de Estado, nacionalizándose, pudieron conquistar los medios de servir con más autoridad los intereses primordiales de Israel.

Condena, además, en términos casi violentos, al liberalismo doctrinario, que concluye por llegar al bolcheviquismo; hace votos por una última revolución «contra los revolucionarios» y declara que cuando llegue la lucha suprema, él estará al lado de su amigo Pitt-Rivers, que es descendiente de una antigua familia cristiana, él, hijo de esta raza de Israel, que en los campos de batalla de las ideas, obtuvo tan deplorables victorias.—Esta mentalidad de un israelita de Ultra-Mancha es bastante rara, y merece que se la señale; naturalmente, no sólo sorprendió sino que sublevó a los redactores de *Jewish Chronicle,* del *Jewish World* y del *Jewish Guardian* (1).

(1) El Dr. O. Levy había publicado en Inglaterra las obras de Nietzche; cuando publicó el artículo antes citado, recibió una carta de Mme. Elizabeth Foerster Nietzche, hermana

*
* *

La publicación en volúmenes de los artículos del *Morning Post* sobre «las causas del malestar mundial» y un notable prefacio que tiene la firma de Mr. Gwynne, su director, trajo un renuevo de polémicas entre este diario y las hojas judías. *El Spectator*, en su número de 14 de octubre de 1920, consagró un importante artículo a «las causas del malestar mundial». Su autor, tomando con cierta circunspección el conjunto de hechos y de documentos que dan luz sobre el peligro judío, reconoce que muchos de ellos no se pueden contestar y que se pueden deducir graves consecuencias.

Proponía que se hiciera una seria encuesta respecto de estos hechos, que se instituyera una comisión real, provista de extensos poderes, y que la investigación se hiciera sobre los puntos siguientes:

¿Existe una conspiración revolucionaria internacional? ¿Son judíos los jefes de esta conspiración? ¿Es el fin de esta conspiración la destrucción del cristianismo, al mismo tiempo que la revolución social? ¿La masa general de los judíos hace causa común con los conspiradores, porque éstos son judíos o porque representan sus verdaderas aspiraciones?

El programa estaba trazado con precisión, y las

---

del filósofo, fechada en Weimar, y en ella le dice que «admiro vuestro prefacio y trataré de hacerlo conocer, mi solo temor es que la cuestión judía sea aquí adulterada y que vuestras consideraciones retrospectivas puedan dar lugar a equivocaciones completas».

conclusiones de semejante encuesta, libre y lealmente conducida, habrían ofrecido un apasionado interés. Pero el «Premier» británico que hizo una encuesta sobre las quejas de los Palestinos por sir Herbert Samuel, que envió a Varsovia a sir Stuart Samuel para recoger las quejas de los judíos polacos, que hizo nombrar a Rufus Isaacs, Lord Reading, virrey de la India, no parecía tener la imparcialidad necesaria para hacer la elección honrada de los miembros de semejante comisión.

El boletín de los «Britons», continuaba con un nuevo título *The hidden Hand* (la mano escondida) su campaña defensiva contra las agresiones e invasiones judías.—Afirmaba que los israelitas no eran extraños a las huelgas y a las amenazas constantes de huelga entre los mineros ingleses. Sus jefes, Smillie, Williams, Thomas no son más que maniquíes, cuyos hilos maneja Israel.—En las minas de carbón escocesas trabajan judíos llegados de Polonia. Smillie es simplemente el agente de Emanuel Shinwell, israelita de Glasgow, autor principal de todos los conflictos del trabajo que surgieron en los arsenales de Clyde durante la guerra. La organización del gobierno anglo-judío de Palestina llenó de felicidad a la prensa israelita: sus columnas estaban llenas de datos de las reuniones políticas y religiosas.

En todas partes se formaban comisiones sionistas, las logias judío-masónicas se multiplicaban y redoblaban su celo. La gran orden de Israel, la orden

Achel Brith and Shield of Abraham, las ordenes: Achel Ameth, Shield of David, B'nei Brith avivaban el celo de sus logias afiliadas, reclutaban nuevos adherentes, organizaban colectas, banquetes y bailes.

A pesar de esto, los artículos consagrados a la presión judía por la prensa independiente, no los dejaban de inquietar, y los dirigentes de los israelitas de Londres no vieron sin aprehensión que el *Morning Post* despachaba a uno de sus colaboradores a Palestina para estudiar ahí mismo el funcionamiento del «hogar nacional judío».—Entonces fue cuando publicó «La mano escondida» (The hidden Hand) un nuevo documento que venía del «Comité central de la sección de Petersburgo de la Liga internacional israelita».

Vedlo aquí in extenso:

«Hijo de Israel! La hora de nuestra suprema victoria se aproxima. Estamos en el umbral del dominio del universo. Lo que antes era del dominio de nuestros sueños está al punto de realizarse. De débiles e impotentes que éramos, la catástrofe mundial nos ha hecho fuertes, y gracias a ella, podemos levantar la cabeza con orgullo.

A pesar de todo, debemos ser prudentes. Se puede profetizar con seguridad que, después de haber andado sobre las ruinas y de haber derrumbado altares y tronos, proseguiremos nuestro avance por el camino señalado.

La autoridad de la extraña religión y de las doctrinas que hemos propagado con tanto éxito, está expuesta a críticas violentas y a burlas. Hemos conmovido la cultura, la civilización, las tradiciones y

los tronos de las naciones cristianas. Hemos hecho todo para someter al pueblo ruso al yugo del poder judío, y finalmente lo hemos arrodillado ante nosotros.

En cuanto a él, nuestra obra está casi concluída; sin embargo, es necesario ser muy prudentes, porque la Rusia oprimida es nuestra gran enemiga. La victoria alcanzada, gracias a nuestra superioridad intelectual, puede volverse contra nosotros en una nueva generación.

La Rusia está conquistada y clavada al suelo; agoniza bajo nuestro pie, pero no olvidéis, ni por un instante, que es necesario estar atentos y prudentes. La preocupación sagrada de nuestra seguridad no nos permite practicar ni la piedad ni el perdón.

Es una necesidad mantener al pueblo ruso en la miseria y en las lágrimas. Apoderándonos de sus propiedades y de su oro, lo hemos reducido a la esclavitud.

Seamos prudentes y silenciosos. No tengamos piedad para nuestro enemigo. Debemos concluír con los mejores elementos del pueblo ruso, de manera que el país no pueda encontrar ni jefes ni dirigentes.

Le quitaremos así toda posibilidad de resistir a nuestro poder. Debemos provocar los odios entre los obreros y los aldeanos. La guerra, la lucha de clases destruirán todos los tesoros de cultura de los pueblos cristianos.

Hijos de Israel, seamos prudentes y reservados! Nuestra victoria está próxima, porque nuestro poder político y económico, así como nuestra influencia sobre las masas, hacen rápidos progresos. Somos dueños de las finanzas y del oro de los gobiernos y, por consiguiente, somos todopoderosos sobre las

finanzas de los Estados. El poder está en nuestras manos, desconfiemos de los traidores y de los planes subterráneos.

Bronstein, Apfelbaum, Rosenfeld, Steinberg son, entre muchos otros, verdaderos hijos de Israel. Nuestro poder en Rusia es sin límite. En las ciudadades, los comisarios y las comisiones de víveres, de casas, etc., nos son adeptos. No os dejéis embriagar por el triunfo. Sed prudentes y desconfiados, porque fuera de nosotros no debemos contar con nadie.

Recordad que no podemos fiarnos del ejército rojo, que cualquier día puede volver sus armas contra nosotros. Hijos de Israel, la hora del triunfo sobre Rusia tan largo tiempo esperada, ha llegado. Estrechad las filas. Propagad la política nacional de nuestra raza. Combatid por nuestro ideal. Guardad santamente las viejas leyes que nos fueron legadas. Que nuestra inteligencia, nuestro genio, nos protejan y nos guíen!»

Este documento está fechado en diciembre de 1919. Fue encontrado en la cartera de un oficial judío llamado Zunder, muerto en un encuentro, que mandaba el 11.º batallón de tiradores del ejército rojo.

Escrito en hebreo, fue traducido al ruso y después al inglés, y yo lo cito según la versión inglesa que me fue comunicada.

Esta circular del comité central de Petersburgo corrobora con una fuerza especial los avisos proféticos y las enseñanzas de los *Protocolos*. Este agrega consejos de prudencia. A pesar de las triunfales

victorias alcanzadas en Rusia y de los formidables avances realizados entre los anglo-sajones, Israel prevee resistencias y quiere regularizar sabiamente su marcha ofensiva, para no exponerse a ningún fracaso.

Existe una visible armonía entre las aspiraciones de los fundadores de la «Alianza universal israelita» y el plan de campaña elaborado por el congreso sionista de Basilea, y los consejos dados por el comité de Petersburgo después de la conquista de Rusia.—Admitiendo que los documentos citados sean parcialmente inexactos o aún enteramente apócrifos, los acontecimientos que se han desarrollado durante y después de la guerra no han más que justificado plenamente las declaraciones proféticas de los *Protocolos.* No se pueden leer sin preocupaciones angustiosas las páginas donde se explican los métodos empleados para concentrar en los cofres judíos las riquezas de los Estados, para acaparar la opinión de los gobiernos por la prensa y por la corrupción, para asegurarse por medio del terror el dominio de un Imperio: la Rusia, y para disgregar en los otros pueblos las fuerzas de resistencia, de prosperidad y de vida.

IV

Si en los centros gubernamentales del Reino-Unido las influencias judías continúan predominando, parece que en la prensa independiente y en la opi-

nión las protestas y las reacciones se manifiestan con mayor fuerza y continuidad.

Los diarios anglo-judíos comprendieron la importancia de este movimiento, abriendo en sus columnas una sección llamada «Judaica in the Press», en donde se esfuerzan en refutar los artículos que les parecen peligrosos o desagradables.

Por medio de la pluma de Mr. Saint-Loe Strachey el *Spectator* acusa sencillamente a los israelitas de la Gran Bretaña de ser «judíos primero y después ingleses», lo que se presta a serios inconvenientes, cuando los intereses israelitas no se confunden estrechamente con los intereses británicos. *El Black wood's Magazine* es todavía más agresivo contra Israel: uno de sus artículos concluye así: «Tenemos ante nosotros, un peligro que sería absurdo despreciar, invocando locamente la tolerancia religiosa. No se trata ya de una cuestión religiosa sino de raza, e insistiremos aún para que los judíos no tomen parte pública o secreta en el gobierno del país en que tengan la suerte de vivir, y entonces correremos menos peligros de ser precipitados en la Revolución y en el bolcheviquismo».

Al lado de ciertos diarios y revistas protestantes, un órgano católico, de reciente fundación, ha señalado no sin virulencia el peligro judío: *El Plain English,* revista hebdomedaria que absorbió una publición literaria y bibliográfica muy conocida: *The Academy* (La academia) y aparece desde julio de 1920 bajo la dirección de Lord Alfred Douglas.

Esta revista ataca deliberadamente a Mr. Lloyd George y sus tendencias judías ultra democráticas y a veces bolcheviquistas. En sus columnas el Mayor General, conde Cherep-Spiridovitch ha escrito una serie de páginas ardientes sobre la historia de la conquista judía desde el tiempo en que Mayer Amschel, cuya insignia comercial tenía un escudo rojo (Rothschild), después de haber administrado ventajosamente los bienes del Landgrave de Hesse-Cassel, fundó la dinastía de los soberanos secretos de Israel.

Una campaña muy viva surgió a propósito de la batalla naval de Jutlandia por Lord Alfredo Douglas. Mr. Winston Churchill está acusado de haber colaborado en la maquinación de un golpe de Bolsa con sir Ernesto Cassell y un grupo de financistas israelitas, y se piden explicaciones con insistencia a propósito de una orden firmada Beaty, trasmitida por T. S. F. llamando a la escuadra que perseguía a la flota alemana, orden que el almirante no había enviado (1). Es cierto que esta batalla naval de Jutlandia está todavía rodeada de nubes misteriosas, y que muchas de sus fases no son todavía bastante conocidas.

Para contrarrestar los golpes bastantes serios que se les asestan, los israelitas han decidido la creación de un «comité de prensa», bien provisto financieramente, que tomará todas las medidas útiles,

---

(1) *Plain English* del 5, 12 y 19 de febrero de 1921.

para resistir los ataques y contestar los artículos, en una palabra, para detener lo mejor que se pueda la acción de la prensa independiente (1). Cualquiera que no se incline al poder de Israel, sufrirá las represalias, y no se ha titubeado en enjuiciar a una mujer, la princesa Bariatinsky, que se había permitido distribuír en Oxford folletos desagradables. El comité de prensa encargó a Mr. Luciano Wolf que escribiera un folleto para refutar estos incómodos *Protocolos*, causa inicial de todo el mal y de mostrar la ineficacia de los comentarios a que había dado pie.

A pesar de lo experto de su pluma y de su buena voluntad, Mr. Luciano Wolf no pudo probar gran cosa en su «Jewish Bogey». La prensa israelita lo cubrió de flores, el *Glasgow Herald* (2) hizo lo mismo y declaró que sólo «circunstancias fortuitas habían podido darle alguna verosimilitud a la hipótesis de un peligro judío».

A principios de enero de 1921, uno de los mejores oradores israelitas, el Dr. Epstein, fue invitado para dar en Londres, en «Salisbury-Hall», una gran conferencia sobre la «Epidemia del antisemitismo». El diario de Rothschild *The Jewish Guardian* hizo un extenso comentario de ella.

El orador declara primero que el antisemitismo

(1) Después de varios meses de funcionamiento este comité de prensa, cuyos servicios fueron poco apreciados, ha sido suprimido.

(2) 3 de enero 1921

es en Gran Bretaña un producto de importación. Jamás semejantes ideas habrían germinado solas en tierra inglesa. El judaísmo representa el progreso y el ideal; el antisemitismo denota ignorancia y espíritu de reacción.

Las primeras semillas nefastas han sido sembradas en Londres por miembros de la nobleza rusa para quienes el odio a los judíos se unía al del bolcheviquismo y «que parece han olvidado los deberes que se deben a sus huéspedes». ¡Será que los judíos se sienten (at home) en su casa entre nuestros aliados de Ultra-Mancha, para considerar que los extranjeros refugiados en Inglaterra se aprovechan de su hospitalidad!

El solo complot internacional, al decir del Dr. Epstein, que pone en práctica la fábula del «Lobo y el Cordero» es aquel de los antisemitas, cuya propaganda se extiende desde el Mar Negro hasta el Océano Pacífico. Se diría, agrega él, tomando un aire misterioso, que los fondos que le abren los caminos emanan de fuentes poderosas y secretas.

El temor del antisemitismo no modificó en todo caso la actitud pro judía del gobierno de Mr. Lloyd George. Un Ministro, sir Alfred Mond, se embarcó con el Dr. Weizmann, el gran jefe del sionismo, para acompañarlo a Palestina; Mr. Winston Churchill aceptó la presidencia de honor de una gran venta a beneficio de las asociaciones judías de Manchester y cuando Lord Chelmsford llegó al término de su período, Rufus Isaacs, Lord Reading fue desig-

nado para reemplazarlo. Es un judío que va a gobernar la India en un período particularmente crítico, y a continuar la lista de los grandes señores de sangre anglo-sajona, cuyo prestigio personal agregó muchas veces mayor brillo al alto puesto conferido por el Soberano.

¿Quién habría podido predecir semejante destino a Rufus Daniel Isaacs, hijo de un comerciante israelita de la City? Sus principios en la vida habían sido agitados. Después de haber completado sus estudios en Bruselas y en Hanover, estudios que fueron comenzados en la University College de Londres, había navegado como piloto sobre un velero, en seguida entró muy joven al Stock-Exchange. Un chasco desagradable, de donde la sacó la generosidad paternal, lo hizo abandonar la bolsa por la toga. Aquí surgió mejor y orientándose hacia la política se hizo elegir, como liberal, diputado de Reading (1). En 1910 Mr. Asquith lo hizo nombrar *solicitor general* y miembro del Gabinete. A pesar de que se ocupaba en jurisprudencia y política, Rufus Isaacs no descuidó sus intereses financieros. Su carrera estuvo a punto de sufrir o fracasar. En 1912 su hermano Godfrey Isaacs estaba en trámites con el gobierno por una concesión pedida por la compañía Marconi de que él era director. Se dijo que en el curso de las negociaciones varios miembros del minis-

(1) La Revista universal del 1.º de marzo de 1921 ha publicado un *curriculum vitae* de Lord Reading (pág. 646 a 650).

terio habían comprado a bajo precio acciones de la Marconi.

Sir Rufus Isaacs que había sido hecho caballero (Knighted), protestó contra estas insinuaciones en la Cámara de los Comunes; poco después se probó que él y algunos de sus colegas habían comprado ventajosamente títulos de la Marconi americana, sucursal de la otra, mientras se discutía el contrato.

La amistad de Mr. Asquith salvó a sir Rufus. Las costumbres parlamentarias toleran este género de indulgencia. La amistad de Cornelius Herz no quebró la suerte de M. Clemenceau; la aventura de la Panamá no alejó definitivamente a M. Rouvier del poder. Me parece que el asunto Marconi apuró la ascensión de Rufus. Nombrado *lord chief justice*, es decir, ministro de justicia, fue elevado a Par en 1913 con el título de Lord Reading.

Sus relaciones con Lord Rothschild, con sir Ph. Sassoon, con los grandes banqueros de New-York, iban a facilitarle los medios de tomar una parte importante en las negociaciones internacionales, que se llevaron a cabo durante la guerra.

Presidente de la comisión anglo-francesa que negoció los empréstitos en Nueva York en 1915, fue en 1917 y 1918 enviado especial y alto comisario de la Gran Bretaña en Washington. Con sus correligionarios y los íntimos del presidente Wilson preparó las cláusulas de la paz de Versalles, que parecían haber sido favorables a la Inglaterra y a los Estados anglo-sajones. Así subió rápidamente en la je-

rarquía de los Lores, primero promovido a vizconde y después a conde.

El nombramiento de Lord Reading para virrey de la India causó cierta sorpresa y fue friamente acogido por la opinión. En los centros diplomáticos y militares fue largamente discutido. *El Mornig Post* se hizo el intérprete de los conservadores no afectos a los realistas, y lo calificó severamente. En el popular *Blackwood's Magazine* se puede encontrar fielmente la opinión de la burguesía y de las clases medias:

«El peligro real del nombramiento de Lord Reading es que un nuevo judío se agrega a los que ya participan en el gobierno de nuestro Imperio. El Imperio británico está condenado si pasa a manos de una raza extranjera... Los judíos se han levantado demasiado entre nosotros. Con la ayuda de Mr. Lloyd George ocupan algunos altos puestos del Estado. Son completamente ineptos para dirigirlo. Sin duda que son hábiles, astutos, insinuantes (glib); pero en el gobierno de un Imperio, la habilidad, la astucia, la bajeza son vicios más que virtudes. Por una extraña ironía, en el mismo momento en que el bolcheviquismo ha revelado el carácter siniestro de los judíos, son hombres de la raza de Trotsky los que ejercen el poder supremo en Inglaterra.

Los judíos mismos no se aprovecharon de sus constantes usurpaciones de autoridad. Gracias a Mr. Lloyd George, hacen todo lo que pueden para provocar pasiones antisemitas en Inglaterra. Somos un pueblo paciente, pero no sufriremos durante largo tiempo las usurpaciones extranjeras. Si no intervinieran las intrigas políticas, no faltarían ingle-

ses aptos para hacer el trabajo del Gobierno Imperial. Al inglés le gusta poco dirigir la máquina gubernativa, y está simplemente deseoso de servir con abnegación al Imperio; no es capaz de rivalizar con el judío, insinuante en negocios y hábil para empujar y... empujar a los suyos.

Actualmente Inglàterra está tomada, casi deshecha entre las ruedas de un molino. Lord Reading y la tribu de los Montagu, de los Samuel y de los Mond, constituyen una de las ruedas; la otra la tienen los bolcheviques judíos, que siembran pérfidamente el descontento en las clases populares, en la esperanza de sacar beneficio de la revolución general. ¿Es, pues, extraño que los ingleses no miren con simpatía a los judíos? Mr. Lloyd George serviría más útilmente la causa de sus amigos hebreos, si los abandonase a sus lucrativas y pacíficas profesiones, y si dejase a Gran Bretaña el cuidado de administrarse, según sus propias tradiciones el gran Imperio edificado por sus hijos» (1).

De esta cita, del conjunto de hechos expuestos, de los documentos transcritos o resumidos en este capítulo, aparece claramente que la resistencia a la invasión judía no ha dicho su última palabra en Inglaterra.

---

(1) *Blackwood's Magazine,* febrero 1921, pág. 263 y 265.



Capítulo VI

LAS RESISTENCIAS EN LOS ESTADOS UNIDOS

El bolcheviquismo revela en Nueva-York el peligro judío. —Una traducción americana de los *Protocolos*.—Henry Ford y el *Deaborn Independent*.—El Comité de los derechos de las minorías religiosas.—Las ideas del profesor Frankfurter.—Una manifestación judío-alemana contra Francia.

I

La Tribuna del 17 de enero de 1921 ha reproducido el siguiente pasaje de un discurso pronunciado por el Dr. Elías Salomon en la Convención de las Sinagogas, verificada en el seminario judío de Nueva York:

«Los Estados Unidos serán el centro del judaísmo en un próximo porvenir. La América ofrece una feliz combinación de circunstancias múltiples y tan favorables como nosotros no hemos encontrado semejantes en la historia de la Dispersión» (1).

Es incontestable que los israelitas pudieron en el curso de la guerra maniobrar en los Estados Uni-

---

Vielle France, núm. 211 del 10-17 de febrero de 1921.

dos con toda libertad; el Presidente de la gran República, a quien la Constitución da tan vastos poderes, favoreció lo mejor que pudo el poder conquistador de su raza.

Sea Nueva York o Londres que llegue a ser la capital del judaísmo, la cuestión es de orden secundario, salvo para los anglo-sajones que viven en ambas riberas del Atlántico; y me parece que los sionistas deben en este punto dar un juicio digno de Salomón, declarando que sólo Jerusalén puede aspirar al título de metrópoli del mundo israelita.

Las resistencias a la invasión judía no se manifestaron en los Estados Unidos más que cuando se conocieron las atrocidades cometidas por los bolcheviques en Rusia. Fue a fines de 1918 cuando apareció en Brooklyn una modesta publicación: *The Anti-Bolchevist* (El Ante bolcheviquista) y cuyo subtítulo indicaba explícitamente su objeto: «Magazine mensual para la defensa de las instituciociones americanas contra las doctrinas judías y bolcheviques de Morris Hillquit y León Trotsky».

Sus redactores no tuvieron trabajo para establecer que la mayoría de los comisarios del pueblo de la Rusia sovietista eran israelitas y que muchos de ellos venían de América. Descubrieron que su agente principal financiero era el banquero judío Mr. Max Warburg, hermano de Pablo Warburg y yerno de Jacobo Schiff (1). Demostraron que los movi-

(1) *El Anti-Bolchevist* de junio 1919.

mientos anarquistas, señalados en las Filipinas, en el Canadá y en la América del Sur, eran iniciados por judíos de Rusia. El proletariado húngaro estaba dominado por un puñado de revolucionarios rusos, constituyendo el más tiránico y detestable de los gobiernos.

Es la conjuración judía la que arruinó al ejército ruso y salvó del desastre a la Alemania en 1917. El bolcheviquismo es de pura esencia judía. «El judío bolchevique aspira al dominio universal, y para alcanzar su fin está pronto para ahogar el mundo en un río de sangre. El bolchevique de América es el digno hermano del tigre bolchevique que ha destruído la Rusia y matado millones de hombres. Admira y envalentona a Trotsky y no esconde los proyectos que él persigue. Quiere hacer naufragar nuestra civilización cristiana para reemplazarla por el régimen de que goza la Rusia de hoy» (1).

Martín Lutero, en una época en que los judíos eran despreciados y metidos en los *ghettos*, y que parecían poco peligrosos, los juzgó así: «Es una raza perniciosa. Oprimen a todo el mundo por sus rapiñas y sus usuras. Si dan a un príncipe o a un magistrado mil florines, en cambio le roban 20,000 a sus súbditos. Debemos estar siempre en guardia contra ellos. Son los enemigos de la humanidad».

Los fundadores del *Anti-Bolchevist* no tuvieron los medios para continuar durante largo tiempo su

---

(1) *Thi Anti Bolchevist* de julio 1919.

campaña. Boicoteados por las agencias de distribución y las librerías dominadas por los grupos israelitas, fueron obligados a suspender su publicación.

Cuando se lanzó en Londres la primera traducción de los «Protocolos», este libro causó sensación en todos los países de habla inglesa.

Varios diarios que no querían pasar por ignorar un libro, del cual el *Times* y el *Morning Post* habían hablado, publicaron análisis más o menos largos y citaron algunos pasajes (1). Un día la casa editora Small y Maynard publicó una nueva traducción del (disturbing pamphlet) molesto panfleto, precedido de una interesante introducción.

En ciertos centros universitarios los *Protocolos* fueron leídos y comentados; pero para hacerlos conocer de la mayoría del público, se necesitaba un esfuerzo de propaganda. Este esfuerzo lo iba a hacer muy pronto uno de los reyes del automovilismo, Henry Ford.

II

En la democracia americana, más que en las otras, son los plutócratas los que manejan las influencias políticas y orientan las corrientes de opinión.

---

(1) *El Public Ledger* de Filadelfia, principalmante, publicó extractos en un artículo sobre el bolcheviquismo, pero sin indicar el origen judío de los «Protocolos» y suprimiendo los datos que lo revelaban.

Henry Ford posee grandes fábricas en los Estados Unidos y es muy conocido en ambos lados del Atlántico. Es muy popular entre sus obreros, para quienes ha multiplicado las instituciones y obras sociales. Pacifista hasta la simpleza y la utopía, todavía se recuerda la cruzada que emprendió, en el momento de más furia en la guerra, para ofrecer a los pueblos en conflicto la rama de oliva.

Había arrendado un vapor, que por toda carga llevaba medicamentos y escritos pacifistas. Desde su desembarco en un puerto noruego la desilusión de Henry Ford fue profunda. Los Estados beligerantes, y en primer lugar Alemania, rehusaron recibir su persona y sus regalos. Volvió, pues, a Nueva York y convencido de las responsabilidades de nuestros enemigos en el desencadenamiento de la lucha, indignado por el torpedeamiento del «Lusitania» y el encarnizamiento salvaje de los alemanes en la guerra submarina, aprobó la intervención armada de su país y la secundó generosamente.

Después de la firma del tratado de paz de Versalles, el gran pacifista se preguntó si verdaderamente esta convención internacional, fundada sobre una Liga de Naciones, que era necesario engendrar y hacer vivir, era capaz de asegurar a la Europa y al mundo un período de calma y de reposo. Dudó. Constató que, a pesar de los tratados y de los principios wilsonianos, continuaban batiéndose en Rusia, Polonia, Yugo-Eslavia y en Asia Menor. Revueltas interiores y huelgas, más políticas que económi-

cas, estallaban en los centros obreros de la mayoría de los Estados. Los déficits de los presupuestos se ahondaban más que durante la guerra.

Henry Ford trató de discernir las causas reales de estas revueltas inquietantes. Estudió los «Protocolos»; leyó el libro que contiene los artículos del *Morning Post*, en una edición que acababa de aparecer en Nueva York, y después de haber meditado la «Cause of the World Unrest» (La causa del malestar mundial), se declaró consciente de la gravedad del peligro judío.

Henry Ford, una vez convencido, quiso, en interés de su país, hacer compartir sus convicciones a sus conciudadanos, y primeramente a sus obreros.

Fundador de un diario, editado en interés de estos últimos, el *Deaborn Independent*, comenzó sin demora una campaña contra la conspiración judía. Obtuvo tal triunfo que el tiraje del pequeño diario de Michigán se decuplicó muy pronto. Los nueve primeros artículos publicados de mayo a julio de 1920 bajo la firma «The international Jew» (El Judío internacional), agrupados y publicados en folletos fueron liberalmente repartidos y provocaron en los israelitas de Estados Unidos una irritación y un estupor que no temieron confesar.

Los artículos del *Anti-Bolchevist*, que venían de jóvenes patriotas desprovistos de toda influencia social, los habían dejado indiferentes y desdeñosos.

Cuando pasa la caravana victoriosa, no se preo-

cupa del ladrido de los quiltros. El multimillonario Henry Ford era un adversario que era necesario tomar en cuenta. No es el caso que los artículos del *Deaborn Independent* fuesen agresivos y violentos en la forma; todo lo contrario, estaban llenos de hechos, esclarecidos por consideraciones filosóficas y sociales.

El primer artículo ponía en términos felices la cuestión judía: *The World's Próblem,* y trataba de definir el carácter curioso y enigmático de los hijos de Israel.

El autor habría podido parafrasear la definición dada por Bernardo Lazare en el *Antisemitismo,* su historia y sus causas sobre los judíos: «El judío no es, como algunos lo pretenden, un sér pervertido por las persecuciones de antes; es un sér insociable.... anarquista... cosmopolita... agente revolucionario, pero conservador tratándose de él mismo».

Lo definía con más benevolencia que su correligionario, y juzgaba desde el punto de vista americano, su espíritu de dominio y sus métodos comerciales y financieros.

Otro artículo trataba de la reacción que se manifestaba en Alemania contra los judíos.

Después de la huída de Guillermo II los judíos se habían apoderado de la mayor parte de los ministerios del Imperio. Haase dirigía las relaciones exteriores; Schiffer era ministro de hacienda. En Prusia Hirsch y Rosenfeld estaban a la cabeza del gabinete. Kurt Eisner presidía el gobierno de Baviera. En

Berlín, en Munich, en Francfort, en Essen, los jefes de la policía eran israelitas.

Dos de los delegados a la Conferencia de la paz lo eran también. Se ve, pues, cuál era la maravillosa organización judía de All Judaan, como se la llama Ultra-Rhin. Hoy día se ha producido una enérgica reacción, y de los israelitas nombrados son pocos los que quedan en sus puestos. A pesar de todo, los alemanes no tienen razón de mirar mal a los judíos, porque gracias a ellos, su imperio fue aparentemente cambiado en Estado democrático y socialista, lo que le valió la protección eficaz del presidente Wilson cuando las negociaciones del tratado de paz.

En los artículos siguientes se ha mostrado la acción judía en los diarios y revistas de los Estados Unidos. Un profesor de una Universidad americana, que había pasado varios años en Rusia y cuya notoriedad era grande, vió rechazado por todos los grandes periódicos un estudio puramente filosófico sobre la cuestión judía.

El jefe de los trabajadores americanos, que se esforzó siempre por mantenerlos en ideas razonables, es un judío, Samuel Gompers; pero otra federación obrera extremista *The Amalgamated Clothing Workers* tiene por jefe a otro judío Sidney Hillmann, lo que prueba que en las partes en que los intereses obreros están en juego, Israel tiene siempre peones en los dos tableros.

El *Dearborn Independent* había también establecido estadísticas manifestando que si la población

judía de los Estados Unidos había pasado en cincuenta años de 50,000 a 3.300,000 su influencia había crecido en proporciones infinitamente mayores.

La ciudad de Nueva York es una ciudadela de judíos, los cuales poseen la mayoría de los inmuebles. Todo lo que es teatro y cinema les pertenece. La industria azucarera, la del tabaco, el comercio de los cuadros, las casas de confección de trajes, el cincuenta por ciento de las fábricas de conservas y el sesenta de las fábricas de zapatos; el comercio de los granos y del algodón, las alhajas, las agencias de préstamos, las agencias de la distribución de diarios y periódicos, etc., constituyen su dominio económico.

Después han sido analizados y comentados distintos trozos de los *Protocolos.*

Se concibe que esta campaña de prensa suscitase indignaciones y polémicas. La revista *Current Opinion* del mes de agosto último da algunos detalles.

Los diarios israelitas, principalmente el *American Hebrew,* atacaron las estadísticas del *Deaborn Independent. El Metropolitan,* por medio de Mr. William Hard, trató de demostrar que había israelitas americanos, tales como el barón Gunzberg y Mr. Sack, director de la oficina de datos sobre Rusia, que combatían abiertamente el bolcheviquismo. Esto se iguala con la declaración antibolcheviquista publicada en Londres y firmada, Rothschild y Montefiore.

En los diarios de Hearst, cuyo germanismo no sufrió ningún eclipse, Arthur Brisbane hace un

elogio ditirámbico de la raza judía y también de los fenicios y semitas, a quienes uno no pensaba encontrar mezclados en estos asuntos.

Los órganos anglo-judíos no quisieron quedar extraños en esta polémica y a falta de argumentos el *Jerwish-World* del 10 de noviembre de 1920, puso el siguiente aviso: Se dice que Mr. Ford tiene como ingenieros, agentes y empleados a numerosos israelitas. ¿Por qué éstos no rehusan recibir dinero de un hombre que es enemigo de nuestra raza? Sería difícil decidir a los judíos de América a no comprar más automóviles que salgan de sus fábricas?

Ignoro si estos consejos han sido seguidos; en todo caso, la amenaza no ha asustado a Henry Ford, que ha continuado valientemente su cruzada nacionalista.

La prensa israelita ha creído darle un golpe mortal a sus adversarios tomando más o menos abiertamente la iniciativa de la creación de un *Comité americano de los Derechos de las minorias religiosas,* comité cuya necesidad no se hacía sentir en un país donde todas las religiones son tan libres, cuanto se pueda concebir.

Este comité ha presentado una especie de manifiesto. Después de haber emitido ciertas teorías sobre la libertad de las creencias y de los cultos, después de haber condenado todas las persecuciones, cualesquiera que sean las víctimas, este manifiesto contiene dos párrafos en los cuales los judíos son llevados a las nubes. Parece que entre los ciudadanos de los Estados Unidos los hebreos fuesen «los

más inteligentes, los más patriotas y los más filántropos». ¿Será necesario ser bastante cerrado, bastante perverso para no estimarlos y quererlos? Los autores del documento deploran las malas críticas, las pérfidas insinuaciones dirigidas contra ellos en Inglaterra y en América!

Es siempre el mismo equívoco que se trata de mantener. Nadie mira con malos ojos que los israelitas practiquen su religión; pero los patriotas de todos los países sienten la necesidad de defenderse contra sus miras financieras o bolcheviquistas, contra sus tentativas de dominio mundial, contra las amenazas ya comenzadas a ejecutar de una conspiración internacional.

Que rabinos y políticos judíos hayan firmado este manifiesto, se concibe fácilmente; que obispos y pastores de algunas iglesias protestantes lo hayan aprobado, también se explica si se ha leído el libro de Wells: «*The Soul of a Bishop*» (El alma de un obispo); pero que el nombre del cardenal Gibbons figure entre los firmantes, esto sorprende y desconcierta. Los acontecimientos se encargarán de abrir los ojos del venerado príncipe de la Iglesia y de mostrarle los graves peligros que el empuje judío hace correr al catolicismo y a la civilización cristiana (1).

---

(1) (El Cardenal Gibbons murió el 24 de marzo de 1921. Tenía 87 años y estaba muy enfermo desde varios meses atrás, lo que le quita mucha autoridad a una firma dada días antes de morir).

Con mucha razón el cardenal Bourne, Arzobispo de Westminster, en un Congreso nacional católico tenido en Londres, ha condenado las ideas subversivas, los procedimientos «agresivos y rapaces» de los judíos importados de Tierra Santa, de los cuales muchos iban de América. Por su lado, el obispo anglicano de Jerusalén ha formulado enérgicas protestas contra el sionismo, siendo gran jefe de él en Estados Unidos el juez Brandeis, amigo y consejero del presidente Wilson.

El sionismo es propiamente la coronación de un edificio levantado a la gloria de Israel victorioso y sintetiza sus ambiciones, su orgullo, su sed inextinguible de desquite y de dominio.

Es cierto que este Comité americano de los derechos de las minorías religiosas no fue imaginado más que para parar los golpes dados al poder judío en los artículos escritos bajo la inspiración de Henry Ford.

Los israelitas remueven cielo y tierra en Nueva York y en Chicago, en los grandes centros urbanos esforzándose en limitar esta campaña, y cuentan mucho con el efecto moral producido por el manifiesto. Por otra parte, acaban de hacer introducir en el Congreso, por medio del representante de Ohio Mr. Emerson, un proyecto de ley que contiene dos cláusulas: la primera prohibe el envío por correo de toda publicación que tenga por objeto suscitar odio de religión o de raza; la segunda prevee sanciones contra los autores de estas publicaciones,

multas que pueden subir hasta 5,000 dollars, prisión hasta cinco años y, en caso necesario, las dos penas juntas. A pesar de que los judíos se han buscado bien sus votos entre los representantes y los senadores, es expuesto que el Congreso quiera aventurarse en semejantes innovaciones legislativas.

Por último, el *Jewish Guardian* del 1.º de abril de 1921 nos hace saber que el doctor Einstein, autor de las nuevas teorías cósmicas, contestando al llamado de los israelitas americanos, se ha embarcado para New York con el doctor Weizmann. El «nuevo Newton» deja la Alemania y su laboratorio para agregar el prestigio de su ciencia a una misión que se propone un triple fin, según el órgano israelita: «levantar la balanza de la justicia en favor de los judíos oprimidos» (sic), recoger fondos para la Palestina y para su Universidad y oponerse lo mejor que se pueda a la campaña del enfurecido Henry Ford «*the rabid motorman*».

III

Desde hace varios meses se manifiesta en Estados Unidos una campaña germanófila dirigida especialmente contra la Francia y manifiestamente inspirada por los israelitas.

En el número de 6 de octubre de 1920 la revista *The New Republic* ha publicado un artículo sensacional sobre la Francia y la paz de Europa (1).

(1) M. Luis Aubert le ha consagrado un estudio interesante en el número del 31 de octubre de 1920 en una Revista

El autor M. Felix Frankfurter es un israelita de situación. Profesor de derecho en la Universidad de Harvard, sionista ardiente, émulo del juez Brandeis, fue durante la guerra el consejero del gobierno en las cuestiones concernientes al trabajo. Se pretende familiarizado con la situación de Europa por haber sido enviado a París en distintas ocasiones con el objeto de llenar varias misiones, algunas bastantes secretas, que tenían relación con las organizaciones socialistas y la Palestina.

M. F. Frankfurter estima que si la paz no reina todavía en Europa, a pesar del tiempo trascurrido desde el armisticio del 11 de noviembre de 1918, es a Francia a quien se le debe.

A su parecer, hay dos centros de desorden en el mundo: Moscou y París. Pero París es el gran culpable, porque tiene parte de responsabilidad en la política que se hace en Moscou. Para obtener el apaciguamiento, el profesor israelita estima que es necesario efectuar el «desinflamiento del imperialismo y del chauvinismo francés».

A la amenaza de la ocupación del Ruhr es necesario atribuír el espíritu de desquite que reina en Alemania, y sin la política francesa no habría habido ni revueltas en Silesia, ni conflicto entre la Polonia y la Rusia sovietista.

Con sentimientos muy distantes de equidad M.

---

que es nada menos que antisemita: *L'Europe Nouvelle*. La Europa Nueva.

Frankfurter hace el balance de nuestras dificultades, relacionadas con nuestros presupuestos, debidas en gran parte al no cumplimiento de un tratado elaborado y adoptado por los Estados Aliados. El ve en nuestro desastre financiero un medio feliz para traernos a la razón y por él asegurar la salvación de la humanidad.

Por la diplomacia del dollar es por donde se nos puede atacar. ¿Qué importan la promesas de antes para restaurar nuestros departamentos devastados? La Francia será invitada para abandonar la mayor parte de sus créditos contra Alemania, pero ni Inglaterra ni Estados Unidos nos perdonarán un adarme de nuestra deuda, y el enorme poder financiero adquirido por la América, durante el período en que guardó la neutralidad servirá para obligar a la Francia a inclinarse ante la nueva paz que se le impondrá, paz que traerá su desastre económico y financiero. M. Frankfurter nos presenta a la América encarnada en Wall-Street. No será ya la nación de corazón ardiente, vibrante de entusiasmo que recuerde con gratitud la ayuda prestada por Francia bajo Luis XVI en la hora en que se trataba de asegurar su independencia. En lugar de un noble don Quijote que diga: «¡La-Fayette, estamos aquí!» los Estados Unidos, como lo dice justamente M. Aubert, harían suyos los contratos de Shylock, reclamando su libra de carne humana (1).

---

(1) *L'Europe Nouvelle*, 1920, p. 1593.

Una propaganda se ha instituído en Nueva York para extender las ideas y las miras de M. Frankfurter y para incitar al desprecio y el odio a la Francia.

Los diarios de Ultra-Atlántico nos traen la noticia de que el 28 de febrero último hubo en *Madison Square Garden* una gran reunión organizada por alemanes, Sinn-Feiners e israelitas, para protestar contra las atrocidades que se dicen cometidas por las tropas coloniales francesas en la Rhenania.

Esta reunión, que, por lo demás, provocó violentas protestas, había sido organizada por un comité titulado *Horrores del Rhin*, presidido por un alemán, el Dr. Edmund von Mach; y los israelitas que se asocian a esta campaña no están aun bastante calificados para representar al pueblo americano.

Sin duda, bajo la presidencia de Mr. Woodrow Wilson, podían hablar como amos; más puede ser que sea distinto con el presidente Harding.

En todo caso, el Senado ha votado el *Dillingham Immigration Restriction Bill* que limita al 3% de la cifra de americanos residentes de orígen europeo el número de immigrantes susceptibles de ser recibidos cada año en los Estados Unidos. Desde abril de 1921 a marzo de 1922, el total de inmigrantes no podrá sobrepasar de 335,000, y esto desagrada mucho a los dirigentes de Israel, que pensaban echar sobre América la ola de judíos de la Europa Oriental.



Capítulo VII

LA IDEA SIONISTA.—LOS INGLESES EN JERUSALÉN

Las aspiraciones sionistas.—Theodoro Herzl.—La carta de M. Arthur Balfour a Lord Rothschild.—La alegría de los israelitas.—Una visita a Jerusalén después de la ocupación de Palestina por los Aliados.—Llegada de los primeros judíos.—Protesta de los Comitées Islamo cristianos contra el nuevo Gobierno.—Manifestaciones y revueltas.—La Encuesta de sir Herbert Samuel.

La idea sionista se remonta a tiempos muy lejanos. Después de la destrucción del Templo y del edicto de Adriano que, provocado por la revuelta de un falso Mesías, prohibía a los judíos vivir en Jerusalén, éstos se dispersaron en el Imperio romano, gozaron de gran tolerancia mientras más grandes eran las persecuciones a los cristianos. Hasta el siglo V formaron una especie de nación autónoma, teniendo a su cabeza un soberano descendiente de Hillel, a quien se le daba el título de Etnarco. Este soberano tenía una Corte y disponía de *missi dominici* encargado de administrar las comunida-

des esparcidas o diseminadas con relación a la justicia y al culto.

Bajo el reinado de Juliano el Apóstata se produjo una primera tentativa sionista. Los judíos volvieron sus miradas hacia Jerusalén, y algunos de sus jefes religiosos tomaron con entusiasmo la perspectiva de reconstruír el Templo sobre las ruinas del cristianismo, y de juntar algún día en Palestina a los descendientes de los israelitas de la Diáspora.

San Jerónimo había señalado estas aspiraciones: «Los judíos se prometen para el fin de los tiempos la restauración de la ciudad de Jerusalén; entonces saldrán de la ciudad las aguas que correrán hacia los dos mares; se practicará de nuevo la circuncisión, se inmolarán víctimas, se obsevarán todas las prescripciones de la Ley; esto no es porque los judíos lleguen a ser cristianos, sino porque los cristianos llegarán a ser judíos» (1).

En la Edad Media los judíos despreciados, confinados en los *ghettos,* se comunicaban difícilmente de ciudad a ciudad o de país a país; en los tiempos modernos su situación se ha mejorado mucho.

Exclusivamente ocupados en negocios de comercio, de usura, han sabido hacerse útiles y amontonar fortunas. Una vez ricos tratan de penetrar en la sociedad burguesa y a veces son admitidos en la corte de los soberanos.

---

(1) *In Zachar,* XIV, 9 et *passim.*

Emancipados al fin del siglo XVIII, se aprovechan de la época revolucionaria para infiltrarse en las regiones del poder. Su ductilidad, su falta de escrúpulos, su inteligencia especial los ayudan singularmente para conquistar puestos importantes. Sin abdicar nada de las tradiciones de su raza, parecen nacionalizarse en los reinos en que han hecho fortuna financiera o políticamente.

Son los primeros que han comprendido la psicología de las democracias, y la capital influencia que ejercen sobre la opinión la prensa, el teatro, la literatura.

En todas partes poseen diarios, revistas, periódicos, piezas de teatro. Fue un triunfo para la raza cuando Benjamín Disraeli, llegado a ser conde de Beaconsfield, y primer ministro de la reina Victoria, preside el Tratado de Berlín para la confección del nuevo mapa de la Europa, y vigila a la vez los intereses del Reino Unido y los de Israel.

El sionismo parecía muerto; pero era una ilusión. Sin duda los israelitas opulentos ni soñaban en reedificar el Templo de Salomón; pero en los *ghettos* de Polonia, de Rusia, de Rumania y de Hungría había muchos judíos todavía en harapos iguales a los descritos por los hermanos Tharaud en *L' Ombre de la Croix* (La sombra de la Cruz) que se encontraban saludándose «El año próximo en Jerusalén!»

Se apareció un apóstol del sionismo. Theodoro Herzl, nacido en Budapest en 1860, se preocupo

con un celo apasionado de hacer revivir en los de su raza la idea de reconstituír territorialmente su nacionalidad, de fundar un Estado político modelo, rehabilitando a los judíos a los ojos de las otras naciones.

La idea sionista no se propagó ni en Francia ni en Italia, ni en los países anglo-sajones. El axioma *Ubi bene, ibi patria* parecía corresponder a la mentalidad de los judíos ya establecidos, que además juzgaban el sueño irrealizable. A título de caridad, algunos grandes banqueros apoyaron los esfuerzos de Theodoro Herzl. Un hospital Rothschild fue fundado en Jerusalén y una pequeña colonia judía pudo explotar en los alrededores de Jaffa un viñedo.

Perteneciendo la Palestina a los turcos, no se podían plantar más que algunos postes provisorios.— Herzl no se preocupaba especialmente de establecer el Estado judío en Palestina; lo mismo se habría acomodado en el Uganda que le ofrecieron los ingleses. Pero las agrupaciones populares de Rusia, de Polonia, de Rumania no aceptaban con gusto la perspectiva de un destierro en el Africa central; se les había hecho brillar ante sus ojos la esperanza mística de la restauración de Sion. Para su reino resucitado no querían más que una capital: Jerusalén.

Herzl murió en 1904, triste y descorazonado, pero su apostolado había dado frutos.

Las peripecias de la guerra mundial reanimaron

la fe de los sionistas. Desde que se entrevió la desmembración posible del Imperio otomano, la cuestión se puso de actualidad en el tapete de las asociaciones israelitas, y un poco más tarde fue sometida al examen de las cancillerías de la Entente.

Entre sus principales protagonistas es necesario citar en Inglaterra al Dr. Ch. Weizmann, jefe de la federación sionista y sucesor de Theodoro Herzl; sir Rufus Isaacs; sir Herbert Samuel; en los Estados Unidos al juez Brandeis; Henri Morgenthau, embajador en Constantinopla; al profesor Frankfurter.

Rufus Isaacs, creado Lord Reading, estaba íntimamente unido con Mr. Lloyd George, el «Premier» británico y los tres americanos eran amigos personales del presidente Wilson, y además, sus consejeros políticos. Con el título de Alto Comisario y embajador extraordinario, Lord Reading estaba llamado a arreglar, en la víspera y al día siguiente de la paz, la cuestión pendiente entre la Inglaterra y los Estados Unidos.

Cierto misterio reina todavía sobre las negociaciones que se prosiguieron en Nueva York en 1916 y 1917. Como la Francia, la Gran Bretaña tenía imperiosas necesidades de dinero y a Rusia se enviaban importantes subsidios, era necesario reforzar los efectivos del frente de Francia, acrecentar el material de guerra, intensificar lo más posible las construcciones navales... Esperando la realización

del alto comisario, para hacer predominar el elemento israelita. Pero, ¿no era esto necesario para el interés común? Verdaderamente no se le puede pedir al Gobierno sionista la aplicación del sufragio universal en Palestina, cuando en su población no hay todavía cien mil judíos, contra seiscientos mil musulmanes y cristianos. Hay tiempo para realizar esta feliz reforma cuando la proporción se haya dado vuelta.

El 24 de julio el *Príncipe de Israel* fue a hacer sus devociones con gran pompa a la sinagoga de Achkenazim.

Atravesó las callejuelas del barrio judío; el suelo estaba cubierto de tapices y lleno de flores; prolongadas aclamaciones saludaban el paso del cortejo. Fue para los hebreos una hora verdaderamente inolvidable.

La víspera, sir Herbert Samuel había ido a visitar el Santo Sepulcro, y cosa extraña, esta visita tuvo también un aire de fiesta. El clero griego, desorientado y empobrecido, desde que no recibe de Rusia instrucciones y subsidios, parece haber tomado el partido de la conquista de los Santos Lugares por los Anglo-judíos. El patriarca ortodoxo Mr. Damianos había hecho decorar e iluminar la basílica en honor del ilustre visitante, que desfiló entre los frailes griegos y armenios, que llevaban cirios.

Agregaré, sin embargo, que a pesar de la invitación que le fue hecha, el alto comisario estimó

más conveniente no penetrar a la tumba Santa y no subir el Calvario. En el seno del Sínodo y de la comunidad griega, la actitud de Mr. Damianos fue duramente censurada y provocó numerosas protestas.

Si entre los judíos importados y teñidos de bolcheviquismo hay algunos que desean la destrucción de las iglesias y la desaparición de los vestigios del cristianismo, sir Herbert y su Estado Mayor no los aprueban, se declaran dispuestos a facilitar los peregrinajes de los católicos y de los protestantes, así como los viajes de los turista. Es necesario no olvidar que, antes de la guerra, muchos israelitas vivían del comercio que hacían de objetos de piedad. La vuelta de estos peregrinajes y su multiplicación favorecerían su industria; el dinero de los cristianos y de los *globe trotters* (turistas) constituiría una ayuda útil al presupuesto del reino de Israel, y podría contribuír a edificar nuevas sinagogas y reconstruír el templo de Salomón.

III

Durante los primeros meses de la experiencia sionista, ni la opinión pública, ni la prensa, tanto en Francia como en Inglaterra, pareció preocuparse.

Se podría decir que una sombra misteriosa envolvía a la Tierra Santa y que nadie estaba en situación de averiguar lo que pasaba desde que los ingleses la ocupaban. Los solos visitantes de Jerusalén eran algunos oficiales ingleses y franceses,

que venían de Egipto o de Siria, con un corto permiso, para hacer un piadoso peregrinaje en el país en que nació y murió el Salvador. La autoridad británica no concedía permiso de estada sino a las personas supuestas poco curiosas y en absoluto dispuestas a estudiar el nuevo régimen en vías de establecerse. En los centros diplomáticos, en París o en Londres, si se dirigía alguna pregunta relativa al sionismo a alguno de los principales autores del tratado de paz, a Mr. Lloyd George, a Mr. Balfour, a Lord Reading, al embajador Morgenthau, recibía siempre una respuesta dilatoria. Se sentía que uno golpeaba a una puerta deliberadamente cerrada y sólidamente trancada.

Al fin se concluyó por tener algunos datos sobre lo que se perpetraba detrás de la puerta.

Registrando los diarios anglo-judíos, y algunas correspondencias de Palestina, se llegó a conocer los principales proyectos, los pedidos de fondos, los preparativos de ejecución y de organizaciones sionistas. Se conocieron los abusos, los actos arbitrarios, las denegaciones de justicia emanadas de la administración militar y del alto comisariado.

En el mes de mayo de 1920 S. Em. el Cardenal Dubois dio en Rouen una conferencia sobre la Francia en Oriente; haciendo un llamado a los recuerdos de su misión, mostró los peligros de la aventura perseguida por los ingleses en Palestina e indicó hasta qué punto el sionismo era contrario al derecho y a los deseos de la población indígena.

En Inglaterra y en los Estados Unidos la publicación de los «Protocolos» despertó la atención pública e hizo comprender en algunos centros la realidad del peligro judío, que la conquista de Palestina caracterizaba en uno de sus aspectos.

En un Congreso nacional católico el Cardenal Bourne, Arzobispo de Wetsminster, no titubeó en condenar el principio sionista y anatematizar las ideas subversivas de los invasores de Tierra Santa.

Un sabio americano, el profesor Clay, de la Universidad de Yale, que atravesó la Palestina de vuelta de una exploración arqueológica en Oriente, no se manifestó menos severo que el Cardenal para el sistema que había visto puesto en obra.

El obispo anglicano de Jerusalén, el doctor Mac Innes, aunque funcionario británico, no temió, en el curso de una conferencia dada en Londres, criticar amargamente los actos y la política de las autoridades palestinas. Afirmó que los sionistas se habían hecho odiosos a los antiguos habitantes del país, judíos inclusive; que los inmigrados rusos, polacos y rumanos tenían sentimientos bolcheviquistas; en fin, que no se podía admitir la expropiación y la expulsión de la población indígena. La esclavitud hacia la cual se encaminaba, sería mucho más dura que la autocracia de los turcos.

El prestigio británico, decía el prelado, ha decaído fuertemente por el hecho de aplicar el sistema sionista.

No atreviéndose a atacar directamente a sir H.

Samuel, el Dr. Mac-Innes incrimina a sus subordinados, que el estima capaces de sobrepasar y desnaturalizar sus instrucciones.

Estas declaraciones y protestas fueron citadas o resumidas en algunos diarios franceses e ingleses.

En Roma, donde las cuestiones relacionadas con los tratados internacionales son siempre examinados con una gran reserva, el *Osservatore Romano* en sus números de 9 y 15 de octubre de 1920 y 25 de febrero de 1921, ha expuesto con gran moderación, pero también con una perfecta nitidez, el estado presente de la Palestina judía, las aspiraciones de sus dirigentes, los principios de su política agraria (los terrenos asignados a la colonización judía serán propiedad de la comunidad, la administración será confiada a un consejo local; sólo los judíos serán ocupados en la labranza, el fin final que hay que alcanzar es la colonización judía de la totalidad de la Tierra Santa).

El órgano oficioso de la Santa Sede deplora la proscripción de la lengua francesa, símbolo y precioso vestigio del papel cristiano y civilizador de la Francia en Oriente, y termina sus observaciones protestando contra el proyecto de sir Herber Samuel de crear en Jerusalén establecimientos de lujo, preparados para los turistas con variadas atracciones para sus futuros clientes.

En un libro recientemente publicado, *The New Jerusalem*, el gran escritor Chesterton ha transcrito

las impresiones que él trajo de una corta visita a los Santas Lugares.

Se ha dedicado principalmente a evocar los gloriosos recuerdos de las cruzadas. El *ghetto* cuyo establecimiento se persigue, se le figura una concepción de la edad media, que no podría ser permitido si la Palestina estuviera bajo la media soberanía *(suzerainété)* de un Estado cristiano.

IV

El *Morning Post*, que había revelado al público británico las causas del malestar mundial estudiando «Los Protocolos», quiso dar a conocer a sus lectores la verdadera situación de Tierra Santa bajo el proconsulado de sir Herbert Samuel. Uno de sus colaboradores fue enviado a Palestina, donde pasó parte del otoño.

En Jafa, en Caiffa, en Jerusalén, en ciudades y aldeas, procedió a hacer leales investigaciones.

Interrogó a los jefes de comunidades religiosas, a propietarios, obreros, aldeanos, comerciantes de todas las razas y de todas las religiones, y sus correspondencias forman una recapitulación metódica y de la más entera buena fe.

El redactor del *Morning Post*, después de numerosas conversaciones con antiguos habitantes judíos y árabes, ha llegado a la certeza de que bajo el dominio turco la religión judía no fue jamás perseguida, ni molestado su culto.

Un rabino podía pedir un agente de policía, si tenía necesidad de su ayuda en el ejercicio de su ministerio. Las primeras manifestaciones de intolerancia religiosa en Palestina son debidas a la autoridad inglesa. Hoy día es un judío el que escoge los jueces de los tribunales musulmanes.

Desde el punto de vista económico, el comercio con la Siria está paralizado por las formalidades administrativas, sanitarias y aduaneras.

Se necesitan diez días para obtener un permiso para Beyrouth; pero todo este formalismo impuesto a los indíginas no existe para los sionistas.

Un residente britanico que vive desde largo tiempo en Jaffa, ha declarado que los árabes tenían cien veces razón de odiar a los sionistas. Estos dan muestras de «una salvaje intolerancia y arrogancia al tratar a los indígenas» (1), y si ellos son cristianos o musulmanes, les manifiestan mayor odio político que religioso.

Los antiguos judíos del país tampoco simpatizan con los sionistas; los soportan y muchos entre los jóvenes abandonan la Palestina, imitando en esto a los árabes.

Sir Herbert Samuel gobierna como monarca absoluto; no tiene cerca de él más que un Consejo consultor, compuesto de once funcionarios y de diez miembros que no lo sean y que lo reune cuando mejor le parece.

---

(1) El *Morning Post,* 3 de noviembre de 1920.

Jefes de servicio nombrados por él dirigen las finanzas, la política, la justicia, los trabajos, la instrucción pública. Ha sido entendido que Inglaterra mantendría las fuerzas de ocupación, pero que ésta sería su única contribución al presupuesto de la Palestina. Esto descontenta a los más ardientes sionistas, que soñaban con trabajos gigantescos, que costaran centenas de millones y que fuesen propicios para ganarse sumas fabulosas. Los grandes proyectos han debido ser aplazados por falta de crédito, y la popularidad del «Príncipe de Israel» comienza a sufrir. Por fin, la Palestina no es el Edén tan ponderado a los judíos pordioseros de la Ukrania y de Polonia.

Se necesitaría de capitales enormes para hacer sus puertos accesibles a los navíos y dotarlos de los útiles necesarios, para regar algunas miles de hectáreas que son susceptibles de cultivo; y los puertos aún así equipados estarían desprovistos de *hinterland* industrial. Al decir del *Morning Post*, y esta es la opinión de quien conozca el país, la Palestina no es una tierra prometida sino en comparación de los desiertos de la Arabia y del Sinaí. Los peregrinos y los turistas constituyen su más fructífera entrada. Con este fin Mr. Grunberg, que construye el ferrocarril de Rusia, donde hizo fortuna, se dirigió a Jerusalén, dispuesto a edificar seiscientas casas.

La conclusión de la encuesta del gran diario de Londres, reproducida sin comentarios por *Jewish*

Guardian (1), es que, si el sionismo hubiese consistido en facilitar a los judíos, deseosos de dirigirse a Palestina, como en tiempo de los turcos, los medios de establecerse y de ganar su vida, la cosa habría sido razonable y admisible. Pero permitir al sionismo gobernar el territorio, constituír «su Estado», sería «el asesinato de los derechos nacionales de otros pueblos y una etapa hacia el abismo» (2).

Poniéndose en el punto de vista religioso, Ives de la Brière, después de haber evocado la felicidad que sintió cuando entró en Jerusalén el ejército aliado, él que antes había traducido las angustias de los católicos, al pensamiento de la instauración del reino judío en Tierra Santa: «Hay un colmo de ironía al mismo tiempo que una insolente paradoja en esta extraña salida de la última cruzada: final que se contará entre las más grandes desilusiones de la paz» (3).

La opinión pública inglesa ha sido ciertamente aclarada en cierto modo por la encuesta del *Morning Post*, y en los centros parlamentarios la cuestión del sionismo es ahora planteada y discutida.

Los cuantiosos dineros recogidos por las asociaciones judías comienzan a agotarse, y se ha juzgado indispensable reunir nuevos capitales y hacer un llamado a la solidaridad de la raza judía.

---

(1) Número del 19 de noviembre de 1920.

(2) *A wicked trespass on the national rights of other people and a step pregnant with disaster.*

(3) *Les Etudes*, livraison del 5 al 20 de junio de 1920.

Se ha instituído una fundación general *Keren Hayesod* (el tesoro del Gobierno Palestino). Su oficina está en Londres, 75, Great Russell street, y yo poseo el texto del boletín del primer número, escrito en alemán, fechado el 11 de enero de 1921; contiene un solemne manifiesto dirigido a la asamblea del pueblo judío y que se puede resumir así: Primero se explica hasta que punto es importante asegurarle la vida al «hogar nacional». Al lado del *Keren Hayesod*, caja financiera de la Palestina, se ha creado un Consejo económico, compuesto de hombres eminentes y teniendo una situación adquirida en las finanzas y en el mundo de los negocios. El trabajo que hacer es inmenso. En el Este de la Europa es necesario luchar para resistir sangrientos ataques y no tenemos más que una mano libre; la otra está armada para construír nuestro hogar nacional.

El plan del *Keren Hayesod* comprende todos los trabajos necesarios para darle valor a la Palestina. Este territorio puede recibir millones de hombres. Millares están ya a sus puertas. Si se les procura un trabajo productivo, llegarán en masas compactas.

La ayuda y el concurso muy especial que se os pide, de revestir la forma de un impuesto pesado, sistemático, continuado, impuesto personal, sobre el modelo de la noble cotribución judía la «Maaser». Nuestro llamado no tiene sanción ejecutiva, se dirige a la conciencia judía. Ningún judío dig-

no de este nombre se atreverá a sustraerse de este deber. Si los fieles faltasen a su deber, serían ellos los que cerrarían las puertas de Palestina.

Este apurado manifiesto está acompañado de varias comunicaciones de orden práctico y trae diez firmas, entre las cuales la del Dr. Chaim Weizmann, Nahum Sokolow, Lord Rothschild, sir Alfred Mond y de Wladimir Jabotinsky.

La cuestión financiera es, pues, la que parece preocupar más a los jefes del sionismo. El Gobierno británico tiene cargas de presupuesto que no le permiten consentir en nuevos gastos en favor de Palestina. Varios miembros del Parlamento estiman que el mantenimiento del ejército de ocupación cuesta muy caro: 7 millones de libras esterlinas; o sea más de 400 millones de nuestra moneda (de Francia). Ellos van a proponer reducciones de créditos, y como consecuencia de efectivos, lo que sería grave, porque sólo las tropas impiden un levantamiento de indígenas.

La cuestión del mandato es también muy delicada. El Dr. Weizmann querría obtener de Inglaterra una especie de sub-constitución, por la cual el sionismo, disponiendo de completa autonomía organizaría a su gusto no un *Commonwealth* de judíos, sino un *Commonwealth* judío (1). En cuanto al alto comisario, los sionistas extremistas querrían no fuese nombrado por el Gobierno británico. Ad-

(1) *The Jewish World,* 27 de octubre de 1920.

mitirían a lo más que fuese escogido entre tres nombres presentados por las asociaciones judías.

La Sociedad de las Naciones no ha definido todavía oficialmente el mandato que debe recibir Inglaterra; pero una indiscreción ha permitido al *Jewish Chronicle* publicar al principio de febrero de 1921 el texto elaborado por la delegación británica en Ginebra; texto que tiene muchas probabilidades de ser aceptado por la Liga sin grandes modificaciones.

Estas son las disposiciones esenciales:

Este proyecto de mandato tiene 27 artículos, se apoya sobre la famosa declaración Balfour y sobre los artículos 95 y 132 del tratado Sèvres, siempre en suspenso.

La Inglaterra, potencia mandataria, ejerce los poderes de un Estado soberano. Tiene la responsabilidad del establecimiento de un hogar nacional judío, pero debe salvaguardiar los derechos civiles y religiosos de los habitantes de la Palestina de todas las razas y religiones.

Una agencia judía será calificada para cooperar, con la administración palestina, para todo lo que interese a su hogar nacional, así como para el desarrollo social y económico del país. Esta agencia será la organización sionista.

La administración de la Palestina facilitará y ayudará la inmigración judía su instalación en el territorio y concederá derechos de ciudadanos a los

judíos que tomen residencia permanentemente en Palestina.

Las inmunidades y privilegios de los extranjeros, comprendidos los derechos de jurisdicción y de protección acordados en el imperio otomano por las capitulaciones y los usos: «están definitivamente abrogadas». Sin embargo, la administración de la Palestina tomará las medidas necesarias para proteger los intereses de los extranjeros y de ciertas fundaciones. Los *wakfs* (1) especialmente serán dirigidos y controlados conforme a la ley religiosa y a las intenciones de sus fundadores.

Un sistema agrario apropiado a las necesidades del país será establecido; la administración se entenderá con la agencia judía para la organización de los trabajos públicos.

El poder mandatario ejercerá el control de las relaciones exteriores de la Palestina y acordará el *exequatur* a los cónsules extranjeros. Permitirá el libre acceso a los Santos Lugares y el ejercicio de los cultos. Cada comunidad religiosa podrá mantener escuelas, pero deberá conformarse con las instrucciones generales sobre la educación impuestas por la administración.

La administración podrá organizar sobre la base de contratos voluntarios, las fuerzas necesarias para el mantenimiento del orden y la defensa del país; el poder mandatario se reserva utilizar puer-

(1) Fundaciones piadosas de los musulmanes.

tos, caminos, ferrocarriles, para el transporte de sus tropas.

Con el consentimiento del poder mandatario, la administración podrá establecer impuestos y los derechos de aduana que juzgue necesarios.

El inglés, el hebreo y el árabe serán las lenguas oficiales.

Toda mala inteligencia que pueda suscitarse entre los miembros de la Liga de las Naciones, tratándose de la interpretación o de la aplicación del mandato, será sometido a la Corte permanente de justicia de esta Liga.

Basta leer con alguna atención este programa para comprender cómo serán sacrificados los derechos y los intereses de los estados cristianos y especialmente los de Francia, si un semejante estatuto es definitivamente impuesto a la Palestina. Será el fin de nuestras escuelas y de nuestras obras de ayuda y de nuestras fundaciones hospitalarias en Jerusalén. ¿Es verdaderamente posible que las naciones cristianas acepten semejante decaimiento y que la Francia, que gozaba en oriente de un prestigio tan fecundo y brillante, no se revele contra las pretensiones anglo-judías? ¿El virus semítico la ha contaminado a ella también, y soporta al mismo grado que los anglo-sajones el reino judío?

En este proyecto de mandato los árabes obtienen

al menos algunas garantías. Se respetan sus privilegios religiosos; los bienes *wakfs* están dirigidos por las autoridades religiosas musulmanas.

Por lo que toca a los católicos, están tratados como parias; sus escuelas estarán subordinadas a la administración judía y sus obras, aplastadas por los impuestos, estarán condenadas a una muerte más o menos rápida (1).

A pesar de todo, los judíos extremistas no se declaran satisfechos de una situación que los somete al control del Gobierno británico, aunque este control sea más nominal que real y muy benévolo. El *Jewish Chronicle* no disimulaba su desengaño. Quería una Palestina judía y que gozase de una entera independencia. El *Jewish Guardian* no formula reservas. Los judíos ingleses que lo dirijen, pretenden quedarse ciudadanos británicos; a pesar que están reconstituyendo la nación judía, se avienen muy bien a los términos del mandato proyectado, tanto más que saben la influencia que ejercen sobre el gobierno de Mr. Lloyd George. Sin embargo, el autor del *leading article* del 11 de febrero siente la prematura divulgación del texto del mandato, y

---

(1) Por una convención firmada el 23 de diciembre de 1920, el *Foreign Office* obtuvo del *Quai d'Orsay* una rectificación de la frontera siria que le quitó a Francia un pedazo de terreno de 30 millas de largo por 15 de ancho. Sir H. Samuel, deseoso de anexarse las caídas de agua utilizables para regar, y algunas aldeas, había pedido esta modificación del tratado Picot-Sykes, en beneficio de la Palestina judía, y nuestro gobierno (el francés) se ha apresurado a aceptarlo.

piensa que habría sido preferible no darlo a conocer antes de su ratificación por el Consejo de la Liga de las Naciones.

No es esta sola nube la que viene a obscurecer el cielo azul de la nueva Palestina.

Desde el último otoño, se han formado algunas tempestades que causan verdadera preocupación a los sionistas.

La rivalidad, el antagonismo que se manifiestan Inglaterra y Estados Unidos, tratándose de cuestiones económicas y marítimas, ha tenido repercusión en otro dominio, hasta en las riberas del Jordán. Un artículo publicado con el título «Secession» en el *Jewish Chronicle* (1) nos ha iniciado a los pródromos y al desarrollo del conflicto habido entre los sionistas de Inglaterra y los de América.

Discípulo y continuador de Theodoro Herzl, el Dr. Chaim Weizmann era el jefe de la organización mundial sionista; es él el que había preparado desde larga fecha, con el gobierno británico, tan bien dispuesto en su favor, la creación de este *hogar nacional.* De repente su autoridad es disputada en Nueva York. Les desagrada a los sionistas de América que este hogar sea protegido por la *Union Jack.*

Sin separarse oficialmente de la organización mundial, los sionistas de los Estados Unidos, en el curso de un congreso tenido en Nueva York, han

---

(1) N.º 15 de octubre de 1920.

de haberse juntado en la iglesia latina cristianos y musulmanes, teniendo a su cabeza a los notables y jefes de las comunidades, se dirigieron a la gobernación. El mufti presentó a Stanton pachá una protesta escrita contra la invasión judía y el siguiente telegrama fue enviado a la Conferencia de la Paz: «La decisión de los Aliados de separar la parte sud oeste de la Siria, y de hacer un hogar nacional judío, constituye una mancha negra para la civilización occidental, condena a muerte a una población que vive en este país desde millares de años. Esperábamos de parte de los Aliados una mayor fidelidad a sus compromisos y a sus principios, y mayor benevolencia hacia un pueblo que pide justicia. Confirmamos nuestras reiteradas protestas, y de nuevo levantamos la voz contra los derechos que se les conceda a los sionistas, y a los cuales nos opondremos con todas nuestras fuerzas, y derramaremos hasta la última gota de sangre para defender nuestro sagrado país».

Estas protestas unánimes, a las cuales el estilo oriental da un colorido particular, preocuparon a las autoridades británicas y el brigadier-general Storrs, gobernador de Jerusalén, se dirigió con todo apuro por la vía aérea al Cairo a conferenciar con el mariscal Allenby.

Fue convenido que se les dirigirían buenas palabras a los delegados de las asociaciones islamo cristianas; se les prometía hacer justicia, y se restringiría temporalmente la inmigración judía.

Un personaje inglés, que por casualidad se encontraba en Egipto, iría a proceder, sobre el sitio mismo, a una encuesta sobre la situación política y administrativa de la Palestina.

Desgraciadamente, la persona escogida, sir Herbert Samuel, era más que sospechable de parcialidad. Iraelita y sionista, había sido nombrado Postmaster general en 1910, en el mismo año en que sir Rufus Isaacs llegaba a ser *attorney general.*

Sir Herbert Samuel pasó algunas semanas en Tierra Santa. Se formó muy pronto opinión. Declaró públicamente que el movimiento de oposición al sionismo era solamente superficial, que no tenía raices profundas. No valía la pena de preocuparse seriamente.

Los acontecimientos no han tardado en dar una desmentida a estas afirmaciones.

Apenas sir Herbert Samuel abandonó la Palestina, ya se produjeron los primeros choques. Agentes de policía judíos molestaron en Jerusalén, sin pretexto alguno a los musulmanes venidos de Hebron para las fiestas de Nabi-Moussa. Estos no se dejaron maltratar sin contestar. Resultado: cuatro musulmanes y doce judíos muertos. Las revueltas continuaron al día siguiente. La ley marcial fue proclamada y el ejército británico tuvo que intervenir. Los telegramas visados por la censura calcularon en dos cientos cincuenta el número de víctimas.

A los judíos se les autoriza con facilidad el que posean armas, favor no concedido generalmente a

los musulmanes; pero éstos están en relación con las tribus del Jordán y se procuran con facilidad fusiles, porque los árabes del reino eventualmente destinado al rey de Hedjaz, han sido provistos con liberalidad por los ingleses.

En cuanto a los cristianos, las manifestaciones de Napluse, de Jerusalén y de Jaffa han establecido suficientemente que hacían causa común con los musulmanes.

Recuerdan todo el tiempo el dominio turco, un poco arbitrario a veces, pero generalmente paternal y muy liberal en materia religiosa.

El peligro que los amenaza tiende a provocar una unión estrecha entre los misioneros de los distintos ritos y confesiones.

Un eminente religioso que vive desde largo tiempo en Jerusalén ha publicado en enero de 1920 un estudio muy acertado sobre la cuestión sionista. Ha preconizado la unión entre cristianos de una parte, y también la de cristianos y musulmanes como una «necesidad de salvación», y ha formulado preciosos consejos, de los cuales los judíos de todos los países pueden sacar provecho:

«Los políticos serían más previsores en sujetar los progresos de la inmigración sionista, en lugar de favorecerla, para no tener que debatirse muy pronto con dificultades inextricables en Palestina, donde seis cientos mil cristianos y musulmanes, no admitirán talvez que los extranjeros vengan a mandar. Si en otros países del mundo, en que se despertara el movimiento antisemítico, y donde por la

fuerza de las cosas, los judíos que tienen en otra parte una patria reformada, no podrían llegar a ser considerados como nacionales». (1)

Parece que los Estados cristianos que tenían en Tierra Santa establecimientos religiosos, escuelas, hospitales, orfelinatos, institutos científicos, habrían podido levantar la voz y defender contra la autoridad británica, puesta al servicio del sionismo, los derechos y privilegios que ellos tenían de las Capitulaciones y de las órdenes del Sultán. (2)

La Francia debía a su historia, a sus tradiciones, a la gloriosa memoria de sus Cruzados el hacerse la intérprete de las naciones cristianas y obligar a los Anglo-Sajones a escuchar su voz. Como lo decía Ernesto Psichari, todavía incrédulo, el sentimiento de la patria francesa «nos lleva fatalmente a querer la idea religiosa».

Quitarle la Palestina a los turcos para entregársela a los judíos era una profanación que era necesario declarar intolerable.

En febrero de 1920 un soldado inglés, un soldado francés y un soldado italiano hacían por turno la guardia del Santo Sepulcro. ¿Se podría permitir que muy pronto fuesen relevados de su noble guardia por un soldado judío?

---

(1) *La Documentation Catolique*, 31 de enero 1920, pág. 153

(2) Por una indiscreción de Mr. Max Nordau se ha sabido que en 1916, siendo ministro de guerra Mr. Briand, se dieron los primeros pasos relativos al establecimiento de un Estado judío en Palestina bajo la protección del imperio británico.

Para oponerse al sionismo en vista de la pacificación del próximo oriente, la historia y la razón están en perfecto acuerdo con el sentimiento cristiano.



CAPITULO VIII

LA PALESTINA JUDÍA

La Conferencia de San Remo.—El mandato británico sobre la Palestina.—El «Hogar nacional judío» bajo el alto comisariato de sir Herbert Samuel.—El alto comisario israelita en el Santo Sepulcro.—Protestas y Resistencias.—Una Encuesta del *Morning Post*.—«El Keren Hayesod» Texto probable del Mandato.—Proyectos grandiosos.—Distancia entre Sionistas de Inglaterra y de América.—Primeras desilusiones.

I

Cuando la Conferencia tenida en San Remo fue de opinión de darle a Inglaterra un mandato sobre Palestina, al cual estaba incorporado el establecimiento del «Hogar nacional judío», el gobierno de Mr. Lloyd George se apresuró a instituir en Jerusalén un régimen judío-inglés, bajo la dirección de un alto comisario israelita, provisto de los poderes más amplios.

Sin embargo, la paz con la Turquía, potencia de media soberanía sobre la Siria y de la Palestina, todavía no había sido firmada. El tratado de Sèvres está todavía en suspenso. La naturaleza del Manda-

to no había sido todavía bien definida por la Liga de las Naciones. Las Potencias beneficiadas por las capitulaciones todavía no habían renunciado a sus privilegios seculares. Ninguna de las estipulaciones había sido sometida para la ratificación de las naciones interesadas.

En estas extrañas y completamente anormales condiciones, y con el poderoso patrocinio de nuestros aliados británicos, el sionismo tomó posesión oficial de Tierra Santa.

Las protestas contra su establecimiento por la autoridad militar habían revestido, sin embargo, un carácter grave. En la fiestas de Pascua de Resurrección, una verdadera revuelta había traído el incendio de una sinagoga, y por «casualidad» hubo de doscientos a trescientos entre muertos y heridos.

Las tropas anglo-indias eran bastante numerosas para sofocar una verdadera sublevación de la población indígena.

Cuando el general Allenby hizo su entrada a Jerusalén, había en Palestina al pie de sesenta mil judíos. Se puede avaluar en treinta mil los inmigrantes llegados en 1919 y a diez mil los desembarcados en 1920. Si este número no es más elevado es porque el Estado mayor del sionismo ha pensado que era el máximum de contingente que se podía alojar, alimentar y ocupar.

¿De dónde venía la mayoría de estos israelitas y a que clase pertenecían? Inglaterra y América han

proporcionado los iniciadores y organizadores del régimen. Alemania ha enviado profesores, médicos, ingenieros, abogados, arquitectos, todo un personal, que ninguna consideración mística había decidido su éxodo, pero que esperaba encontrar en Palestina situaciones estables bien remuneradas.

Muy numerosos los judíos llegados de Polonia, pertenecientes a partidos y a grupos diversos. Estos partidos pueden ser caracterizados y clasificados así:

Los «Sionistas ortodoxos» llamados Mizrachic (Orientales) forman una especie de aristocracia, penetrada de la solidaridad internacional de los israelitas; tienen el sentido de la raza y ambicionan el poder mundial.

«La Organización sionista», grupo de judíos de todas categorías sociales, constituye una asociación poderosa que tiene representantes en la Dieta de Varsovia, y persigue a un tiempo la autonomía nacional de los judíos polacos y la fundación del Estado judío de Palestina.

Es este partido el que obtuvo de Lloyd George el envío de una comisión de encuesta británica a Polonia presidida por sir Stuart Samuel y cuyo manifiesto ha sido mostrado en el capítulo consagrado a los «Anglo-Sajones campeones de Israel».

El aporte popular está representado principalmente por los «trabajadores de Sión» (*Poale Sion*) socialistas adherentes a la tercera Internacional de Moscow, que preconizan el establecimiento en Je-

rusalén de una república comunista judía, dispuesta a prescindir de todos los monumentos y vestigios del cristianismo y del islamismo.

En fin, pequeños grupos de miserables o de místicos llegados de Marruecos, del Africa del Sur, se han dirigido también hacia las riberas de la Tierra prometida.

La casi totalidad de estos inmigrantes han pasado por las escuelas judías y han bebido los principios del nacionalismo y de la moral judía. Mr. Mauricio Fernot, en un estudio reciente sobre Polonia, nos da algunos datos de lo que se les enseña en las escuelas primarias (*cheders*).

«En el Talmud los niños no encuentran sola-
« mente un dogma y una doctrina teológica, sino
« también una moral y una política, un método de
« pensar y una regla de vida.
· Ecuchad lo que dice el Talmud:

«Si alguna vez debes ir a la guerra,
«Trata de ir el último
«Y de volver el primero».

Y dice todavía:
«Un judío que hace que la plata de un judío
«Pase a manos de un *goym* (cristiano),
«Merece ser castigado de muerte».

«La plata para el judío es una cosa sagrada, re-
« ligiosa. La ley para él es la ley judía, las leyes
« cristianas no pueden obligarlo. Por esto el Tal-

« mud no prohibe al judío ni el robo, ni la delación,
« ni la traición, si las ejerce en desmedro de un
« cristiano (1)».

Estas son las ideas morales de que están penetrados la mayoría de los israelitas importados a Tierra Santa, que pretenden dominar, y enseguida sumergir a las antiguas poblaciones islámicas y cristianas que vivían tranquilas y pacíficas desde muchos siglos.

II

El nombramiento de sir Herbert Samuel para el cargo de alto comisario consagraba el nacimiento de la Palestina judía. Provocó la alegría en todos los grupos israelitas. Sin duda que muchos hebreos, especialmente aquellos que gozan de mucho bienestar y de gran situación financiera en las capitales del viejo y del nuevo mundo, no tenían ningún deseo de abandonar los países donde habían hecho fortuna para irse a establecer en las riberas del Jordán; pero el orgullo de la raza estaba singularmente exaltado por la perspectiva de ver flotar triunfalmente en Jerusalén la bandera de Israel.

La guerra mundial que dejaba a tantos Estados debilitados y arruinados había abierto para el pueblo judío una éra de victorias y de desquites y la vuelta a la tierra prometida era el triunfo más

(1) *Revista des Deux Mondes*, 1.º noviembre de 1920, págs. 178 y 179.

brillante. El camino estaba preparado desde largo tiempo. Desde 1914 la asociaciones, los grupos, los comités sionistas se habían multiplicado y desarrollado. El anuncio de los judíos de Inglaterra, el *Jewish Year Book* de 1920, contiene datos precisos a este respecto.

Solamente en Londres funcionan más de treinta sociedades sionistas en relación con una cantidad de comités locales con las distintas ciudades de Inglaterra, Escocia e Irlanda y con las colonias y dominios.

Estas sociedades con sucursales y organismos distintos, clubs literarios o esportivos, sinagogas, logias masónicas, obras filantrópicas, todas se relacionan con la Federación que preside el doctor Weizmann, el gran pontífice del sionismo.

Un importante utilaje financiero corresponde a esta cruzada religiosa judía. Los grandes banqueros se han mostrado generosos, sobre todo los de Nueva York; y para facilitar la colonización de la Tierra Santa se han instituído sociedades de crédito: La *Anglo-Levantine Bancking C.º*, la *Anglo Palestine C.º*, la *Palestine Land Development C.º*, el *Jewish Colonial Trust*, la *Maccabean Land* y el *Jewish national Fund.*

Estas sociedades tienen por objeto hacer préstamos a los israelitas a muy pequeño interés, compran tierras y las valorizan.

Antes de navegar hacia el Oriente sir Herbert Samuel, se dirigió a Roma y pidió una audiencia

al Soberano Pontífice, que no podía serle rehusada a un alto funcionario inglés. ¿Sería esta audiencia solicitada para engañar a los católicos y hacerles creer que el sionismo no lastimaría su fe y sus intereses religiosos? Es lo probable. En todo caso, esta visita al Papa pasó casi inadvertida.

Un buque de guerra inglés fue puesto a disposición de sir Herbert Samuel para transportarlo a Jaffa. Una salva de diez y siete cañonazos saludó desde tierra y el alto comisario tomó posesión de su gobierno.

Un corresponsal sionista del *Daily Mail* telegrafió a su diario: «Cuando sir Herbert Samuel llegó a Jerusalén, veinte mil judíos, cristianos y musulmanes llenaban las calles para aclamarlo, y la bandera de la *Union Jack* flotaba sobre el monte de los Olivos».

Un testigo de esta entrada solemne en la capital del reino, me escribe para hacerme saber como han pasado las cosas, y en narración, que trascribo sencillamente, da una versión del acontecimiento, notablemente distinta de la precedente y sin duda completamente verídica:

«El 30 de junio desde la una de la tarde los sol-
« dados ingleses con bayoneta calada llenaban las
« calles. A las 2 y media entra a la estación una
« locomotora que precedía doscientos metros al tren
« especial que traía al alto comisario británico. Ca-
« si nadie había sido prevenido de la hora de lle-
« gada.

«He aquí la composición del cortejo: cuatro ame-
« tralladoras blindadas rodeando el coche en que
« toma asiento sir Herbert; en seguida vienen dos
« camiones automóviles, que ocupan soldados con
« trajes de campaña, el dedo puesto en el gatillo
« del fusil. Entre dos hileras de bayonetas, en un
« silencio de muerte, el cortejo se dirige al monte
« de los Olivos. Aviones vuelan por el cielo, como
« durante la semana sangrienta de Pascua.

«En cuanto el alto comisario llega al monte Sco-
« pus, una batería procede a disparar una salva. La
« bandera inglesa flota sobre el hospicio de San
« Paulo, residencia del gobernador, y sobre el sa-
« natorio alemán que va a ser el palacio del nuevo
« Soberano».

Sir Herbert no estuvo muy tranquilo respecto de la adhesión de los Palestinos a su persona; pero podía contar con el concurso más completo de la autoridad militar, porque él encontraba como Gobernador de Jerusalén al antiguo Brigadier general R. Storrs, que desde el principio de la ocupación se había hecho protector y agente de los sonistas.

El 7 de julio, delante de un areópago compuesto de judíos, musulmanes y cristianos (las dos últimas categorías como convidados de favor), el alto comisario dió lectura solemne a un mensaje del rey Jorge anunciando «la decisión de la Inglaterra y de los Estados aliados, de crear en Palestina un hogar nacional judío». ¿Hasta que punto los Estados aliados se han asociado a esta decisión de la Ingla-

terra? Es un punto misterioso todavía y ni en Francia, ni en Italia, ni en Bélgica, se ha encontrado un diputado para hacer sobre este punto una pregunta indiscreta al Parlamento de su país y exigir una respuesta precisa (1).

La lectura del mensaje causó en Palestina una profunda emoción, a pesar que no revelaba nada de nuevo, pero consagraba el orden de cosas establecido.

Para manifestar que su bondad igualaba su poder, indultó a algunos pobres musulmanes, encarcelados desde la revuelta de Pascua, pero indultó también a un israelita llamado Jabotinsky. Este había ser-

(1) Mr. Lenail, en la sesión de la Cámara del 16 de marzo de 1921, consagrada a las interpelaciones sobre la Conferencia de Londres, habló de las condiciones de la ocupación de la Siria y de la Cilicia e hizo alusión a la Palestina. Acusó a los ingleses «de haber echado (con el consentimiento del Gobierno francés), su red sobre Jerusalén, incomparable metrópoli del pensamiento religioso del mundo», para instalar a los judíos de habla alemana.

El Presidente del Consejo, Mr. Briand, se limitó a contestar que la «cosa estaba hecha» El asunto había sido arreglado con nuestros amigos británicos. Sin duda se pueden entablar conversaciones amistosas, pero «ellas no deben hacer la impresión, del otro lado del agua, que nosotros no tenemos el menor pesamiento de volver atrás sobre lo que ha sido decidido y firmado».

Estas son las explicaciones con que la Cámara de Diputados debió contentarse. En el Senado el 5 y 6 de abril cuando la discusión del presupuesto, los señores de Lamarzelle, Gaudin de Villaine y Dominique Delahaye protestaron contra el abandono de nuestros derechos y de nuestros privilegios en Tierra Santa.

El Presidente del Consejo declaró simplemente que la Francia estaba ligada por compromisos, pero no dió ningún dato preciso.

vido como oficial en el destacamento judío del ejército de Allenby; su indisciplina, sus actos de crueldad, sus pillajes, lo habían llevado a un consejo de guerra, que lo condenó a quince años de detención. La clemencia de sir Herbert iba a permitirle volver a las andadas y llegar a ser uno de los jefes de la Nueva Palestina.

Para celebrar dignamente la toma de posesión de Jerusalén, los israelitas de Londres organizaron un gran mitin, que presidió Lord Rothschild, asistido del Dr. Weizmann y del judío alemán Max Nordau.

Mr. Arthur Balfour, que merecía un lugar especial en esta manifestación, fue aclamado. Sin duda que él tenía derecho a la gratitud y las felicitaciones de la asistencia.

Los bravos entusiastas debieron envanecer un poco al sobrino y heredero político del marqués de Salisbury; porque en el curso de la alocución que pronunció, después de haberse declarado «sionista convencido desde largo tiempo», expresó la idea que si la guerra mundial había engendrado grandes males contaba al menos en su activo una feliz consecuencia: *el restablecimiento del «hogar» del pueblo judío.* Un poco más y dice que esto podía consolarnos de aquello!

Parece, pues, que el campo está abierto a todas las ambiciones de Israel. Sobre la célula de la Palestina deben borrarse todas las otras células que permitirán a la raza antes maldita y perseguida

edificar su poder y ejercer su dominio universal; pero para esto es necesario que la célula madre sea modelo digno de admiración.

Sir Herbert Samuel cuidará que esto sea así. El decide que conforme a las prescripciones de la ley judía, el sábado sea día feriado; se han propuesto medidas para mejorar la tierra cultivada, y para operar la repartición entre los judíos de las tierras compradas por el gobierno, se ha instituído una comisión de antigüedades; se hacen estudios en vista del desarrollo del puerto de Caïffa, y de la traída de aguas que permitan la irrigación de tierras incultas; se estudia la construcción de grandes escuelas y sinagogas, y los diarios anglo-judíos anuncian la apertura de concursos de arquitectura para que estos monumentos sean dignos del sionismo. Antes se había hecho gran bulla a propósito de haber sido botado un barco de pesca, construído en astilleros judíos y debiendo ser dotado de equipaje judío. (1) Era el embrión de la futura flota mercante sionista.

Los fondos afluyen de América y de Inglaterra. Sin duda que desde el punto de vista político y administrativo, la Nueva Palestina no corresponde al ideal democrático definido en el pacto de la Liga de las Naciones. Municipalidades, Cámaras de Comercio, han sido disueltas o rehechas por *úkases*

---

(1) El barco naufragó después de haber navegado algunos meses.

del alto comisario, para hacer predominar el elemento israelita. Pero, ¿no era esto necesario para el interés común? Verdaderamente no se le puede pedir al Gobierno sionista la aplicación del sufragio universal en Palestina, cuando en su población no hay todavía cien mil judíos, contra seiscientos mil musulmanes y cristianos. Hay tiempo para realizar esta feliz reforma cuando la proporción se haya dado vuelta.

El 24 de julio el *Príncipe de Israel* fue a hacer sus devociones con gran pompa a la sinagoga de Achkenazim.

Atravesó las callejuelas del barrio judío; el suelo estaba cubierto de tapices y lleno de flores; prolongadas aclamaciones saludaban el paso del cortejo. Fue para los hebreos una hora verdaderamente inolvidable.

La víspera, sir Herbert Samuel había ido a visitar el Santo Sepulcro, y cosa extraña, esta visita tuvo también un aire de fiesta. El clero griego, desorientado y empobrecido, desde que no recibe de Rusia instrucciones y subsidios, parece haber tomado el partido de la conquista de los Santos Lugares por los Anglo-judíos. El patriarca ortodoxo Mr. Damianos había hecho decorar e iluminar la basílica en honor del ilustre visitante, que desfiló entre los frailes griegos y armenios, que llevaban cirios.

Agregaré, sin embargo, que a pesar de la invitación que le fue hecha, el alto comisario estimó

más conveniente no penetrar a la tumba Santa y no subir el Calvario. En el seno del Sínodo y de la comunidad griega, la actitud de Mr. Damianos fue duramente censurada y provocó numerosas protestas.

Si entre los judíos importados y teñidos de bolcheviquismo hay algunos que desean la destrucción de las iglesias y la desaparición de los vestigios del cristianismo, sir Herbert y su Estado Mayor no los aprueban, se declaran dispuestos a facilitar los peregrinajes de los católicos y de los protestantes, así como los viajes de los turista. Es necesario no olvidar que, antes de la guerra, muchos israelitas vivían del comercio que hacían de objetos de piedad. La vuelta de estos peregrinajes y su multiplicación favorecerían su industria; el dinero de los cristianos y de los *globe trotters* (turistas) constituiría una ayuda útil al presupuesto del reino de Israel, y podría contribuír a edificar nuevas sinagogas y reconstruír el templo de Salomón.

III

Durante los primeros meses de la experiencia sionista, ni la opinión pública, ni la prensa, tanto en Francia como en Inglaterra, pareció preocuparse.

Se podría decir que una sombra misteriosa envolvía a la Tierra Santa y que nadie estaba en situación de averiguar lo que pasaba desde que los ingleses la ocupaban. Los solos visitantes de Jerusalén eran algunos oficiales ingleses y franceses,

que venían de Egipto o de Siria, con un corto permiso, para hacer un piadoso peregrinaje en el país en que nació y murió el Salvador. La autoridad británica no concedía permiso de estada sino a las personas supuestas poco curiosas y en absoluto dispuestas a estudiar el nuevo régimen en vías de establecerse. En los centros diplomáticos, en París o en Londres, si se dirigía alguna pregunta relativa al sionismo a alguno de los principales autores del tratado de paz, a Mr. Lloyd George, a Mr. Balfour, a Lord Reading, al embajador Morgenthau, recibía siempre una respuesta dilatoria. Se sentía que uno golpeaba a una puerta deliberadamente cerrada y sólidamente trancada.

Al fin se concluyó por tener algunos datos sobre lo que se perpetraba detrás de la puerta.

Registrando los diarios anglo-judíos, y algunas correspondencias de Palestina, se llegó a conocer los principales proyectos, los pedidos de fondos, los preparativos de ejecución y de organizaciones sionistas. Se conocieron los abusos, los actos arbitrarios, las denegaciones de justicia emanadas de la administración militar y del alto comisariado.

En el mes de mayo de 1920 S. Em. el Cardenal Dubois dio en Rouen una conferencia sobre la Francia en Oriente; haciendo un llamado a los recuerdos de su misión, mostró los peligros de la aventura perseguida por los ingleses en Palestina e indicó hasta qué punto el sionismo era contrario al derecho y a los deseos de la población indígena.

En Inglaterra y en los Estados Unidos la publicación de los «Protocolos» despertó la atención pública e hizo comprender en algunos centros la realidad del peligro judío, que la conquista de Palestina caracterizaba en uno de sus aspectos.

En un Congreso nacional católico el Cardenal Bourne, Arzobispo de Wetsminster, no titubeó en condenar el principio sionista y anatematizar las ideas subversivas de los invasores de Tierra Santa.

Un sabio americano, el profesor Clay, de la Universidad de Yale, que atravesó la Palestina de vuelta de una exploración arqueológica en Oriente, no se manifestó menos severo que el Cardenal para el sistema que había visto puesto en obra.

El obispo anglicano de Jerusalén, el doctor Mac Innes, aunque funcionario británico, no temió, en el curso de una conferencia dada en Londres, criticar amargamente los actos y la política de las autoridades palestinas. Afirmó que los sionistas se habían hecho odiósos a los antiguos habitantes del país, judíos inclusive; que los inmigrados rusos, polacos y rumanos tenían sentimientos bolcheviquistas; en fin, que no se podía admitir la expropiación y la expulsión de la población indígena. La esclavitud hacia la cual se encaminaba, sería mucho más dura que la autocracia de los turcos.

El prestigio británico, decía el prelado, ha decaído fuertemente por el hecho de aplicar el sistema sionista.

No atreviéndose a atacar directamente a sir H.

Samuel, el Dr. Mac-Innes incrimina a sus subordinados, que el estima capaces de sobrepasar y desnaturalizar sus instrucciones.

Estas declaraciones y protestas fueron citadas o resumidas en algunos diarios franceses e ingleses.

En Roma, donde las cuestiones relacionadas con los tratados internacionales son siempre examinados con una gran reserva, el *Osservatore Romano* en sus números de 9 y 15 de octubre de 1920 y 25 de febrero de 1921, ha expuesto con gran moderación, pero también con una perfecta nitidez, el estado presente de la Palestina judía, las aspiraciones de sus dirigentes, los principios de su política agraria (los terrenos asignados a la colonización judía serán propiedad de la comunidad, la administración será confiada a un consejo local; sólo los judíos serán ocupados en la labranza, el fin final que hay que alcanzar es la colonización judía de la totalidad de la Tierra Santa).

El órgano oficioso de la Santa Sede deplora la proscripción de la lengua francesa, símbolo y precioso vestigio del papel cristiano y civilizador de la Francia en Oriente, y termina sus observaciones protestando contra el proyecto de sir Herber Samuel de crear en Jerusalén establecimientos de lujo, preparados para los turistas con variadas atracciones para sus futuros clientes.

En un libro recientemente publicado, *The New Jerusalem,* el gran escritor.Chesterton ha transcrito

las impresiones que él trajo de una corta visita a los Santas Lugares.

Se ha dedicado principalmente a evocar los gloriosos recuerdos de las cruzadas. El *ghetto* cuyo establecimiento se persigue, se le figura una concepción de la edad media, que no podría ser permitido si la Palestina estuviera bajo la media soberanía *(suzeraineté)* de un Estado cristiano.

IV

El *Morning Post,* que había revelado al público británico las causas del malestar mundial estudiando «Los Protocolos», quiso dar a conocer a sus lectores la verdadera situación de Tierra Santa bajo el proconsulado de sir Herbert Samuel. Uno de sus colaboradores fue enviado a Palestina, donde pasó parte del otoño.

En Jafa, en Caiffa, en Jerusalén, en ciudades y aldeas, procedió a hacer leales investigaciones.

Interrogó a los jefes de comunidades religiosas, a propietarios, obreros, aldeanos, comerciantes de todas las razas y de todas las religiones, y sus correspondencias forman una recapitulación metódica y de la más entera buena fe.

El redactor del *Morning Post,* después de numerosas conversaciones con antiguos habitantes judíos y árabes, ha llegado a la certeza de que bajo el dominio turco la religión judía no fue jamás perseguida, ni molestado su culto.

Un rabino podía pedir un agente de policía, si tenía necesidad de su ayuda en el ejercicio de su ministerio. Las primeras manifestaciones de intolerancia religiosa en Palestina son debidas a la autoridad inglesa. Hoy día es un judío el que escoge los jueces de los tribunales musulmanes.

Desde el punto de vista económico, el comercio con la Siria está paralizado por las formalidades administrativas, sanitarias y aduaneras.

Se necesitan diez días para obtener un permiso para Beyrouth; pero todo este formalismo impuesto a los indíginas no existe para los sionistas.

Un residente británico que vive desde largo tiempo en Jaffa, ha declarado que los árabes tenían cien veces razón de odiar a los sionistas. Estos dan muestras de «una salvaje intolerancia y arrogancia al tratar a los indígenas» (1), y si ellos son cristianos o musulmanes, les manifiestan mayor odio político que religioso.

Los antiguos judíos del país tampoco simpatizan con los sionistas; los soportan y muchos entre los jóvenes abandonan la Palestina, imitando en esto a los árabes.

Sir Herbert Samuel gobierna como monarca absoluto; no tiene cerca de él más que un Consejo consultor, compuesto de once funcionarios y de diez miembros que no lo sean y que lo reune cuando mejor le parece.

---

(1) El *Morning Post,* 3 de noviembre de 1920.

Jefes de servicio nombrados por él dirigen las finanzas, la política, la justicia, los trabajos, la instrucción pública. Ha sido entendido que Inglaterra mantendría las fuerzas de ocupación, pero que ésta sería su única contribución al presupuesto de la Palestina. Esto descontenta a los más ardientes sionistas, que soñaban con trabajos gigantescos, que costaran centenas de millones y que fuesen propicios para ganarse sumas fabulosas. Los grandes proyectos han debido ser aplazados por falta de crédito, y la popularidad del «Príncipe de Israel» comienza a sufrir. Por fin, la Palestina no es el Edén tan ponderado a los judíos pordioseros de la Ukrania y de Polonia.

Se necesitaría de capitales enormes para hacer sus puertos accesibles a los navíos y dotarlos de los útiles necesarios, para regar algunas miles de hectáreas que son susceptibles de cultivo; y los puertos aún así equipados estarían desprovistos de *hinterland* industrial. Al decir del *Morning Post*, y esta es la opinión de quien conozca el país, la Palestina no es una tierra prometida sino en comparación de los desiertos de la Arabia y del Sinaí. Los peregrinos y los turistas constituyen su más fructífera entrada. Con este fin Mr. Grunberg, que construye el ferrocarril de Rusia, donde hizo fortuna, se dirigió a Jerusalén, dispuesto a edificar seiscientas casas.

La conclusión de la encuesta del gran diario de Londres, reproducida sin comentarios por *Jewish*

Guardian (1), es que, si el sionismo hubiese consistido en facilitar a los judíos, deseosos de dirigirse a Palestina, como en tiempo de los turcos, los medios de establecerse y de ganar su vida, la cosa habría sido razonable y admisible. Pero permitir al sionismo gobernar el territorio, constituír «su Estado», sería «el asesinato de los derechos nacionales de otros pueblos y una etapa hacia el abismo» (2).

Poniéndose en el punto de vista religioso, Ives de la Brière, después de haber evocado la felicidad que sintió cuando entró en Jerusalén el ejército aliado, él que antes había traducido las angustias de los católicos, al pensamiento de la instauración del reino judío en Tierra Santa: «Hay un colmo de ironía al mismo tiempo que una insolente paradoja en esta extraña salida de la última cruzada: final que se contará entre las más grandes desilusiones de la paz» (3).

La opinión pública inglesa ha sido ciertamente aclarada en cierto modo por la encuesta del *Morning Post*, y en los centros parlamentarios la cuestión del sionismo es ahora planteada y discutida.

Los cuantiosos dineros recogidos por las asociaciones judías comienzan a agotarse, y se ha juzgado indispensable reunir nuevos capitales y hacer un llamado a la solidaridad de la raza judía.

---

(1) Número del 19 de noviembre de 1920.

(2) *A wicked trespass on the national rights of other people and a step pregnant with disaster.*

(3) *Les Etudes*, livraison del 5 al 20 de junio de 1920.

Se ha instituído una fundación general *Keren Hayesod* (el tesoro del Gobierno Palestino). Su oficina está en Londres, 75, Great Russell street, y yo poseo el texto del boletín del primer número, escrito en alemán, fechado el 11 de enero de 1921; contiene un solemne manifiesto dirigido a la asamblea del pueblo judío y que se puede resumir así: Primero se explica hasta que punto es importante asegurarle la vida al «hogar nacional». Al lado del *Keren Hayesod,* caja financiera de la Palestina, se ha creado un Consejo económico, compuesto de hombres eminentes y teniendo una situación adquirida en las finanzas y en el mundo de los negocios. El trabajo que hacer es inmenso. En el Este de la Europa es necesario luchar para resistir sangrientos ataques y no tenemos más que una mano libre; la otra está armada para construír nuestro hogar nacional.

El plan del *Keren Hayesod* comprende todos los trabajos necesarios para darle valor a la Palestina. Este territorio puede recibir millones de hombres. Millares están ya a sus puertas. Si se les procura un trabajo productivo, llegarán en masas compactas.

La ayuda y el concurso muy especial que se os pide, de revestir la forma de un impuesto pesado, sistemático, continuado, impuesto personal, sobre el modelo de la noble cotribución judía la «Maaser». Nuestro llamado no tiene sanción ejecutiva, se dirige a la conciencia judía. Ningún judío dig-

no de este nombre se atreverá a sustraerse de este deber. Si los fieles faltasen a su deber, serían ellos los que cerrarían las puertas de Palestina.

Este apurado manifiesto está acompañado de varias comunicaciones de orden práctico y trae diez firmas, entre las cuales la del Dr. Chaim Weizmann, Nahum Sokolow, Lord Rothschild, sir Alfred Mond y de Wladimir Jabotinsky.

La cuestión financiera es, pues, la que parece preocupar más a los jefes del sionismo. El Gobierno británico tiene cargas de presupuesto que no le permiten consentir en nuevos gastos en favor de Palestina. Varios miembros del Parlamento estiman que el mantenimiento del ejército de ocupación cuesta muy caro: 7 millones de libras esterlinas, o sea más de 400 millones de nuestra moneda (de Francia). Ellos van a proponer reducciones de créditos, y como consecuencia de efectivos, lo que sería grave, porque sólo las tropas impiden un levantamiento de indígenas.

La cuestión del mandato es también muy delicada. El Dr. Weizmann querría obtener de Inglaterra una especie de sub-constitución, por la cual el sionismo, disponiendo de completa autonomía organizaría a su gusto no un *Commonwealth* de judíos, sino un *Commonwealth* judío (1). En cuanto al alto comisario, los sionistas extremistas querrían no fuese nombrado por el Gobierno británico. Ad-

---

(1) *The Jewish World,* 27 de octubre de 1920.

mitirían a lo más que fuese escogido entre tres nombres presentados por las asociaciones judías.

La Sociedad de las Naciones no ha definido todavía oficialmente el mandato que debe recibir Inglaterra; pero una indiscreción ha permitido al *Jewish Chronicle* publicar al principio de febrero de 1921 el texto elaborado por la delegación británica en Ginebra; texto que tiene muchas probabilidades de ser aceptado por la Liga sin grandes modificaciones.

Estas son las disposiciones esenciales:

Este proyecto de mandato tiene 27 artículos, se apoya sobre la famosa declaración Balfour y sobre los artículos 95 y 132 del tratado Sèvres, siempre en suspenso.

La Inglaterra, potencia mandataria, ejerce los poderes de un Estado soberano. Tiene la responsabilidad del establecimiento de un hogar nacional judío, pero debe salvaguardiar los derechos civiles y religiosos de los habitantes de la Palestina de todas las razas y religiones.

Una agencia judía será calificada para cooperar, con la administración palestina, para todo lo que interese a su hogar nacional, así como para el desarrollo social y económico del país. Esta agencia será la organización sionista.

La administración de la Palestina facilitará y ayudará la inmigración judía su instalación en el territorio y concederá derechos de ciudadanos a los

judíos que tomen residencia permanentemente en Palestina.

Las inmunidades y privilegios de los extranjeros, comprendidos los derechos de jurisdicción y de protección acordados en el imperio otomano por las capitulaciones y los usos: «están definitivamente abrogadas». Sin embargo, la administración de la Palestina tomará las medidas necesarias para proteger los intereses de los extranjeros y de ciertas fundaciones. Los *wakfs* (1) especialmente serán dirigidos y controlados conforme a la ley religiosa y a las intenciones de sus fundadores.

Un sistema agrario apropiado a las necesidades del país será establecido; la administración se entenderá con la agencia judía para la organización de los trabajos públicos.

El poder mandatario ejercerá el control de las relaciones exteriores de la Palestina y acordará el *exequatur* a los cónsules extranjeros. Permitirá el libre acceso a los Santos Lugares y el ejercicio de los cultos. Cada comunidad religiosa podrá mantener escuelas, pero deberá conformarse con las instrucciones generales sobre la educación impuestas por la administración.

La administración podrá organizar sobre la base de contratos voluntarios, las fuerzas necesarias para el mantenimiento del orden y la defensa del país; el poder mandatario se reserva utilizar puer-

(1) Fundaciones piadosas de los musulmanes.

tos, caminos, ferrocarriles, para el transporte de sus tropas.

Con el consentimiento del poder mandatario, la administración podrá establecer impuestos y los derechos de aduana que juzgue necesarios.

El inglés, el hebreo y el árabe serán las lenguas oficiales.

Toda mala inteligencia que pueda suscitarse entre los miembros de la Liga de las Naciones, tratándose de la interpretación o de la aplicación del mandato, será sometido a la Corte permanente de justicia de esta Liga.

Basta leer con alguna atención este programa para comprender cómo serán sacrificados los derechos y los intereses de los estados cristianos y especialmente los de Francia, si un semejante estatuto es definitivamente impuesto a la Palestina. Será el fin de nuestras escuelas y de nuestras obras de ayuda y de nuestras fundaciones hospitalarias en Jerusalén. ¿Es verdaderamente posible que las naciones cristianas acepten semejante decaimiento y que la Francia, que gozaba en oriente de un prestigio tan fecundo y brillante, no se revele contra las pretensiones anglo-judías? ¿El virus semítico la ha contaminado a ella también, y soporta al mismo grado que los anglo-sajones el reino judío?

En este proyecto de mandato los árabes obtienen

al menos algunas garantías. Se respetan sus privilegios religiosos; los bienes *wakfs* están dirigidos por las autoridades religiosas musulmanas.

Por lo que toca a los católicos, están tratados como parias; sus escuelas estarán subordinadas a la administración judía y sus obras, aplastadas por los impuestos, estarán condenadas a una muerte más o menos rápida (1).

A pesar de todo, los judíos extremistas no se declaran satisfechos de una situación que los somete al control del Gobierno británico, aunque este control sea más nominal que real y muy benévolo. El *Jewish Chronicle* no disimulaba su desengaño. Quería una Palestina judía y que gozase de una entera independencia. El *Jewish Guardian* no formula reservas. Los judíos ingleses que lo dirijen, pretenden quedarse ciudadanos británicos; a pesar que están reconstituyendo la nación judía, se avienen muy bien a los términos del mandato proyectado, tanto más que saben la influencia que ejercen sobre el gobierno de Mr. Lloyd George. Sin embargo, el autor del *leading article* del 11 de febrero siente la prematùra divulgación del texto del mandato, y

---

(1) Por una convención firmada el 23 de diciembre de 1920, el *Foreign Office* obtuvo del *Quai d'Orsay* una rectificación de la frontera siria que le quitó a Francia un pedazo de terreno de 30 millas de largo por 15 de ancho. Sir H. Samuel, deseoso de anexarse las caídas de agua utilizables para regar, y algunas aldeas, había pedido esta modificación del tratado Picot-Sykes, en beneficio de la Palestina judía, y nuestro gobierno (el francés) se ha apresurado a aceptarlo.

piensa que habría sido preferible no darlo a conocer antes de su ratificación por el Consejo de la Liga de las Naciones.

No es esta sola nube la que viene a obscurecer el cielo azul de la nueva Palestina.

Desde el último otoño, se han formado algunas tempestades que causan verdadera preocupación a los sionistas.

La rivalidad, el antagonismo que se manifiestan Inglaterra y Estados Unidos, tratándose de cuestiones económicas y marítimas, ha tenido repercusión en otro dominio, hasta en las riberas del Jordán. Un artículo publicado con el título «Secession» en el *Jewish Chronicle* (1) nos ha iniciado a los pródromos y al desarrollo del conflicto habido entre los sionistas de Inglaterra y los de América.

Discípulo y continuador de Theodoro Herzl, el Dr. Chaim Weizmann era el jefe de la organización mundial sionista; es él el que había preparado desde larga fecha, con el gobierno británico, tan bien dispuesto en su favor, la creación de este *hogar nacional*. De repente su autoridad es disputada en Nueva York. Les desagrada a los sionistas de América que este hogar sea protegido por la *Union Jack*.

Sin separarse oficialmente de la organización mundial, los sionistas de los Estados Unidos, en el curso de un congreso tenido en Nueva York, han

(1) N.º 15 de octubre de 1920.

decidido, para el porvenir, hacer banda aparte, seguir una política especial en Tierra Santa y no reconocer más jefe que al juez Brandeis. Esta ruptura entristece mucho a los diarios anglo-judíos, porque las subvenciones más fuertes dadas a las asociaciones y obras sionistas venían de América; y aún algunos recriminan al Dr. Weizmann, haber manejado con lijereza, por su propia autoridad, ciertas negociaciones sin conformarse a los estatutos del sionismo.

Una correspondencia del *Mokattam*, diario árabe que se publica en el Cairo (1), manifiesta que estos fermentos de discordia han ya ocasionado incidentes violentos en Palestina.

La organización sionista americana de Jaffa, que había dado 50,000 libras a los inmigrantes de esta ciudad, súbitamente cesó de distribuír socorros. Los descontentos se dirigieron entonces a la oficina de esta organización y se entregaron a una tumultuosa manifestación, quebrando ventanas y puertas a pedradas y pidiendo su repatriación inmediata... En seguida han lanzado llamados en inglés, en ruso, en hebreo, dirigidos a los palestinos diciéndoles que ellos son amigos de los árabes. Algunos de ellos atacaron la casa de Mr. Donikoff y cometieron depredaciones en *Tel-Aviv*...

Todo esto explica el manifiesto a favor del *Keren*

---

(1) Correspondencia reproducida en el *Journal du Caire* de 15 de octubre de 1920.

Hayesod. Los caballos se disputan ante las pesebreras vacías. Se han hecho esfuerzos desesperados para calmar y persuadir a los americanos y establecer la unidad de miras y la disciplina en el sionismo. Las circunstancias han sido juzgadas graves, porque Mr. James de Rothschild en persona ha atravesado el Atlántico para ir a conversar con el juez Brandeis y Mr. Mack, los dos principales corifeos del sionismo en los Estados Unidos.

En esta misma época el condottiere Jabotinsky, cuyo nombre está vecino al de Rothschild en el manifiesto a favor del *Keren Hayesod*, se dirigió a Alemania para arengar a las comunidades israelitas y reunir fondos.

Desde el punto de vista diplomático parece que sus discursos dejaron que desear: esta es también la opinión del *Jewish Guardian*. Hablando en Berlín ante un numeroso y simpático auditorio, Mr. Jabotinsky dio a entender que Inglaterra no sería siempre el poder protector de la Palestina. Para él, la Asociación sionista alemana era la mejor organizada del mundo; le pertenecía, pues, hacer cabeza en el movimiento... Esta halagadora invitación no dejó de ofuscar a los judíos de Londres, que pretenden ser sionistas y ser ciudadanos ingleses.

Se producen también otros disgustos. Uno de los miembros más en vista del Comité de las delegaciones judías, Mr. Henry Sliosberg, ha enviado su renuncia al presidente de la delegación rusa, Mr. Sokolow. Ha querido protestar de esta manera con-

tra las pretensiones del Comité, que va a representar en la Liga de las naciones el conjunto de catorce millones de judíos que forman el pueblo de Israel. Afirma que su manera de pensar es compartida por una fracción considerable de judíos de América, de la Europa oriental y aun por sionistas establecidos en Palestina.

La Agencia Reuter dice, con fecha 22 de febrero de 1921, que el diario hebreo *Kuntress* fue suspendido por un mes, por la publicación de un artículo difamatorio sobre el gobernador del distrito de Jerusalén, y el mismo día el redactor en jefe del diario árabe *Al Kassa* fue condenado a un mes de prisión por haber hecho alusión al odio de los árabes contra los judíos (1).

La paz y la concordia no parece, pues, que reinan en todas partes, entre los sectarios de Jehovah ni entre sus súbditos.

En el mes de diciembre último, un personaje importante, de quien ya he hablado, se dirigió a Londres: el antiguo brigadier general Ronald Storrs, desde hace tres años, Gobernador de Jerusalén. ¿Sería él llamado al *Foreign Office* para dar datos sobre el estado actual de la Palestina, antes que fuesen definitivamente acordados los términos del famoso mandato de la Liga de las Naciones, que confería a Inglaterra la protección de la Tierra Santa? Es lo probable.

---

(1) *The Morning Post* de 5 de marzo de 1921.

Un almuerzo fue dado en su honor en el Club de Outre-Mer (ultramar), bajo la presidencia de Mr. Cecil Harmsworth, miembro del parlamento.

Entre los invitados, el cardenal Bourne y el emir Faiçal se excusaron. Lord Northcliffe, enfermo, envió una carta, deseando la bienvenida al Gobernador de Jerusalén, no haciendo más que una discreta alusión al «hogar nacional judío».

Mr. R. Storrs se mostró todavía más reservado en la contestación al brindis del presidente del banquete.

Habló de sus obligaciones administrativas, de la guerra que había declarado a los negocios de bebidas, los progresos de la higiene en los barrios populosos, de su preocupación de respetar y de salvaguardiar los monumentos de la Ciudad Santa y todo lo que se relaciona con su historia y su hermosura. A unos ingenieros que pedían una concesión de tranvías, el servicio de Belén y el monte de los Olivos, Mr. Storrs había contestado noblemente: «Antes de poner vuestro primer riel pasaréis sobre el cadáver del Gobernador».

En otra frase de efecto evocó el recuerdo de *Poncio Pilatos*, su «célebre predecesor».

¿Se podrá deducir de lo dicho que Mr. Storrs, hábil funcionario se lava ya las manos y no quiere asumir las responsabilidades en los futuros destinos de Jerusalén?

El conjunto de hechos recientemente observados y las opiniones recogidas demuestran que el pro-

blema de la Palestina no está definitivamente resuelto. Contiene muchas incógnitas y puede guardarnos muchas sorpresas.

Por esto, después de un año de experiencia del gobierno anglo-judío, los cantos alegres, el entusiasmo, los vastos planes de Israel, han perdido sensiblemente de su amplitud y de su poder.

Después de las luminosas claridades del triunfo, ¿habrá llegado ya la hora del crepúsculo?



Capítulo IX

LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES, ORGANO ANGLO-SAJÓN DE ISRAEL

Los cinco puntos complementarios del Presidente Wilson. —La Cristiandad de la edad media juzgada por Augusto Comte.—El Directorio europeo.—El Congreso de La Haya.—La «Sociedad de las naciones».—Sir Eric Drummond. —Mr. Paul Mantoux y la sección política.—El Presidente Wilson distintamente juzgado.—La Sociedad de las Naciones procede esencialmente bajo la inspiración judía.—Serios desengaños en la Asamblea de Ginebra. Lord Robert Cecil y la *League of Nations Union* (Unión de la Liga de las Naciones).—Los artículos del *Chicago Tribune*.—El espíritu de revuelta entre los judíos.—Pesada falta cometida.—Israel no es todavía el amo de la Tierra.

I

Se conocen en sus disposiciones esenciales los famosos «catorce puntos» enunciados por el Presidente Wilson en su solemne discurso del 8 de enero de 1918 en el Congreso de los Estados Unidos.

El catorceavo punto formulaba el deseo que fuese creada una Liga de Naciones para garantizar la

independencia de todos los Estados, grandes y pequeños y asegurar la paz del mundo.

Los cinco puntos complementarios enumerados en el discurso pronunciado en Nueva York el 27 de septiembre siguiente, es decir, seis semanas antes del armisticio, por Mr. Woodrow Wilson, son menos conocidos; pero su importancia es capital, porque fueron invocados como base de los *pourparlers* de la paz por el príncipe Max de Baden, desde que asumió la Cancillería Imperial. Estos puntos precisaban el objeto de la Liga de las Naciones y especificaban los principios y las prescripciones que debería aplicar: justicia igual para todos, amigos o enemigos de la víspera; abandono de toda consideración de egoísmo o de particularismo nacional; prohibición a las naciones de unirse para formar grupos particulares; prohibición de todo boicoteo económico; prohibición a todas las naciones de estipular entre ellas tratados secretos.

En un estudio reciente, *El Armisticio del 11 de noviembre de 1918*, Mr. Mermeix ha manifestado como estos principios de una moral humanitaria, de un concepto tan sencillo, han dado a Alemania vencida medios excelentes para discusiones de mala fe (1).

Se le dejó toda libertad al mariscal Foch y a los expertos militares de los aliados para determinar las condiciones del armisticio; pero en cuanto éste

(1) La *Revue Universelle*, 1.º de marzo de 1921, pág. 563.

fue estipulado, el Presidente Wilson se esforzó en hacer predominar sus sentimientos personales sobre la paz futura.

La unidad alemana fue declarada intangible y se admitió la idea de un super-gobierno llamado *Liga o Sociedad de las Naciones*, cuyo principio y grandes líneas habían sido ya preconizadas en el curso de la guerra, en un congreso masónico de las potencias aliadas.

M. Clemenceau al principio no se manifestó nada favorable a semejante institución, que él juzgaba utópica, y sobre la cual tenía salidas sarcásticas; pero, las negociaciones se prosiguieron durante largos meses; las influencias judías y anglo sajonas hicieron su obra.

Los ingleses habían obtenido plena satisfacción en lo concerniente al Egipto y a la libertad de los mares. Mr. Lloyd George pudo, sin dejar atrás ningún pensamiento, colocarse al lado del Presidente Wilson. Fueron los *big three* o los *big four*, según si Italia tomaba o no tomaba parte en la deliberación del Supremo Consejo, los que pactaban las últimas cláusulas de la paz, y M. Clemenceau, amonestado y aconsejado por los Srs. Leon Bourgeois y Tardieu, se unió a nombre de Francia a las miras de sus colegas.

No era nueva la idea de constituír una especie de tribunal superior, encargado de apaciguar los conflictos que pudieran surgir entre las naciones, y de hacer el oficio de árbitro soberano. La cristian-

dad de la edad media parecía haber resuelto este grande y delicado problema. En esta época la fe religiosa, la autoridad moral del Pontífice romano, eran bastante poderosas para dar una sanción a sus acuerdos y obligar a la obediencia a los más orgullosos monarcas. El ejercicio de esta autoridad tenía por efecto disminuír el número de luchas armadas y atenuar los desastres de las guerras.

En su curso de filosofía positiva, Augusto Comte ha manifestado «su profunda admiración en el conjunto de sus meditaciones filosóficas, que desde largo tiempo siente hacia esta economía general del sistema católico de la Edad Media, que se debe concebir hasta aquí como la obra maestra política de la sabiduría humana (1).

El gran proyecto de Enrique IV ha sido citado a menudo como un verdadero ensayo de la Sociedad de las Naciones, en vista de una paz perpetua. Una república muy cristiana de los estados de la Europa debía ser instituída después del aniquilamiento de la Casa de Austria.

Hoy día se ha demostrado que este gran proyecto era debido a la rencorosa imaginación del valiente Sully, que, viejo y agriado, había expuesto este plan en sus *Sages et royales œconomies d'Estat*, para glorificar, con desmedro del nuevo poder, al poder en el cual él había participado tan útilmente.

Se encuentran también en los discursos y escritos

---

(1) Tomo V, pág. 231.

de los Saint-Simoniens alusiones y teorías que tienen relación con los acuerdos internacionales, que un órgano superior debería tener la misión de regular y sancionar.

Aunque deban sorprenderse mucho los protagonistas de las ideas wilsonianas, es al «Directorio Europeo» salido del Congreso de Viena en 1815, emanado de las monarquías y no de las democracias, al que le ha cabido realizar mejor hasta el presente el ensayo de una Sociedad de las Naciones.

Esta Sociedad, que procedía de las ideas místicas del Emperador Alejandro, y que pretendía poner un término a las ambiciones militares y a las sorpresas revolucionarias de Francia, agrupaba en un pacto de solidaridad política a todos los Estados coaligados contra Napoleón. Sucedió que el ministro de Luis XVIII, Talleyrand, excluído en el principio de las deliberaciones del Congreso, concluyó por participar en él y tener un papel preponderante en interés de la Francia.

El «Concierto Europeo» que en 1830 reemplazó al «Directorio», no tenía el mismo carácter. No tenía ningún fin preciso y trataba solamente de mantener la fe por medio de combinaciones—en que los pequeños Estados debían ser las víctimas—, la paz y el equilibrio entre las grandes potencias.

La organización internacional de La Haya, cuyas conferencias de 1899 y de 1907 dieron a conocer los trabajos realizados, habría podido prestar grandes servicios a la causa de la paz, si sus arbitrajes

se hubieran hecho obligatorios y si sus decisiones hubieran sido corroboradas con sanciones. Desde el punto de vista moral, la colaboración del Papa, la más alta e imparcial que hay, habría agregado un prestigio especial a las sentencias del Tribunal de La Haya (1).

Pero, la Alemania no quiso admitir jamás que los arbitrajes tuvieran carácter obligatorio, y la Franc-Masonería todopoderosa en los gobiernos de Francia e Italia, al mismo tiempo que el Puritanismo anglo sajón, no podían tolerar que se le pidiese a la Santa Sede cualquier concurso.

Los delegados de la Entente a las conferencias de la paz decidieron, pues, que se fundaría una Liga o Sociedad de las Naciones según los conceptos del Presidente Wilson, y que a la constitución de esta Sociedad serían incorporados los distintos tratados suscritos con los beligerantes de los Imperios centrales.

A pesar de la instauración de este supergobierno internacional que pretendía asegurar una paz perpetua, una especie de paraíso terrenal, éste no fue acogido con entusiasmo.

Muchos espíritus eran escépticos sobre los destinos de una institución cuyas pretensiones y competencia ellos habrían querido limitar.

En un estudio sobre la frontera del noreste, el

---

(1) *La Société des Nations essai historique et juridique* par Ives de la Brière (G. Beauchesne).

general Malleterre formulaba así sus sentimientos y esperanzas:

«No nos será permitido esperar que de esta terrible guerra, después de la sanción de los crímenes germánicos y el restablecimiento de un justo equilibrio mundial, saldrá sino la paz eterna, que no es de este mundo, ni aún esta Liga de las Naciones; pero sí una aspiración para arreglar los conflictos por medio del arbitraje» (1).

Un compatriota del Presidente Wilson, Mr. David J. Hill, traducía así las impresiones de la mayoría de los americanos: «La verdadera sabiduría para « América es unirse de buena fe a las fuerzas que « quieren realizar en el mundo la paz por medio « de la justicia; pero para poder mantener este pa- « pel eficazmente, su primer deber será estar siem- « pre pronta para defenderse a sí misma» (2).

II

Ya que la Liga de las Naciones constituía un supergobierno de los pueblos, encargada de controlar los Estados, los israelitas tenían gran interés en reinar en ella como amos.

Los anglo-sajones secundaron sus ambiciones y les abrieron de par en par las puertas de la casa internacional.

---

(1) *Revue des deux Mondes*, 15 enero 1918.

(2) *La Reconstruction de l'Europe*, por David G. Hill (Payot).

En una organización semejante, con un número tan considerable de delegados, no reuniéndose sino a largos intervalos, el órgano permanente, la Secretaría general, tiene el papel principal, que asegura el funcionamiento del rodaje y que dispone de gran autoridad.

Sin duda, a causa de la importancia de sus cargos, todos los funcionarios permanentes de la Liga de las Naciones reciben sueldos superiores a los de los ministros mejor retribuídos.

Sir Eric Drummond, Secretario General, había sido antes adicto del *Foreign Office* (Relaciones Exteriores, sección burocrática) y secretario parlamentario de Mr. Arthur Balfour. Ya he señalado la manifestación pro-judía, a la cual se entregó con su personal el mismo día de su llegada a Ginebra, yendo a ofrecer al gran Rabino de la ciudad la expresión de su admiración por los israelitas y su adhesión a su causa.

La sección más importante de la Secretaría General es la que asegura constantemente la unión entre los distintos países, que estudia las cuestiones internacionales, prepara los informes, presenta las conclusiones: es la sección política. Tiene por jefe a un israelita, M. Paul Mantoux, capitán intérprete francés en la Conferencia de la paz. Antiguo discípulo de la Escuela Normal, donde tuvo por condiscípulo y amigo al Sr. Alberto Thomas, igualmente funcionario de la Liga de las Naciones y jefe de la Sección del Trabajo, con sueldo fantástico. Mr.

Mantoux se hizo muy amigo de Mr. André Tardieu en el curso de las sesiones de las conferencias verificadas en París.

El jefe de la Sección Política tiene por principales colaboradores a dos de sus correligionarios: el mayor Abraham, miembro inglés y Mme. N. Spiller, que tiene a su cargo las funciones de secretario de Sección.

Me vino la idea de hojear la edición de 1921, el *Who's who*, el diccionario inglés de los contemporáneos. Además de las notabilidades británicas figuran una cantidad de extranjeros conocidos. No encontré los nombres de los generales Mangin, Degoutte, Debeney, que tuvieron un papel importante en la guerra, ni el del Almirante Lapeyrère, que mandó en jefe las flotas del Mediterráneo, ni los antiguos ministros Viviani, André Lefèvre. En cambio, hay media columna consagrada al capitán intérprete Paul Mantoux. Sabemos que nació en 1877; que se casó con la señorita Matilde Dreyfus. Sus títulos universitarios, sus obras, sus artículos publicados en las revistas, sus condecoraciones, todo está enumerado. Da su dirección en París; además, nos cuenta que tiene otra en Londres, en la elegante arteria de Piccadilly y el *Who's who*, lleva su indiscreción hasta darnos el número de su teléfono.

No hay, pues, razón de sorprenderse que la Liga de las Naciones trate de tomar todas las medidas que correspondan a los deseos de los dirigentes de

Israel. Los representantes del *Joint-Committee* de las asociaciones judías han sido implícitamente reconocidos como los mandatarios de trece o catorce millones de individuos dispersos en la superficie del globo, pero que tienen una especie de sede social desde que los anglo-sajones han instituído el «Hogar nacional» de la raza en Jerusalén.

Imponiendo la cláusula de las minorías a los Estados donde los israelitas forman grupos bastante importantes, la Liga de las Naciones ha creado en favor de los judíos privilegios especiales. Estarán en su casa en Jerusalén, donde el mandato de la Gran Bretaña se ejerce enteramente a su beneficio y no tendrá más que una duración limitada; y estarán también en su casa en todas partes donde formen una minoría étnica de alguna importancia, con el pretexto de evitar atentados contra su libertad religiosa.

Cuando los Estados Unidos rehusaron formar parte de la Liga de las Naciones, se llegó a creer que la Liga cesaría de mantener relaciones con el Presidente Wilson. Pero esto no sucedió. Cuando a la Sociedad de las Naciones le presentaron las demandas de arbitraje sobre la Armenia y las islas de Aland, del Presidente Woodrow Wilson, desaprobado por el Senado, y cuyos poderes parecían ya fenecidos, élla se valió para que sirviera de árbitro en estas delicadas cuestiones. Mr. Wilson, para mostrar que era siempre el hombre-liga de Israel, dele-

gó su autoridad en dos diplomáticos judíos: los señores Henri Morgenthau y Elkus.

Se comprende que cuando subió al poder el nuevo Presidente Warren Harding, el diario el *Peuple juif* (el pueblo judío) se haya querido dar la satisfacción de felicitar al Presidente Wilson en la forma siguiente. «En el momento en que el ex-presi-
« dente de los Estados Unidos trasmite a otras ma-
« nos la dirección de los negocios de la gran Repú-
« blica, nosotros tenemos el deber, nosotros las ju-
« díos, de saludar con fervor a esta noble figura,
« que ha ocupado en un momento dado ¡y con qué
« grandeza y con qué dignidad! la escena del
« mundo.

«Por la influencia que él ha ejercido sobre los
« acontecimientos de su tiempo, que repercutirán
« durante muchas generaciones, Wilson es un ver-
« dadero héroe, en el sentido que le atribuía Carly-
« le a esta palabra. Esta influencia él la ha ejercido
« tanto en la parte que tomó en la entrada de Amé-
« rica en la guerra, cuanto en las ideas que hizo
« prevalecer como base de los *purparlers* de la paz».

Un diario americano independiente, *The Columbia Sentinel* (1) ha formulado un juicio menos favorable sobre el antiguo presidente: Después de haber dado algunos datos poco edificantes sobre su vida privada, el autor agregaba: «Engañó a la Fran-
« cia, engañó a la Italia, engañó a la Rumania, en-

(1 8 noviembre 1920 citado por la *Vieille France* (N.º 211).

« gañó a la China; sembró los dientes del dragón « sobre toda la tierra, y ellos engendrarán los ejér- « citos con que se degüellan quince países distintos « en este mundo convulsionado».

Sea lo que sea, la Liga de las Naciones es su obra. Para echar sus bases se ha inspirado en los proyectos pseudo-humanitarios de la francmasonería y de los conceptos judíos. Mr. David Lloyd George, cómplice o prisionero de Israel, ha sido su principal colaborador y le ha dado el poderoso concurso del Imperio británico.

Entre los numerosos diarios judíos que he consultado para documentar este libro, no he encontrado más que una nota poco benévola para el Presidente Wilson y sus «catorce artículos». A propósito de un estudio crítico consagrado en *L'Année de la Paix* de Mr. Joseph Reinach y publicado en *Action française*, Mr. Emile Cahen declaraba que así como los lectores de este diario, «un buen nú- « mero de nuestros correligionarios de todos los « países no están halagados de las ideas humanita- « rias de Mr. Wilson» (1).

Mr. Emile Kahen se ha hecho el intérprete de una pequeña minoría israelita y en ninguna otra parte he encontrado eco a semejantes opiniones.

En la prensa judía o judaica de los dos hemisferios, la realización de la Liga de las Naciones fue acogida con transportes de alegría.

---

(1) *Les Archives Israélites* del 30 de diciembre de 1920.

Desde que ha comenzado a funcionar, sus decisiones y sus actos han respondido plenamente a las esperanzas que había hecho concebir.

El 16 de enero de 1921, en una conferencia dada a la congregación de la Sinagoga de West London, uno de los corifeos más autorizados de las asociaciones judías de Inglaterra, Mr. Lucien Wolf, después de haber citado una palabra de Israel Zangwill, en que representa la Liga de las Naciones, como que procede esencialmente de inspiración judía desarrolló elocuentemente las ideas judías:

«Todos los judíos deben considerar como un de-
« ber formal el sostener por todos los medios posi-
« bles la Liga de las Naciones.

«Tenemos el mayor interés en el triunfo de la
« Liga. Ella está en armonía con nuestras más no-
« bles y santas tradiciones.

«Ella tiene para nosotros un interés mayor, por-
« que asegura la solución más favorable a la cues-
« tión judía.

«Su porvenir está asegurado» (1).

A pesar que el porvenir de la Liga de las Naciones parece asegurado, como lo cree firmemente el Sr. Lucien Wolf, no se puede deducir que no conocerá jamás dificultades, y que vivirá eternamente días felices.

---

(1) *The Hidden Hand*, febrero de 1921, pág. 4.

Ya se han producido algunos chascos. Los Estados Unidos han rechazado formar parte de la Liga, y esto no les ha impedido formular reservas sobre ciertos mandatos acordados y protestar contra la instalación de los japoneses en la isla de Yap.

El 4 de diciembre el Sr. Puyrredon, jefe de la delegación de la República Argentina, después de la postergación de una proposición que él había presentado, declaró que él se retiraba de la Liga de las Naciones, y su actitud recibió la plena aprobación de su gobierno.

La Confederación helvética, que tiene el honor de darle hospitalidad a la Liga, no ha permitido atravesar su territorio a tropas armadas mandadas por la Liga de las Naciones.

Siete Estados han presentado ya once enmiendas al pacto inicial de la Liga. Se va a reunir una comisión en Ginebra para examinar estas propuestas, que serán discutidas ante la Asamblea de la Liga de las Naciones, que debe ser convocada en el mes de septiembre próximo.

En el seno mismo de la Liga se manifiestan dificultades bastante serias, que podrán acentuarse el día en que los representantes de algunos Estados encuentren que los intereses cuya guarda les está encomendada no se confunden enteramente con los de los judíos.

Desde hace algún tiempo se han fundado varias sociedades «nacionales» a fin de propagar las ideas y demostrar la utilidad de la Liga de las Naciones;

han tenido ya dos congresos. La sociedad francesa, la asociación para la propaganda de la Liga de las Naciones, tiene poca importancia y no ha agrupado más que un pequeño número de adherentes. No pasa lo mismo con la *League of Nation's Union* británica.

Esta última constituye una organización privada muy poderosa, y publica en la Librería Hodder y Stoughton un magazín muy circulado: *To day and To-morrow* (hoy y mañana). *La League of Nation's Union* (Unión de la Liga de las Naciones), ha dado cientos de conferencias y ha lanzado una suscripción para constituír un fondo de un millón de libras esterlinas, y disponer ya de un gran presupuesto para su propaganda. No es, como se podría creer, un órgano oficioso de la Liga de las naciones. No recibe instrucciones del Secretario General, pero trata de ejercer presión sobre la Liga y manejarla desde afuera, según las miras y los intereses del Imperio británico.

El alma de la *League of Nacion's Union* es Lord Robert Cecil, gran amigo de los judíos, pero que, a pesar de todo, no ha sacrificado su independencia de ciudadano inglés y sus ideas personales sobre el altar de Israel (1).

Los empleados de la Liga de las Naciones han hecho todo lo posible para impedir que Lord Ro-

(1) Tercer hijo del marqués de Salisbury, Lord Robert Cecil ha sido sub-secretario de Estado de Relaciones Exteriores (1915-1916), y Ministro de Bloqueo (1916-1918).

bert Cecil represente al Reino Unido, en la primera Asamblea de Ginebra. Sin embargo tomó parte como delegado del Africa austral, y ha preconizado dos medidas, cuya adopción vería con terror el Estado Mayor de la Liga, porque contrarían los métodos de los judíos. Lord Robert Cecil pide que el nombramiento de los delegados se haga sobre bases más amplias y en condiciones más democráticas, y que la política de la Liga, en lugar de ser secreta, se ventile a la luz meridiana.

El diario americano *Chicago Tribune* ha publicado en noviembre de 1920 una serie de artículos muy interesantes sobre esta cuestión. La acción personal de Lord Robert Cecil fue netamente caracterizada y algunos cambullones de la Liga se pusieron de manifiesto. Por esto se supo que los representantes de la China y del Japón habían tenido entre ellos numerosos conciliábulos y se proponían pedir se hiciera colocar en la orden del día la cuestión de la igualdad de razas, aunque los cimientos de la Liga de las Naciones fuesen trágicamente quebrantados.

Uno de los colaboradores del *Chicago Tribune*, cuya autoridad es tanto mayor, a causa de haber pertenecido a la Secretaría de la Liga, deja entender que el prestigio de la Liga está singularmente de baja, desde que se le ha visto en acción.

«Los Estados que le dieron su adhesión, en el entusiasmo de los primeros meses, creyendo que el programa puesto en su umbral se ejecutaría, co-

mienzan a sentir ahora los desengaños que resultan al contacto de la realidad. El entusiasmo se apaga en los países escandinavos y en Holanda; en Francia, se pregunta si los vencedores de la guerra han sido bien inspirados embarcando al país en un buque que hace agua. La Suiza votó su adhesión a la Liga en mayo de 1920, posiblemente la habría rechazado, si el *referendum* se hubiese postergado algunas semanas» (1).

Para prestigiar un poco a la Liga de las Naciones fueron concedidos los grandes premios Nobel de la paz al Presidente Wilson y a M. Leon Bourgeois, al iniciador de este organismo internacional y a su más ardiente adepto.

Parece, que este resultado no se ha obtenido (2).

Cuando el texto de los acuerdos de París fue comunicado al Reichstag y se dio lectura de la sanción final amenazando a Alemania de no ser admitida en el seno de la Liga de las Naciones sino después de haber cumplido los condiciones estipuladas y pagado las indemnizaciones y reparaciones

---

(1) *The Chicago Tribune* (European edition), 29 de noviembre de 1920.

(2) El Sr. da Cunha, cuando era Presidente de la Liga, hizo una declaración que tiende a disminuír un poco la competencia de la Liga. Preguntado sobre la nota recibida de Alemania, en que protesta contra las sanciones decididas en Londres, el Sr. da Cunha contestó que la Liga de las Naciones no debía intervenir en semejante caso. No es más que una Liga de Estados, que no dispone de poder ejecutivo más que excepcionalmente; constituye más bien un medio para que los gobiernos tomen decisiones en común (*Le Temps*. 21 de marzo de 1921).

puestas a su cuenta, a los miembros de la Asamblea les entró una risa homérica, y muchos de ellos siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, manifestaron que cancelarían con la Liga y que mirarían sin angustia la resolución de quedar extraños a ella.

Sin embargo, es necesario no exagerar esta nota, y creer que la Sociedad de las Naciones no representa una fuerza. Esta fuerza está sobre todo hecha de la debilidad moral de los Estados que le han dado su adhesión, y que han creído encontrar en ella apoyos políticos, económicos y financieros, susceptibles de ayudarlos a atravesar un período de crisis mundial aguda.

La Liga de las Naciones, arma anglo-sajona forjada por Israel, es seguramente, a pesar de las fallas que se puedan descubrir en su metal, un arma muy temible; naturalmente que su trabajo será rudo. Necesitará defender a la vez el imperialismo británico, el imperialismo americano y el imperialismo judío, es decir, los grandes intereses financieros de tres potencias, y sobre todo el socialismo y el bolcheviquismo ahí donde Israel lo inspira. Seguramente este trabajo es delicado y complejo, tanto más cuanto estos intereses serán a menudo opuestos.

En un reciente estudio sobre el Renacimiento del Antisemitismo, Mr. George Batault ha señalado exactamente el campo de las campañas que muy pronto empezarán: «Mientras que los judíos inter-

nacionales juegan a las dos cartas: Revolución y Sociedad anónima de las Naciones, el antisemitismo tiene el lado contrario con la carta del nacionalismo» (1).

Existe todavía un factor que es necesario no olvidar, y es el espíritu de revuelta y de anarquía encarnado en los verdaderos hijos de Israel. Esto es en ellos una tara atávica; se puede seguirla a través de los siglos. Sus historiadores, como Isidoro Loeb y James Darmesteter, han hecho la confesión y se han manifestado orgullosos. La idea mesiánica está fundada sobre la destrucción de las naciones cristianas, y los intelectuales judíos han sido siempre agentes de disolución y de desnacionalización de las instituciones y de las sociedades organizadas. De este modo juzga uno de ellos, Baruch Hagani, la obra de Carlos Marx y de Lassalle: «Estos pensadores percibían con tanta más exactitud las imperfecciones y las hipocresías del estado social actual, y los denunciaban con tanta más dureza, no sólo por la prédica apasionada de los profetas, que talvez habían inyectado en su sangre la sed inmoderada de la justicia absoluta, sino también porque ninguna razón de sentimiento, ningún lazo de afecto los unía a este estado social, a estas sociedades que los habían tratado siempre como parias. Israel fue en su errante existencia una protesta viva contra el orden de cosas establecido, un

(1) *Mercure de France*, 15 de enero 1921, pág. 319.

elemento irreductible, adherido profundamente a su ideal y a sus esperanzas, las leyes opresivas habían contribuído a mantenerlo en este aislamiento» (1).

Bernardo Lazare ha hablado de este viejo materialismo hebraico, que sueña perpetuamente con un paraíso realizado en la tierra, y rechazó siempre la lejana y problemática esperanza de un Edén después de la muerte (2), materialismo que se transparenta en toda la obra de Marx, de Boerne y de Lassalle.

Sublevado por destino, si el judío llegase a tener bajo su yugo a los pueblos del universo y a instituír un organismo gubernamental, según sus leyes y sus costumbres, no podría sustraerse a su vocación atávica de demoledor, y muy pronto perforaría con sus manos el edificio erigido por el poder y para la gloria de su raza.

Las disensiones y las divisiones ya se han manifestado entre los sionistas instalados o acampados en Palestina, y dan una nueva prueba a esta afirmación, y se sabe el antagonismo religioso que existe entre los judíos ortodoxos y los liberalès.

¿Será necesario esperar la reconstrucción del Templo de Salomón sobre las ruinas de las sociedades cristianas, tal como lo soñaron los mesiánicos, y la demolición por los mismos judíos de este

---

(1) *Le Sionisme politique,* pág. 28.
(2) *El Antisemitismo,* pág. 347.

nuevo templo, para tratar de defender la sociedad?

Esperamos que los pueblos del antiguo y del nuevo mundo sabrán organizar las resistencias al empuje judío, y salvaguardiar su independencia y su civilización. Es esencial hacerles comprender sin demora la inminencia y extensión del peligro. Que ciña sus armas y destiendan sus músculos para prepararse a los duros combates que tendrán que soportar si quieren ser salvados.

Los judíos embriagados por los brillantes triunfos de sus recientes campañas, han cometido un grave error. Han cantado victoria prematuramente y proclamado su omnipotencia.

Lo mismo que los alemanes se apuraron demasiado en 1914 en desencadenar la guerra mundial cuando los postes plantados por ellos en los dos hemisferios, el crecimiento de su población y de su poder económico, el prestigioso desarrollo de su flota comercial y de sus pertrechos militares les prometían a breve plazo la realización de todas sus ambiciones dominadoras: *Deutschland über alles!* (Alemania sobre todo). Lo mismo los judíos, que habían minuciosamente preparado las etapas de su conquista, han precipitado imprudentemente su carrera victoriosa. Su orgullo exacerbado les ha hecho creer que el fin último había sido alcanzado, cuando todavía no lo tocaban, y que la hora triunfal había llegado.

Por haber arbolado demasiado ligero la bandera de Israel, símbolo de su poder sobre los muros de

Jerusalén, espero ardientemente que los hebreos hayan suscitado fuerzas de resistencia superiores al ataque, entre todos los pueblos cristianos y aun entre los anglo-sajones que ellos consideraban conquistados.

Entonces se justificarán las palabras dichas por don Guéranger en sus comentarios sobre el oficio de la Pasión.

«La Sinagoga corre a su maldición. Obstinada en « su error, no quiere escuchar nada, ni ver nada; « ha falseado su juicio por su gusto; ha apagado en « ella la luz del Espíritu Santo, y se la verá descen- « der todos los grados de la aberración hasta el « abismo» (1).

(1) *Année liturgique, La Passion,* pág. 113.



INDICE

CAPÍTULO I

La conquista judía de Inglaterra

CAPÍTULO II

Las influencias judías en Estados Unidos

CAPÍTULO VI

Las resistencias de los Estados Unidos

CAPÍTULO VII

La idea sionista.—Los ingleses en Jerusalén

CAPÍTULO VIII

La Palestina judía

CAPÍTULO IX

La Sociedad de las Naciones órgano anglosajón de Israel